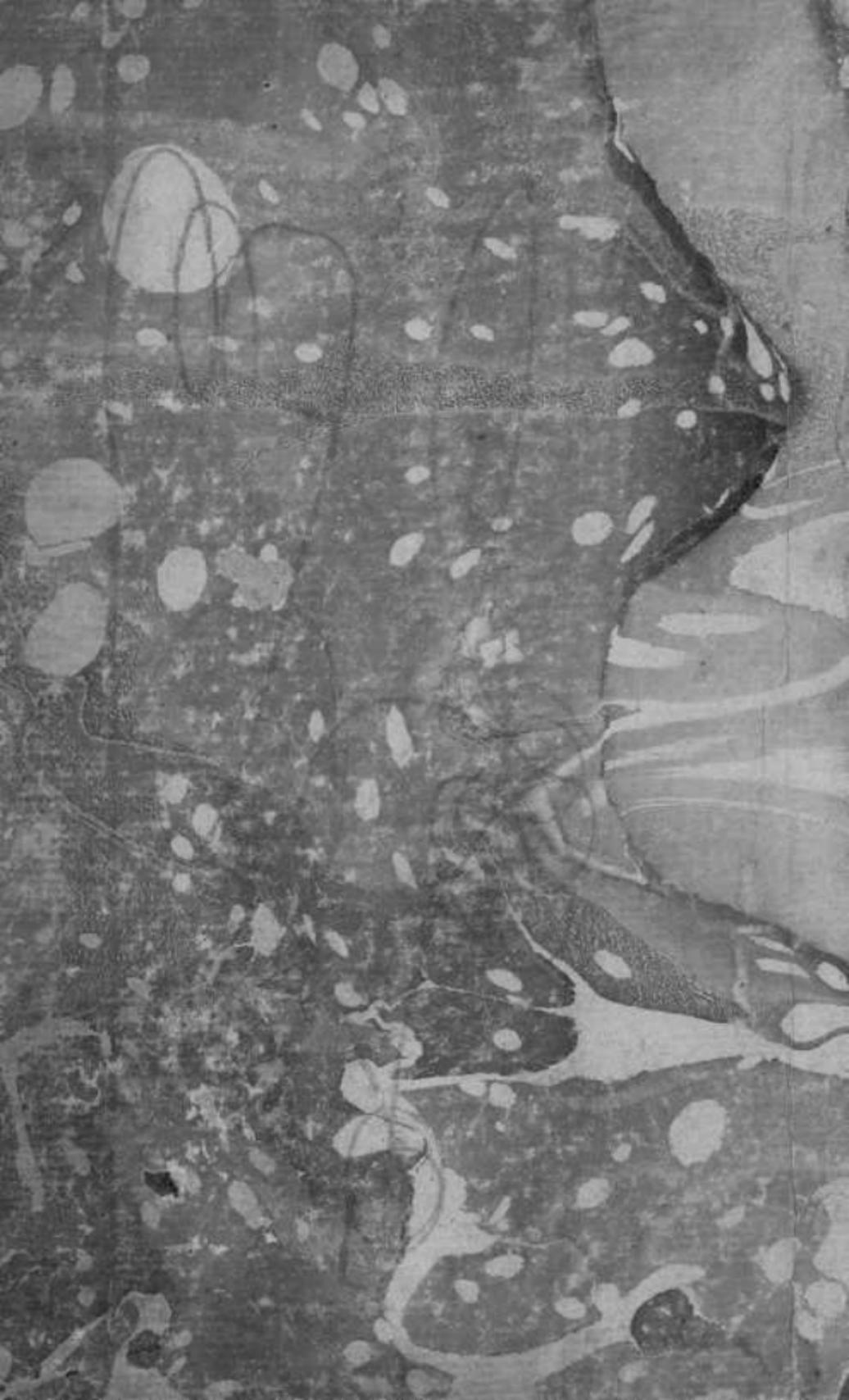


3



LOS

APETIDAS
6
VENGANZA Y HUMANIDAD.

NOVELA HISTORICA,
ACOMODADA DEL ALEMAN AL ESPAÑOL.

TOMO I.



BARCELONA, 10230

IMPR. DE LA VIUDA É HIJOS DE GORCHS.

—
MDCCCXXX.

71696004

1801

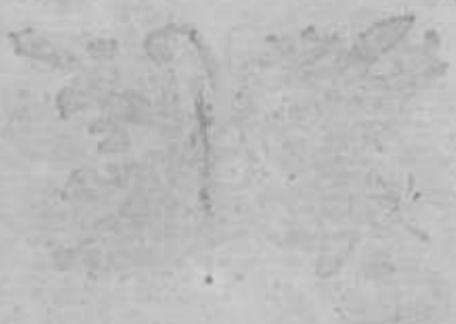
ALBERTUS

ALBERTUS

ALBERTUS

ALBERTUS

ALBERTUS



ALBERTUS

ALBERTUS

ALBERTUS

nos en su lectura. La circunstancia de haberse
todo en asunto en un hecho histórico tan cono-
cido, añade cierta debilidad al relato de los aconteci-
mientos, que á veces no es fácil seguir el hilo de
los mismos. La verdad que no se encuentran en
esta obra, errores, desajustes, repeticiones in-
colopios de algunas palabras; pero sus

LOS EDITORES.

verdaderas. (Esta la ha sido publicada con el gusto y
con el fin que nos hemos propuesto.

LA presente obra es mas bien una imitacion
que una traduccion del original aleman, lo que
declaramos particularmente á aquellos que hubie-
sen leído aquel, y advirtiesen las variaciones que
hemos hecho, con el solo fin de rectificar alguna
de sus máximas, ó de purgarlo de algunas inver-
similitudes. Por lo demas, desde las primeras pá-
ginas empieza la accion y el interes, que se hace
progresivo y mayor, á medida que nos empeña-

mos en su lectura. La circunstancia de fundarse todo su asunto en un hecho histórico tan conocido, añade cierto deleite al tejido de los acontecimientos, que á veces no es fácil soltar el libro de las manos. Es verdad que no se encuentran en ella subterráneos, desafíos, raptos ni insulsos coloquios de almivarados amantes; pero sus máximas son justas y filosóficas, y sus escenas tiernas, vivas, interesantes, y la mayor parte verdaderas. Ojalá la lea el público con el gusto y con el fruto que nos hemos propuesto.

APETIDAS,**VENGANZA Y HUMANIDAD.**

En lo mas escondido de los montes del Lico y entre erizadas peñas, se ocultaba la choza de Aristomeno. Una estrecha senda apenas hollada por ningun mortal, dando intrincadas vueltas por los montes y malezas silvestres, conducia á un pequeño valle. El caminante á quien la sola casualidad podia guiar á este olvidado retiro,

trepaba con temor las gargantas y picachos de las montañas, cuya elevacion lo amenazaba con sus formidables moles. Un imponente y profundo silencio interrumpido acaso por algun manantial, que desprendiéndose de las peñas iba vagando con ligera corriente y agradable murmullo, perdiéndose despues en un lejano precipicio, reinaba en esta soledad : nadie podia sospechar que fuese habitado este desierto. La solitaria choza, cortada en la misma roca, estaba casi cubierta por el matorral, y á sus espaldas se levantaba la eminente cordillera, que llevaba sus inaccesibles peñascos hasta mas allá del monte Taigeto : el sol en su ocaso heria la choza al soslayo y por breves instantes, perdiéndose al punto entre las espesas malezas que cerraban la entrada del valle.

En su centro posaba una urna sepulcral : inmediato á ella se elevaba un altar, y al pié se leian estas misteriosas palabras : « á la venganza implacable. » Aristomeno acostumbraba pasar una parte del dia en este sitio regándolo con sus lágrimas : allá conducia diariamente á su hijo Gorgo, jóven de hermosas facciones y apacible carácter, y le hacia leer la inscripcion : la delicada y tierna voz de Gorgo no correspondia á veces al entero y áspero metal que exigia el significado de la cruel inscripcion : fijábalo al instante Aristomeno con torvo ceño, y Pandion, el anciano Pandion, sacerdote de Cérés, que vivia

con ellos, se sonreía entonces, y le decía: los dioses, Aristomeno, han dotado á tu hijo de un carácter mas blando y sensible de lo que necesitaba tu ardiente venganza.

« ¡Qué dioses! respondió un día Aristomeno: ¿acaso un Mesenio debe conocer otros que los de la venganza, los de la destruccion de Esparta? Al prorumpir estas razones dió algunos pasos con suma agitacion; y cuando al volver reparó el epígrafe: tú, Pandion, exclamó, ablandas el corazon de mi hijo: yo debo educarle de manera que pueda hallar despues en él á un magnánimo guerrero, cuya espada no conozca la piedad; mas tú llenas su pecho de afeminada ternura, y haces que humedezca á menudo sus ojos con el débil llanto. »

« Los dioses crearon el corazon humano para la compasion, y los ojos para el llanto consolador, » respondió Pandion.

¡Ah! mira, mira! dijo entonces Aristomeno señalando la urna sepulcral: aquel es el único objeto por el cual debe latir su pecho, deben derramar lágrimas sus ojos. »

¡Oh Aristomeno! tus cenizas llenarán algun dia la urna, y llenaránla al par las mias y las de tu hijo; entonces la compasion, el amor, la humanidad, y esos tiernos sentimientos que tú llamas afeminados, podrán solos hacernos bajar al sepulcro cargados de bendiciones: déjale pues

al inocente su corazón, ya que tú no eres feliz.»

¡Oh sacerdote! tú sabes cuán sagrado fué el juramento que pronuncié sobre la tumba de mi madre: semejante lo pronunciaste tú también sobre las aras de la diosa, y Gorgo no ha de formar lo menos irrevocable. ¡Oh dioses! continuó levantando las manos al cielo: ¿ha de ser el mío el único corazón, al que deba despedazar la memoria de los estragos cometidos sobre Mesenia por los implacables Espartanos? Quiero olvidarme ahora de mi elevación: no soy más que un simple Mesenio: escucha, sacerdote, las circunstancias de mi última expedición: verás cual es la suerte de nuestros desdichados conciudadanos.»

Al decir estas palabras se apoyó sobre la urna que encerraba las cenizas de su padre, y sentáronse Gorgo y Pandion al pié del altar.

«No soy feliz: es cierto: tú lo has dicho, exclamó Aristomeno: no soy feliz, ni podré serlo hasta que consiga empapar esta espada que humea aun con la sangre de mi madre, en la impura de nuestros tiranos. Treinta años hace que esta lóbrega soledad es testigo de mis afanes. ¿Olvidaste acaso, Pandion, que tú y mi padre me educasteis en los planes de venganza que abrigaban vuestros pechos? Las repetidas relaciones de las desgracias de mi patria y de las crueldades de Esparta, lejos de haber desapare-

cido de mi mente por el largo espacio que ofrecen tantos años, no han hecho mas que acrecentar la ardiente sed de venganza que me devora. Mi esposa, á quien arrancaba profundos suspiros de tétrica melancolía esta espantosa soledad; este niño inócete que crecía ignorando que existia un mundo mas allá de estas cercanas peñas, llenaban mi pecho de amargura. Tus exortaciones, Pandion, se unieron á tan poderosos motivos, y conmovido, exaltado, determiné dejaros para buscar un asilo en la Arcadia. ¡ Oh dioses! este asilo me fué negado : pero ¡ qué objetos me vi precisado á contemplar en esta malhadada ocasion, en los contornos donde nace el Pamiso! Mis paisanos estenuados, con los ojos eclipsados por el temor, y que fijaban sobre la humilde tierra, cargaban los carros con la mitad de sus cosechas para mandarlos á Esparta. Los segadores regaban con lágrimas sus ópimas haces, destinadas para sus opresores : este espectáculo me hizo estremecer, y me dí prisa á pasar : llegué á una aldea cuyas casas derribadas son ahora guarida de las fieras, y hui aun mas horrorizado : llegué por fin á los límites de la Arcadia, y sin poderme desviar del cuadro perseguidor que contiene la destruccion de un pais, no supe pasar adelante. La algazara de los segadores árcades, su mirar sereno y animoso me humillaba : bajé los ojos y se dijeron unos á otros : *allá va un Me-*

senio : no se atreve á mirarnos. ¡Qué! sacerdote, ¿tú no lloras? ¡Oh oprobio! ya son conocidos los Mesenios por su mirar humilde. Salí de aquellos ominosos campos, y recorrí impaciente toda la Mesenia para examinar por mí mismo si quedaba todavía algun resto de nuestro antiguo esplendor. Mas ¡ay! aquí encontraba un templo destruido; mas allá un derribado monumento que ostentaba alguna de las victorias de nuestros abuelos, é igual vista me ofreció el largo trecho que conduce desde el Neda hasta el mar : los cantos extranjeros, las extranjeras alegrías ensordecen los pastos de las riberas : la parte mas fértil de la Mesenia es ya propiedad de los Asinenses y Androclos : extranjeros y fugitivos celebran sus fiestas ruidosas* en los prados que fuéron de Mesenia, y yo... descendiente del grande Alcides..... ¡Oh dioses!... »

¿Has estado en Itoma? preguntó el viejo con voz sosegada para distraerlo.

« ¿En Itoma, preguntas? ¿no bastaba á mis ojos lo que has oido? debia aun Itoma..... el sepulcro de mi madre..... no : trémulo, azorado, me desvié de aquel monton de cenizas : sin embargo volví al Taigeto para abandonar con vosotros nuestra patria : desde su eminente cumbre espacié mi vista por la llanura : á mis pies corria el Eurotas : mas allá se levantaba Esparta. ¡Oh Pándion! ¿debia huir y romper el sagrado jura-

mento? pero conocí que no eran suficientes mis brazos para la grande empresa, y determiné encomendar nuestro destino al querer de los dioses.»

«¿Y podias hacer otra cosa?» dijo el anciano.

Calla, sacerdote: los dioses pueden acaso querer la prosperidad de Esparta, pero yo.....

«¿No sería mas heróico ¡oh descendiente de Hércules! querer lo que los dioses quieren?»

«¿Quién penetrará jamas la intencion de los dioses? tal vez guardan mi espada para abatir el orgullo de Esparta. ¿No es obra suya tambien este exaltado furor que do quier me ahoga, y que sacude pavoroso mis sueños cuando mas profundos?»

«¡Oh Aristomeno! la voluntad de los dioses es la justicia, no lo que sugiere la irritada pasion que te atormenta. Los dioses castigan para corregir, mas tú quieres castigar para saciar tu venganza: tú quieres destruir, y los dioses quieren conservar: ellos podrán valerse de tu brazo para dar cumplimiento á sus decretos; mas no te ensoberbezcas, porque tambien se valen los dioses para sus castigos de las mortíferas exalaciones de un fétido cenegal, á las que sucumbe el proseguidor y el proseguido. El hombre solo se asemeja á los dioses siendo justo, y la justicia no es hija de la cólera.»

«¿La justicia dices? pues bien. ¿solo porque

soy Mesenio he de ser injusto con mi patria? No estoy obligado por tus mismas razones, á romper las funestas cadenas con que estan aherrojados mis paisanos? ó estoy condenado á soportar y gemir como una débil muger? cual es, dime, la voluntad de los dioses? »

« Calma ahora tu agitacion, repuso el sacerdote, y en otro momento continuaremos estas reflexiones. Prosigue tu narracion : ¿qué hiciste despues? »

« Quería invocar la maldicion de los dioses sobre Esparta en su mismo templo : bajé pues el Taigeto, y entré en la ciudad. En la primera calle encontré una numerosa comitiva que acompañaba al cadáver de uno de los primeros Espartanos : detras del féretro iba una larga hilera de Mesenios vestidos de luto : en sus ojos abatidos se leian el dolor y el oprobio ; me atormentaba su aspecto, y me dirigí sin sentido hácia otra calle : pero allí... ¡ oh dioses! una multitud de jóvenes Mesenias, cubiertas con el largo velo de la esclavitud á presencia de sus severos dueños, llenaban los mas humildes egercicios : mas allá iba un Mesenio, tal vez de mi linage, encorvado al peso de una enorme carga, y en su frente se veia la marca de fuego, señal afrentosa de la esclavitud : apoyéme en una columna para recobrar el aliento que me faltaba : de repente llama mi atencion el grito de, *esclavo mesenio*, proferido

por un vil Espartano : se dispierda al momento mi dormido furor, grito cien veces « venganza », acometo con mi espada á aquel miserable, y gozoso la retiro de su cadáver, tinta, humeante con su aleve sangre : salí presuroso abriéndome paso por la multitud, y aqui me tienes nueva vez, repitiendo mis votos, renovando mis juramentos.

Levantóse el anciano y exclamó con un profundo suspiro : « ¡Oh desgraciada patria ! » se inclinó delante del altar, y se ocultó entre las malezas.

Ofuscáronse los serenos ojos de Gorgo a! mirar á su irritado padre reclinado sobre el ara, y á su querido Pandion, que caminando pausadamente levantaba las manos al cielo en actitud dolorosa. Indeciso, ya intentaba distraer la cólera de su padre con sus inocentes preguntas, ya queria correr al alcance del sacerdote para aliviar sus pesares con sus halagüeñas caricias. Acercóse por fin temeroso hácia su padre, y con voz tímida y baja : « ¿por qué te vas siempre, ó padre, cuando aqui existe nuestra felicidad? » dijo mirando al rededor del valle.

¡Ah! cuan distinta será la idea que tú formes de la felicidad, cuando llegue el dia en que debas saber cuales fuéron tus abuelos !»

« ¡Oh padre! yo no quiero saber mas, sino que soy tu hijo y el de Pandion; tu contento es ahora

el solo objeto de mi satisfaccion y de mi alegría.
¡Ah! tú no me amas como yo te amo. »

« Este mismo amor, hijo mio, me prohíbe bajar al sepulcro sin volverte tu patria y tu libertad. »

« ¿No está aquí mi patria? Ni ¿quien es mas libre que yo? »

« ¡Ah! no siempre lo serás : tu familia fué escogida por los dioses para llorar en la desgracia. »

Gorgo se sonrió en secreto porque no concebía que él pudiese llegar á ser infeliz : el objeto de su felicidad, ignorado de sus padres y de todos los hombres, moraba entre las peñas del Taigeto.

Quince años contaba Gorgo de vida triste y solitaria en compañía de sus padres, en las asperezas del Lico . toda su ocupacion era la caza : su padre le habia enseñado á lanzar diestramente el dardo, y ya no temblaba á presencia del lobo, ni del javalí, pues sus tiros no daban jamas en vago, y el jóven cazador nunca volvía á su casa sino cargado de botin. Pandion le habia enseñado á pulsar la lira y á cantar los himnos de los dioses ; pero nada cantaba Gorgo con tanto placer como los beneficios de Céres, la invencion del arado, ó la tranquila y feliz agricultura.

Todas las veces que iba á cazar se internaba mas en el Taigeto, y por último trepó un dia á la mas alta cumbre del monte : dilató de repente su vista por ambos lados, y vió con admiracion

los fértiles campos de su patria, desconocida todavía para él, regados por el Eurotas.

No podia comprender por que su padre habia escogido por morada el lugar mas desierto y arisco del monte, en vez de los amenos prados que se presentaban á sus ojos enagenados: ni menos llegaba á alcanzar la razon que tenia su padre para prohibirle bajar á aquellas llanuras cubiertas de aldeas habitadas, que tanto empeñaban su curiosidad. Estuvo largo rato considerándolas con lágrimas en los ojos; mas por último no pudo abstenerse de bajar hácia la Laconia por la parte del monte que le pareció menos áspera. Observó con cuidado la altura que abandonaba, y bajó con precaucion. El camino mirado desde lo alto le habia parecido muy corto, y sin embargo habia andado mas de una hora, y se hallaba todavía metido en el monte. De repente se presenta á su vista un ameno vallecito, sembrado de rosales: entra sin titubear, escucha con atencion, y distingue una voz humana. Estaba perplejo, y no sabia si volverse atras; pero impulsado por la curiosidad siguió adelante: colóse con tiento por entre las malezas, siguiendo el eco de la voz. Luego que pudo distinguir mejor los objetos, por entre las hojas observó una choza, y enfrente á la sombra de unos olivos vió que estaba sentado un anciano, y á su lado una mujer. Hablaban con la mayor familiaridad y con-

tento, y Gorgo, tímido aun, no se atrevia á interrumpirlos; pero levantóse la muger y empezó á llamar á Zeona: pronto retumbó el valle con los ecos, y el nombre de Zeona fué cien veces repetido: acude precipitada Zeona, abriéndose paso por entre las breñas; corre..... pasa... y, ¡oh azar! va á dar precipitadamente con Gorgo, con Gorgo temblante y asustado, que quisiera apagar á toda costa los azorados gritos de aquella jóven: pero en vano. ¡Madre, madre! ó dioses, un hombre! y Arquidamia acudiendo á los gritos de su hija encuentra á Gorgo sobrecogido y confuso, y sin atreverse á levantar los ojos ni proferir una sola palabra. Examinólo atentamente Arquidamia, recobráronse en tanto Zeona y nuestro forastero, y en virtud de la natural sencillez y del atractivo candor impreso en sus bellas facciones, le alarga aquella cariñosamente la mano, y le dice con afabilidad: «¿Quién, oh jóven, te ha traído aqui?» «Vengo del monte,» respondió Gorgo, dejándose conducir á la choza por la madre. Arquidamia contó al viejo, que era ciego, la causa de los gritos de Zeona, y el encuentro del gracioso jóven.

Llovieron al punto las preguntas sobre el inespero Gorgo, á las que no podia ni sabia responder otra cosa, sino que su padre se llamaba Aristomeno, que vivia con su madre y con el anciano Pandion en la otra parte del monte, y

que le habia prohibido tratar con los demas hombres. La bella Zeona, que estaba sentada enfrente, no perdía una palabra de las preguntas y respuestas, se sonreía cuando él se sonreía, y se turbaba cuando él se turbaba.

Arquidamia trajo un cesto lleno de frutas, y Zeona llenó un vaso de agua cristalina, y lo puso sin decir palabra al lado del cesto. Animóse con esto Gorgo, y empezó á hablar de su valle, de Pandion, de sus cazas, de sus juegos, de sus deseos de vivir entre los hombres en el llano, y de las prohibiciones de su padre. Sonrióse Arquidamia y le dijo: pues ya se cumplieron tus deseos sin que tengas necesidad de bajar á la llanura; ven todas las veces que quieras. Gorgo guardó el silencio, porque estaba midiendo la altura con la vista, y calculaba si seria bastante corto el camino para poder volver á menudo. Zeona aguardaba impaciente la respuesta de Gorgo, y viendo que permanecia callado, repitió las palabras de su madre: «ven á vernos todas las veces que quieras.» Sin embargo debes ya volverte, dijo Arquidamia; el sol empieza á esconderse detras de los picos de los montes.» Levantóse Gorgo confuso, sin poder proferir una palabra. El anciano lo abrazó, y Arquidamia le dió un beso, mientras que Zeona lo contemplaba con ojos tiernos. «Adios», dijo Gorgo por fin con voz baja, y marchó volviéndose á menudo,

Zeona lo siguió con la vista hasta que lo perdió entre las malezas. En seguida se acercó á su abuelo, empezó á hablar de él, y se deleitó en pintarlo con los hermosos colores que le sugería su herida imaginación. Su primer cuidado al día siguiente fué examinar atentamente el monte y preguntar por él, porque también aislada y sola con sus padres, su destino le inspiraba los mismos deseos que á Gorgo, siendo este el único nuevo ser que había visto hasta entonces.

Marchóse Gorgo pesaroso, y habiendo llegado á la cumbre, se paró para contemplar la choza que había dejado. Llegado á su casa sentía en su joven pecho una inquietud que le movía á callar su aventura, y á buscar la soledad: púsose triste y taciturno, y Pandion, aun que lo observó, no pudo adivinar la causa.

Dos días despues salió Gorgo ántes del amanecer para la caza; trepó ligeramente por las peñas, y su pecho dió fuertes latidos cuando descubrió al otro lado de las malezas la morada de sus amigos. Doblaba su marcha cuando oyó la alegre voz de Zeona que exclamaba: *¡ya viene, madre, ya viene!* Zeona se apresuró á su encuentro; mas al llegar junto á él quedó confusa, y dió fin á sus voces. Animado Gorgo con las alegres muestras de júbilo que advertía en su amiga: *¿te alegra mi venida?* le dijo: *sí*, respondió ella con voz baja y sin levantar los ojos. Cogióla él en-

tonces de la mano, y condújola á la choza, en la que esperaba Arquidamia. Asi que llegaron soltó Zeona la mano de Gorgo, y se abrazó con su madre. *¿Con tanta ansia has preguntado por él, dijo Arquidamia, y ahora que lo tienes lo dejas? dale, hija mia, la bienvenida con un beso:* avergonzada Zeona, se acercó á él y le ofreció sus hermosos labios; pero estaba tan confuso Gorgo que apenas los tocó con los suyos.

Preguntó despues Arquidamia á Zeona por sus corderos, y dirigiéndose á Gorgo le dijo, *¿tambien tendrás tú un rebaño?* Mas Gorgo en su vida habia visto un cordero. Oficiosa entonces Zeona, *ven pues, exclamó, ven, yo te enseñaré los míos:* y asiéndose por la mano salieron juntos. Al principio no osaban mirarse uno á otro, mas sus ojos brillaban de alegría, y sus pechos rebosaban de deleitosa satisfaccion. Una inocente inquietud turbaba sin embargo sus almas, y embelesados con el mútuo placer, y distraidos de su objeto, se sentaron á la sombra de un mirto, y Zeona, despues de haber reprendido á Gorgo por sus dos dias de tardanza en volver: *¡oh Gorgo!* exclamó, *no en vano mi abuelo ha dicho repetidas veces que algun dios benéfico te habia conducido á nuestra choza, pues yo me hallo mucho mas feliz desde que te conozco.*

¡Oh inocencia! sagrado don de los cielos, exclamó el viejo á su regreso: *todavía no hace una*

hora que estan juntos , y su confianza es tal que nadie dirá sino que se han criado en una misma cuna. Zeona á una insinuacion de su madre corrió al jardin , y en un instante estuvo la mesa cubierta de rosas, los vasos entretejidos de flores , y las cestas llenas de las mas esquisitas frutas : en este intervalo apenas tuvo el anciano lugar para decir cuatro palabras á Gorgo.

Cuando estuvieron sentados en la mesa el anciano quiso indagar cuidadosamente las circunstancias de los padres de Gorgo : le dirigió diestramente algunas preguntas , á las que satisfizo Gorgo con su acostumbrado candor , explicando todo lo que sabia , por donde coligió fácilmente el viejo , que Aristomeno seria alguno de los principales Mesenios, huido al monte para burlar la persecucion y el furor de los Espartanos.

Este fué el primer dia que Gorgo regresó á su albergue desprovisto de caza ; no salió en todo el dia siguiente , y estaba tan distraido que respondia sin tino á cuantas preguntas le hacian.

Iba un dia por otro á ver á Zeona, segun le habia ofrecido en su última entrevista , sin que le arredrasen las intemperies , sin que le detuvieran los hielos que cubrian los montes del contorno. Cumplia tambien Zeona con su palabra , pues la encontraba siempre en la peña señalada : Crecia cada dia la mutua confianza, y el anciano

y Arquidamia le llamaban hijo, y como á tal le prodigaban su afecto.

Así se pasó un año feliz; Gorgo había ya cumplido los diez y seis y Zeona los trece, cuando Aristomeno, convencido por Pandion y algo más sosegado, tomó la resolución de ir con su familia á establecerse en Arcadia. Antes de abandonar aquella morada quiso recorrer la Mesenia; y cuando estaba ya á punto de marchar, tomó á su hijo á solas, y dándole un estrecho abrazo, le dijo: « Todavía ignoras tu clase, hijo mío, mas ya se acerca el terrible instante en que deba instruirte de ella: no has nacido, no, para gozar del reposo y de la felicidad: no son tus labios para cantar en la lira, sino para entonar el himno guerrero con voz amenazadora: estas manos no han de empuñar sino la terrible espada, y estas sienes y delicadas trenzas no se verán ornadas de olorosas guirnaldas, sino que sudarán oprimidas al peso del enorme yelmo: tu vida no será mas que un tejido de trabajos, encuentros y peligros; tus desahogos serán hambres, sed, desvelos y persecuciones, y el único gozo que te reservan los dioses, la fama de tus claros hechos: ahora marchó á preparar el teatro de tu carrera; aprende en tanto á sufrir y á resistir; procura ser fuerte y duro como las peñas que han sido tu cuna; acostúmbrate á pasar las noches en las cuevas del Taigeto; corre en busca de las fieras

mas terribles , y acostúmbrate á vencerlas , porque pronto te conduciré delante de enemigos mas formidables. Hasta ahora hemos vivido en un desierto : lo dejaremos ; mas no creas que en cambio de albergue mas cómodo y tranquilo : renuncia ya á los muelles halagos de la tierna infancia ; enrobustece tus miembros cual conviene á un varon fuerte , á un guerrero. Es para mí dulce primavera el aterido invierno ; el uracan que descuaja los antiguos robles y levanta las pesadas peñas de su eterno asiento , agradable zéfiro ; y los duros peñascos , lecho de rosas : no olvides jamas mis consejos. Adios ; pronto estaré de vuelta.

Aristomeno se fué muy conmovido , y no menos lo quedó Gorgo á su inesperado discurso. Ya presentia su separacion de Zeona , y veia en los planes de su padre la tempestuosa tormenta que envolvía la destruccion de sus dichas : aumentaba mas sus penas el no saber cuales eran las intenciones de su padre y el terrible secreto que debía comunicarle. Corrió pues al único punto en donde podia encontrar el reposo y la felicidad. La órden que acababa de darle su padre en presencia de Pandion y de su madre le servia ahora de pretexto para ir á visitar todos los dias á Zeona , y de trasnochar algunas veces. Efectivamente dormia en una cueva del monte á corta distancia de la choza de Zeona. Apenas amanecia cuando ya estaba á su lado.

Arquidamia fué la primera que calculó que Gorgo debía pasar varias veces la noche allí cerca : preguntóselo, y respondió que sí : pero ¿cual fué entonces el espanto de Zeona al considerar el peligro que corría su amado cazador? Rogóle encarecidamente que las noches que no pensase volver al valle las pasase en la choza, y efectivamente la primera que se quedó fué un motivo de alegría para Zeona : escogió las pieles mas delicadas, sembrólas de flores, y rebosaba en inocente placer ; las mas de las noches, aprovechándose Gorgo de la afectuosidad de sus benignos huéspedes, las pasaba en la choza, y ya era considerado como de la familia. Arquidamia lo llamaba hijo y Zeona hermano. ¿Puede la inocencia titular de otro modo el objeto de su ignorado amor? Amábanse como hermanos, y disfrutaban de todas las dulzuras del amor, sin sentir ninguna de sus desazones.

Por la noche se sentaban debajo los olivos fuera de la choza, y Oébaló, que así se llamaba el anciano, les contaba la creacion del mundo, los trabajos de Hércules y Theseo, ó bien las sabias leyes de Licurgo; la caída de Troya y de los héroes tebanos : algunas veces que Gorgo le oia hablar de amor á la patria le preguntaba interrumpiéndole : *¿y mi patria cual es?* Callaba el viejo porque temia hablar de Mesenia; pero Arquidamia decia sonriéndose : « No eres Espar-

tano, ni Árabe, ni Elio; eres Griego y eres hombre: ama pues á los Griegos como á tus patricios, y á los hombres como á tus hermanos.» De este modo se desarrollaba en el pecho de Gorgo la mas sensible filantropía. Celebraba la sabiduría de Licurgo y de Solon, y sin saber cuan de cerca le tocaba, cantaba con lágrimas en los ojos la muerte de Cresfonte, y el humano gobierno de Apito que no sabia fuese su abuelo. El viejo le calló la caída de Mesenia, y solo le contó en sucinto la guerra entre este pueblo y el de Esparta.

En cierta ocasion en que el anciano hacia muy conmovido el elogio de Esparta, preguntole Gorgo: «¿ya que amas tanto á tu patria, por qué vives en el monte?» Cubrióse el rostro con las manos, como para ocultar su emocion, y suspirando dijo: «mi patria me ha desterrado, y á pesar de su ingratitud no puedo olvidarla: refugiéme en estas breñas, y de cuando en cuando algun caminante, conducido por la casualidad, me cuenta las hazañas y las glorias de Esparta.»

«¿Y qué delito pudiste cometer, hombre respetable?» preguntó Gorgo.

«Amaba demasiado á mi patria: era todavía muy jóven cuando estalló la primera guerra entre Esparta y Mesenia. Ven acá jóven, y deja que te estreche entre mis brazos: la suerte, hijo

mio, te ha conducido aquí para que nos sirvamos mutuamente de consuelo : ambos somos desgraciados , pues á mí me ha desterrado Esparta , y tú..... tú eres Mesenio. Todo lo que me has dicho de tu padre y del sacerdote de Céres me induce á creer que sin duda eres Mesenio. »

« ¡Yo Mesenio! respondió Gorgo aturdido : ¿Donde está pues mi patria ? donde está la Mesenia? »

« Tu patria ya no existe , hijo : cayó bajo la ira de los dioses : tu patria es ahora la tierra , ó bien si quieres , nuestros corazones que te aman tiernamente. » « ¡Oh! dijo Gorgo , cuéntame , te ruego , cuéntame como fué. »

« Ven acá , Zeona , dijo el anciano , mírale con tu amable sonrisa mientras le doy cuenta de la caída de su patria ; » y prosiguió así :

En el sitio más llano del monte se levantaba un templo de Diana que era comun á los pueblos Mesenio y Espartano. Las doncellas Espartanas celebraban su fiesta en él , é incitados algunos jóvenes Mesenios por su hermosura , á la que daba mayor realce el velo que las cubria , las sorprendieron , y sordos á sus gemidos se las llevaron al bosque. Algunos jóvenes Espartanos , y entre ellos nuestro rey Teleclo , quisieron oponerse á semejante atentado ; pero cayeron víctimas de los Mesenios. Las infelices doncellas escondieron su oprobio en lo mas áspero del monte , donde perecieron todas. »

A estas palabras : « ¡Qué horror! exclamó Gorgo fuera de sí : ¡Oh dioses! no soy Mesenio.»

El viejo continuó : « todavía no estalló el fuego de la guerra ; poco tiempo despues un Espartano asesinó por codicia al hijo de Pelicaro. El infeliz padre pidió justicia á Esparta y le fué negada ; y rabioso , desesperado, dió muerte á todos los Espartanos que cayeron bajo sus manos : de este modo se siguió la cólera á la cólera y el crimen al crimen , que fué el origen del esterminio de tu patria. ¡Oh hijo mio ! Las maldades de los hombres son las que devastan la tierra , no la ira de los dioses. Esparta exigia una satisfaccion , los Mesenios no quisieron atender á sus razones , y mi patria juró irrevocablemente la guerra. Todos los guerreros que marcharon contra la Mesenia , juraron no regresar á sus hogares , ni disfrutar las delicias del himeneo , sin haberla destruido. Veinte años duró esta guerra sangrienta , y otros tantos retardaron tus paisanos con un valor que nosotros mismos admirábamos , la caida de su malhadada patria. Los hombres mas esclarecidos de ambas naciones quedaron muertos en el campo. Por fin Itoma fué tomada por asalto : cayó tu patria , y la mia no estaba menos en el borde de su destruccion. ¡A tanto extremo condujeron los crímenes de pocos , á dos pueblos numerosos ! »

« Nuestras marchas victoriosas llevaban tras sí el luto y la desesperacion , y los gritos de dolor

de las viudas y de los huérfanos sofocaban nuestros himnos triunfantes. Vencimos, pero vimos marchitada la victoria por el mas acerbo llanto, por el mas doloroso luto. Cayó Mesenia. mas fué con la magestad de una diosa. Las plazas que les tomámos á presencia de su obstinada defensa, serán eternos monumentos de aquel valor héroeico, de aquella desesperacion sin ejemplo con que endurecian sus pechos aguerridos contra el destino y la adversidad. ¡Oh hijo mio! enjuga ese doloroso llanto que despedaza mi corazon. »

— « ¿Y qué se ha hecho, preguntó Gorgo entre sollozos y con trémula y turbada voz, qué se ha hecho de mis paisanos? »

— « Se dispersaron por los pueblos y montes vecinos : tu familia, segun he colegido por lo que me han contado, se oculta en el monte Lico, y los dioses han conducido aqui al hijo de un Mesenio, para que en los brazos de una Espartana olvide el ódio de sus paisanos. » Diciendo estas palabras quiso abrazar á Gorgo, pero ya estaba este en los brazos de Zeona : los estrechó á ambos, dando lugar á un breve y patético silencio : solo se oian los sollozos en que prorumpia aquel grupo singular, compuesto de personas que nacidas para aborrecerse, se estrechaban mutuamente con el afecto mas puro. Zeona enjugaba con su manto las lágrimas de Gorgo, y al fin le preguntó : « ¡ me aborreces, tierno hermano ! » Mas él sin

poder dar libre paso á sus palabras, en vez de responderle la estrechó fuertemente contra su pecho.

«Fuí desterrado de mi patria, continuó Oé-balo, y por consiguiente ya no soy Espartano: sin relaciones, sin sociedad, no tengo ni pretendo obtener otros dictados que el que me dió la naturaleza: así pues soy hombre y me basta: tú, Gorgo, tampoco tienes patria, y por lo mismo no tienes mayores títulos. Esforcémonos pues en ser felices como hombres; demos el ejemplo de nuevas virtudes; seamos fieles á nuestros semejantes; observemos la hospitalidad para con cualquier mortal sin distincion; sea la inocencia nuestra ley, y el amor y la humanidad las dotes que nos caractericen. Sé mi hijo y el de Arquidamia; sé el hermano y el amado de Zeona, y cuando la fria tumba cierre nuestras cenizas, sé tú su consuelo, su valedor, su todo. Destierra para siempre de tu memoria los ominosos nombres de Esparta y de Mesenia.»

«Diciendo estas palabras quiero darte, añadió, mucho mas de lo que pudiera quitarte mi patria: Zeona es tuya;» y juntó llorando las manos de Zeona con las suyas.

No pudo Gorgo resistir por mas tiempo á tantas muestras de cariño, y abrazándolo estrechamente, y con él á Arquidamia y á Zeona: «sí, dulce amada hermana, exclamó transportado:

tu amor será mi patria, y en tus brazos olvidaré la venganza. »

Quedaron por un largo espacio en el mas profundo silencio, y por fin desprendiéndose Gorgo del interesante grupo: « cuéntame, te ruego, le dijo, como te condujo la suerte á esta soledad. »

El anciano guardó el silencio por un breve rato, y despues continuó asi :

« Dies años habia ya que duraba la guerra, y fieles nuestros guerreros á su juramento, se quedaban todos en el ejército que iba cada dia engrosándose mas; pues toda la juventud apenas entrada en estado de llevar las armas corria presurosa á sus filas. Esparta estaba desierta y sin hombres, y ya habia diez años que no se habia encendido en mi patria la antorcha del himeneo. Con esto determinó mi padre enviar á Esparta á los jóvenes que todavía no habian prestado el desastroso juramento, y cada uno escogió con alborozo á su esposa. Bendijeron los dioses estos enlaces; pero la patria fué mas cruel que la naturaleza, pues negó á sus hijos la herencia y el derecho de ciudadano, poniendo á aquellos inocentes en la misma clase que los Hotas nuestros esclavos. Crecieron los niños; y sintiendo correr en sus venas la sangre de sus animosos padres, arrastraban vergonzosos y exasperados el manto de la esclavitud. Tenia en mi casa al joven Falanto, nacido de uno de aquellos in-

faustos himeneos, y de un íntimo amigo mio que murió á mi lado en el asalto de Itoma. »

(Arquidamia no pudo reprimir por mas tiempo su llanto.)

« Falanto, prosiguió el viejo, estaba dotado de un alma fuerte y sensible: solo con Arquidamia, con la que se crió, era blando, tierno y apacible. »

« ¡Oh! me queria tanto, prorumpió Arquidamia, todo lo hubiera sacrificado por mí y yo todo por él; le amaba como Zeona ama á Gorgo. »

« ¿Perdióse para tí, desgraciada madre, y vi-
ves aun? » exclamó Zeona abrazándose con Gorgo.

« Vivo aun, Zeona, porque..... » no pudo finalizar el empezado discurso, y echóse á los pies de su padre, besando el borde de su túnica: alargó el viejo las manos hácia su hija, y tocando los cabellos de Arquidamia, advirtió que estaba de rodillas á sus pies. No, no, dijo entonces el viejo: yo soy el que debo confesarme colmado de tus bondades. Tu madre, ¡oh sensible nieta! vive aun porque tenia un padre, un desdichado padre que ahora te esplica una pequeña parte de sus virtudes, que debia perecer sin sus costosos sacrificios. ¡Oh amada Arquidamia! Oh hija magnánima idolatrada!» Zeona y Gorgo conmovidos, llenos de la mas singular admiracion, no se atrevian á levantar los ojos, hasta que Oé-

balo continuando su historia dijo : « Crecia su amor con los años, y sin embargo pronto debian separarse para siempre. Las leyes no permitian el enlace de una doncella libre con un esclavo. Falanto desesperado no podia sobrellevar el oprobio de su injusta esclavitud, y yo atribuia solamente á esta causa sus ardientes suspiros. Entonces fué cuando perdí la vista : ¡ah ! y aun cuando la hubiese conservado, habria yo jamas pensado en arrancar del pecho de mi hija la tierna imágen de su Falanto, del hijo de mi mas querido amigo ! Llevados pues de su amor, y fiados en mi indulgencia se casaron en secreto. Arquidamia no podia ya encubrir su estado, y arrojándose á mis pies con su querido Falanto, me revelaron el fatal secreto. Lloré con ellos, partí con ellos todo el pesar de su situacion, y los perdoné, los estreché en mi cariñoso seno. Revisitiéndome finalmente de valor me presenté á mis conciudadanos, y me esforcé en echar en cara á los magistrados la inhumanidad de unas leyes que condenaban á tantos jóvenes ilustres y virtuosos al degradante estado de la esclavitud : mas todo fué en vano ; sordos á la justicia y á la razon, no escucharon mis razones, mis súplicas mas fervientes.

Entregado Falanto á la desesperacion, casi siempre estaba ausente ; lloraba Arquidamia, y temblaba yo mismo sin saber por qué. Falanto

habia conyocado á sus amigos, á aquellos que gemian bajo la misma dura suerte : escitó su furor, y juntos con los Ilotas querian con la espada en la mano forzar á su patria á darles la libertad. Asi se vió Esparta en el borde del precipicio por el tierno amor de un jóven irritado de la crueldad de su patria. El dia ántes de estallar la conspiracion, Arquidamia azorada vino á echarse á mis pies, y me reveló el terrible plan. ¡Oh cielos! cuales fueron mis temores y mis congojas! Conducíme á los Éforos, dije á un Iloa. Abrazó Arquidamia mis rodillas, dejó caer á su hija en mi seno, rogándome no acusase á su esposo : tú llorabas, Zeona, como si con tu llanto infantil hubieses tambien probado detenerme. Te regué con mis lágrimas, te apreté en mi pecho ; pero volviendo en mí, me arranqué de los brazos de Arquidamia y marché al tribunal de los Éforos conducido por el Iloa.»

« ¡Oh dioses! dijo Zeona horrorizada y entre sí, fué allá! ¿Cómo, exclamó Gorgo en el mismo momento, fuiste tú mismo Oébalos? fuiste efectivamente? »

« Yo era Espartano, hijo, y Esparta se hallaba vendida : parecíame que la tierra se abría á mis pies : mi intento era acusar á Falanto y morir despues con mis hijos. Cuando estuve en presencia de los Éforos quedé sin poder prorumpir una palabra : junté finalmente todas mis fuerzas y

esclamé con voz terrible : ¡ Traicion , traicion... ! Los Hotas..... ! Falanto es su caudillo..... ! y volviéronme sin sentido á mi casa. »

« Pusiéronse todos los ciudadanos sobre las armas , y Falanto con sus cómplices fué conducido al tribunal. Examinados detenidamente , fué comprobado su crimen ; pero Esparta no quiso derramar sangre. »

« ¡ Oh dioses , exclamó Zeona , vive aun mi padre ! vive Falanto ! decidme , ¿ vive aun ? »

« Sí , vive , respondió Arquidamia ; separado de nosotros por los anchos mares ; allí donde se pone el sol. »

Dobló Zeona las rodillas , y miró con ojos bañados en lágrimas hácia el occidente. El anciano continuó asi :

« Esparta concedió á aquellos jóvenes algunos buques para que se encaminasen en busca de una nueva patria. Los alegres gritos del pueblo nos anunciaron esta determinacion. Entró en seguida Falanto , y precipitándose á los pies de Arquidamia : Ya soy libre , exclamó , ven Arquidamia , tu esposo , el padre de Zeona ya no es esclavo : las velas estan desplegadas , mis esforzados compañeros nos aguardan ; ven conmigo en busca de nueva patria. »

« Arquidamia , que no esperaba tanta felicidad , cayó enagenada en los brazos de su esposo , y echóse despues á mis pies : le dí mi bendicion

paternal, y á tí tambien Zeona, y á tu padre que te tenia en sus brazos. Despidiéronse, quedando yo alborozado y dando gracias á los dioses.»

« Apenas habian salido, cuando los Éforos vinieron á leerme el destierro. El caudillo del levantamiento habia habitado en mi casa, y mi delito era no haber sabido ántes el peligro que corria mi patria. ¿Cómo puede un infeliz ciego, dije yo, saber lo que pasa en su alrededor? Por lo mismo te desterramos, repusieron los jueces; un ciudadano espartano debe tener los ojos abiertos: te compadecemos, mas somos Espartanos; deja la ciudad, añadieron por fin, abrazándome é inundándome con su llanto, y un esclavo del tribunal me condujo fuera del recinto.»

« ¡ Oh injusticia sin igual! exclamó Gorgo besando las manos del viejo; ¿y con todo amas todavía á tu patria? »

« ¡ Esparta no fué justa, fué á lo menos sabia: recompensó mi accion con una corona, pero desterró á un ciudadano que ya no podia llenar sus deberes.»

« En aquel instante no sabia lo que me pasaba: el esclavo del tribunal me habia conducido á la orilla del rio, en donde estaban los buques que iban á hacerse á la vela. Mi hija me vió desde lejos, y se precipitó gozosa en mis brazos: quise ocultarle mi desgracia; pero el esclavo que me acompañaba lo refirió todo llorando. Me rodea-

ron todos los jóvenes ofreciéndome su protección, convidándome á partir con ellos. No : los pocos dias que me quedan , dije , quiero vivirlos en mi patria. Falanto se echó á mis pies , y Arquidamia redoblaba sus lágrimas y sus ruegos para que los siguiera. ¿ Crees , le dije , que pudiera resistir al largo viage ? Déjame morir aqui , ya que asi lo dispone el destino. »

« Ahora , Zeona mia , querido Gorgo , prestad vuestra atencion , y bendecid á vuestra madre. Arquidamia te tomó en sus brazos , y apretando en su seno á su transportado esposo , con voz balbuciente y dolorosa : Adios , le dijo ; soy hija , y mi padre es ciego..... No pudo acabar ; ni á mí es dado pintar las circunstancias de tan sensible escena. Quedóse conmigo y dejó á su idolatrado esposo. »

« No permitan los dioses , dijo Gorgo en voz baja , pero de modo que Zeona pudiese oirlo , y mientras Oéballo y Arquidamia sollozaban abrazados , no permitan los dioses que yo hubiese de dejarte en tan terrible caso. »

Zeona conmovida se echó en el seno de su madre , y exclamó : ¡ Oh adorada madre ! cuan noble , cuan magnánima fué tu alma en aquel momento ! » « Hija , repuso Arquidamia , tambien tú habrias hecho otro tanto. » « Sí , respondió Zeona , pero hubiera muerto de dolor ; » y miró dolorosamente á Gorgo , que permanecía mudo

y como entregado á una profunda contemplacion.

Por fin Gorgo obedeciendo á los estraños afectos que despertó en su corazon tan notable hecho: «No tengo patria, dijo, ni otros títulos ni dictados que los de hombre: podrá quizas venir un tiempo en que la virtud exija de mí un grande sacrificio, como lo exijió de tu madre y de tu abuelo, ¡oh idolatrada Zeona! mas ahora aqui te juro por la desgraciada caida de mi patria, que mi mano no se enlazará jamas con la de otra mortal sino con la tuya: podrá la suerte separarnos, mas no tendrá suficiente imperio sobre mí para obligarme á ser infiel: tú serás mi esposa aqui ó en mi futura patria, en los desiertos de la Tracia ó en climas desconocidos. Si tengo patria, si los dioses conservan todavía á mis padres, de entrambos es mi virtud y mi existencia, pues vosotros me lo enseñasteis: podrán estos deberes serme algun dia onerosos; mas con todo, Zeona, un grato presentimiento me dice que has de ser mia. No de hoy mas te apellidaré hermana, amiga, sino en el dictado que indisolublemente liga el corazon del hombre virtuoso: ¡Oh esposa amada!..... Adios..... corro á saber cual destino me reservan los dioses: y marchó precipitadamente despues de haber abrazado á Zeona.

Vuelto Gorgo al Lico no pudo ocultar al penetrante y experimentado Pandion su aire inquieto

y distraído , y estrañando este el estado en que le veia , « ¿ qué tienes , hijo ? » le preguntó . Gorgo lo miró un instante indeciso , y al fin rompió el silencio diciendo : « ¿ Pandion , eres Mesenio ? Lo fuiste algun dia ? tengo aun patria ? »

« ¡ En donde has estado Gorgo ! » exclamó Pandion fuera de sí .

« Con los hombres mas respetables que ha producido la Grecia . »

« ¿ Quienes son , ¡ oh hijo ! Qué suerte fatal ? »

« El amor , la virtud guiaron mis pasos al valle en que aquellos hombres habitan : mas responde , ¿ tengo aun patria ? »

« ¡ Oh Gorgo ! tú me preguntas mas de lo que puedo responderte . Dime : ¿ con quien has estado ? »

« Con Espartanos : con nobles Espartanos . ¡ Qué ! ¿ mudas de semblante , Pandion ? ¡ Te estremeces al nombre de Espartano ! »

« Tiemblo al considerar el furor de tu padre cuando sepa que su hijo »

« Ama á una Espartana . ¿ Acaso porque él aborrece á Esparta , porque en el altar de la venganza ? »

« ¡ Ah Gorgo ! cesa . »

« No presumas verme temblar delante de mi padre . Él sabrá mi amor . Sabrá Aristomeno que de aquellos Espartanos solamente he aprendido

á ser Mesenio y á querer á mi patria ; que de vosotros solo hubiera bebido las funestas pasiones del ódio y de la venganza.....»

« ¡No de mí, hijo mio! »

« ¿Apruebas pues mi cariño, Pandion? »

« ¡Oh dioses! el último descendiente de los Apitas en los brazos de una Espartana! »

« ¡Yo descendiente de Apito! del humano Apito que perdonó la muerte á su padre! Oh cielos! Este sagrado nombre me liga estrechamente á las mas severas virtudes, y no es ya el solo lazo del amor el que me señala tan honrosa senda. ¡Oh dioses! volvedme esa contrastada patria, y brillará de nuevo la humanidad en el trono de los Apetidas. »

Creció mas la admiracion de Pandion, y no podia concebir por qué conducto sabia Gorgo la historia de su patria. Rogóle encarecidamente callase á su padre cuanto le habia sucedido.

« ¡Yo callar! ¿tendria yo secretos para mi padre? »

« No ; pero sabes que debes obedecerle, y un decreto suyo bastaria para separarte de tu amada. »

Será justo, en hora buena, el ódio de mi padre contra Esparta ; ¿pero por qué ha de estenderlo á todos los Espartanos? Soy Mesenio, soy Apetida, debo á mi patria el brazo, la vida y la virtud, mas no la crueldad. Podrá llegar el caso,

Pandion, en que tenga que hacer á mi padre el sacrificio de este reciente amor, mas entonces será cuando acabe para siempre la esclarecida estirpe de los Apetidas.

— Rogóle el sacerdote que contase detalladamente su aventura.

« ¿Para qué, Pandion? respondió Gorgo. Fácil me fuera pintarte la inocencia, la hermosura, las gracias y las virtudes que embellecen á aquella candorosa jóven; pudiera narrarte las eminentes dotes de su madre, cuyas desgracias arrancarían lágrimas á tus ojos; pudiera hablarte finalmente de aquel anciano á quien amo á la par de tí; que tiene tus virtudes, tu dulzura, tu sabiduría, tu experiencia; te contaría uno de sus hechos que arrebataría tu admiracion, y del cual solo fuera capaz un dios: pero no te necesito para admirar, sino para decidir. Respóndeme, Pandion: ¿Puede una Espartana ser mi esposa!»

« ¡Oh desdichado jóven! tú no sabes el ódio de tu padre contra Esparta, tú ignoras los motivos..... »

— « Yo los sabré. Haré con él si es forzoso la guerra á esa misma Esparta; pero la jóven celeste cuya imágen mora en mi corazon, será siempre el tierno objeto de mi constante amor. »

« ¿No sabes que hoy regresa tu padre, y quizás con faustas nuevas? Ocúltale, por los dioses, ese funesto amor. »

« Mi padre es hombre, y si mi amor es para él una desgracia, debe por lo menos hallarse prevenido : vámonos ahora á abrazar á mi madre.»

Llegó Aristomeno al anochecer, lleno en efecto de alegres esperanzas : habia recorrido la Arcadia, cuyos pueblos aborrecian secretamente á Esparta, aunque no se atrevian á hacer público su ódio, porque temian su poder, y esta sola fué la causa del primer desaire que recibió de ellos Aristomeno. Entró finalmente en Argos, envuelto con un manto de luto, y con la cabeza cubierta de ceniza. Tan extraño trage llamó la atención de los habitantes, y cuando los hubo convocado á todos, empezó su patético discurso, describiendo las miserias de los Mesenios, y las desgracias de su familia. Conmovidó el pueblo prometió socorrerle luego que hubiera reunido un suficiente número de Mesenios. Pasó de Argos á Tegea, en donde sus palabras produjeron igual efecto. « A las armas, gritaron hasta las mugeres exaltadas, y acuérdesese, dijo una entre la muchedumbre levantando un dardo, acuérdesese Esparta que las mugeres Arcadias batieron en una ocasion al rey Charilao y á su ejército, y que gimieron atados vergonzosamente con las mismas cadenas que traian para nosotros.» « Noble griega, exclamó Aristomeno ofreciéndole su espada, toma el último mueble que me queda, y dame tu dardo.» Pasó en seguida á la Elia, y llegó á

Corinto : no encontró allí socorros, pero le concedieron lágrimas y buenos deseos.

« Su hijo, su muger y Pandion, corrieron á su encuentro ; mas ántes de responder á sus caricias quiso visitar la urna de su padre. « Pronto, exclamó al llegar, pronto se cumplirán mis deseos : y tú Gorgo, pronto sabrás quien eres. »

« Ya lo sé, padre, respondió Gorgo, soy Mesenio. »

Aristomeno echó una severa mirada á Pandion.

« Lo ha sabido casualmente : » dijo el sacerdote.

« ¿Y sabes tambien quien destruyó á Mesenia? »

« Tambien lo sé, repuso Gorgo con voz sosegada ; los jóvenes que arrebataron á las doncellas del templo de Diana, la muerte del hijo de Policaro, y finalmente, Esparta. »

« ¡Gorgo! gritó encendido de furor Aristomeno : ¿has hablado acaso con Espartanos, con los mas crueles enemigos de tu casa? »

« Esparta nos aborrece, mas no los Espartanos todos : he hablado con Espartanos, padre, y aun mas..... »

« ¡Qué mas! No los aborreces! Tu patria no existe, y no detestas el nombre Espartano! »

« Mi espada, mi brazo y mi existencia, serán siempre de mi patria. Condúceme contra tus enemigos, y verás padre si soy Mesenio. Mas el hom-

bre indefenso, sea del país que quiera, no será jamás un enemigo para mí.»

«¿Sabes, Gorgo, de qué familia descendes?»

«Soy nieto de Apito, á quien llama grande la posteridad, y un Espartano me ha enseñado á celebrar sus virtudes. El crimen encendió la guerra que trajo la ruina de mi patria, y el crimen no la levantará de sus escombros: el amor á mi patria no me inspirará jamás la inhumanidad ni la venganza, porque aquel es una virtud eminente, y estos son delitos de que se ofenden los dioses.»

«¿Quién te ha instruido, Gorgo?»

«Tu destino, el lamentable de mi patria, y la resignacion de una familia infeliz, cuyos miembros, á pesar de su nombre, me enseñaron que los crímenes recorren la tierra como las furias, y se valen de los hombres para castigar á los hombres, y de los pueblos para castigar á los pueblos. Un anciano desterrado por su patria, una muger separada del tierno esposo que idolatra, y una niña que puede disputar á los dioses el premio de las virtudes, estos tres mortales que bajo el peso de su desgraciada suerte viven contentos y resignados, me han enseñado que la venganza guía la espada contra el mismo pecho que la abriga, y que la humanidad es la fuente de la felicidad, el premio tácito del valor.»

«¡Qué adversa suerte! Pueblos estraños y re-

motos derraman lágrimas al oír nuestras desgracias, y mi propio hijo defiende á mis enemigos.»

«¿A tus enemigos? ¡ Quienes! ¿ un viejo que no vé, una débil muger y su hija, tus enemigos? ¡ Oh querido padre! »

« Mas con todo son Espartanos, y estos crueles enemigos persiguen por todo á los Mesenios.»

« ¡ Persiguen á los Mesenios! ¿ Qué seria de tu hijo si tal fuese? Aquel venerable anciano me ama como si hubiese nacido en sus hogares, como el mas tierno padre. »

« ¡ Ah Gorgo! tus palabras nacen de otro afecto mas poderoso que el de la amistad.... pero nunca.... ora el amor hubiese empleado las mismas formas de Citeres para alucinarte. »

« El mas puro é inocente amor me ata de un modo indisoluble á la nieta de aquel respetable anciano. »

« Caiga pues esa miserable primera víctima de mi venganza, castigo de tu indigna debilidad. »

« ¡ Qué horror, padre! Mas qué! no levantarás tu espada contra el pecho de mi esposa, sin que ántes pases el de tu hijo. »

« ¡ Tu esposa! Qué profieres! ¿ Un hombre de sangre espartana deberá sentarse por este funesto enlace en el solio de los Apetidas? Te ha contado aquel vil ciego la sangrienta caída de tus pasados? Sabes la historia de tu patria? Cuyas son las inultas cenizas que encierra esta urna? Sabes

quien fué su malhadada esposa y la desgraciada historia de su muerte? Hace mas de cincuenta años que la espada de Esparta ha esterminado á tus abuelos, y no ha dado un instante de reposo á tus perseguidos padres, y tú piensas reposarte en los enemigos brazos de una Espartana, indigno nieto de Apito? Sus sangrientas sombras provocadas á tanta barbaridad se juntan ya para maldecirte.»

« En el Leteo, padre, se olvidan los ódios y las venganzas : lloran las sombras, si les es dado el llorar, por los crímenes de sus nietos, y solo la piedad y la virtud es la que resplandece y brilla en las mismas sombras del Tártaro : Asi dice Pandion que Ceres lo enseñó á los hombres.»

« El purgar la tierra de los malvados es, Gorgo, piedad tambien. Partirémos de aquí á algunos dias, y verémos si á presencia de la tumba de tus antepasados y de las ruinas de tu patria, pronuncias el nombre de Esparta sin horror.»

« Perseguiré á los asesinos de mi familia y á los enemigos de mi patria; pero no aborreceré al mortal noble y generoso, por los crímenes de mis paisanos.»

« Pasado mañana nos pondrémos en marcha, dijo Aristomeno. De tí, Gorgo, necesito mas hechos que palabras. En Itoma me repetirás si amas á una Espartana; y tú, Pandion, disponte á venir con nosotros.»

« Corramos, oh padre, exclamó Gorgo, corramos á libertar á nuestros paisanos del yugo opresor que ignominiosamente arrastran; mas no exijas de mí ningun acto injusto. Aquí te juro, en el altar de la terrible Céres, que pelearé sin descanso hasta que Mesenia sea libre. Los dioses que ven las acciones de los hombres y penetran sus mas ocultos pensamientos, envian á las Euménidas, para completar su justicia; mas yo, mortal, no puedo juzgar sino de las acciones, no del oculto pensamiento que las dirige: no blandiré pues la espada vengativa de las furias; solo brillará en mi diestra el acero de la justicia, que desenvainó el amor á la patria que inspiran los mismos dioses. »

« Tus palabras vuelan con el vapor de la noche, dijo Aristomeno: cuando veas á tu patria, tú mismo arrancarás de las manos de las Euménidas la terrible antorcha de la venganza, para con ella escitar el ánimo abatido de tus conciudadanos. Ven: acepto tu juramento. Si consigues libertar á tu patria uniendo tus esfuerzos á los míos, te llamaré digno nieto de los Apetidas, y mis deseos quedarán enteramente colmados. »

Calló: y Pandion se hallaba enagenado de placer al considerar la discrecion y las virtudes de Gorgo: Cuando jóven sintió tambien el rencor contra Esparta; pero la vejez habia mitigado

su ódio, y la muerte cercana le enseñaba á perdonar. Gorgo no hacia otra cosa mas que repetir las lecciones de Pandion, y animado por su contrastado amor daba mayor espresion y viveza á sus palabras.

Al dia siguiente llegaron al valle de Aristomeno disfrazados de pastores, Panormo, Gonipo, Teoclo, sacerdote de Júpiter, su hijo Manticlo, jóven de edad de Gorgo, y otros muchos nobles Mesenios: el anciano Teoclo iba al frente de estos valerosos jóvenes. Aristomeno salió á su encuentro, los estrechó en sus brazos uno por uno, y despues de un corto silencio exclamó: «No tengo necesidad de recordaros nuestras desgracias, pues las mismas os aquejan que á mí. Hasta ahora he vivido en este desierto, mientras vosotros habeis vagado errantes por pueblos estraños y desconocidos. Llegó por fin el tiempo de la venganza, y desenvainó su acero. Los Mesenios pesan sobre la tierra sin hogar, sin patria, sin leyes y sin dioses, y son el escarnio ó el objeto de la compasion de sus semejantes, ó siervos de los crueles Espartanos. Todos vosotros juntos no tenéis tantos motivos de venganza como yo, y así tambien me sabré precipitar yo solo sobre un ejército de nuestros mas encarnizados enemigos. Mientras tenga movimiento este brazo y lata este corazon, no cesará la guerra destructora y perdurable que he jurado á Esparta.»

Pronunció Aristomeno estas palabras con voz ronca y alterada, regando las lágrimas sus mejillas, con los ojos fijos en el suelo.

Todos callaron largo rato, y en sus ceñudos semblantes se leía el dolor y la desesperacion. Blandió Panormo en seguida su luciente espada, y mirando á sus compañeros con ojos encendidos: « Guerra, gritó, guerra y esterminio á Esparta mientras corra una gota de sangre en nuestras venas. » Repitieron todos el terrible juramento desenvainando sus aceros, y los lúgubres ecos del Taigeto la repetian tambien á lo lejos con horror.

Teoclo manifestó la disposicion en que se hallaban los infinitos Mesenios que moraban aun en el pais natal, y añadió: solo falta que se presente un caudillo á su frente, y al punto correrán todos á las armas. Las crueldades de Esparta han exasperado su sufrimiento, y la desesperacion ha infundido valor en el pecho de los mas cobardes y sufridos. »

« ¿ Podemos contar con el auxilio de los Argivos y Arcadios? »

« Sí, y tambien con el de los Licios y Elios. Luego que se levanten los Mesenios, marcharán la mayor parte de aquellos pueblos á las fronteras. La última vez que recorríste la Mesenia, oh Aristomeno, tu dolor, tu agitado continente, te descubrieron á nuestros infelices paisanos. Mira,

se decían unos á otros, allá va un Apetida, no en vano recorre la Mesenia.»

«¿Me conocieron pues?»

«Sí, por el Águila esculpida en tu broquel con las alas desplegadas. Sí, Aristomeno, y aquel fué acaso el primer instante de alegría que sintieron sus pechos desde la caída de Itoma. Los jóvenes se reunieron por la noche en las aldeas por donde habías transitado, y exclamaban animados: levántate águila, extiende tu raudo vuelo. Al día siguiente se vieron millares de ofrendas en los altares de nuestros derribados templos. El de Júpiter contenía un número escesivo, y la tumba de tu madre estaba todos los días cubierta de nuevas flores. Ya no era su mirar tan postrado y abatido; y si alguno preguntaba la causa de su desmesurado gozo, de su desembarazo satisfecho, al punto respondían: ¡Como! ¿no sabes que un Apetida visita la Mesenia para vengar á su patria? Deja que nos flame.»

«Os doy las gracias, ¡oh dioses justicieros! dentro de tres días estaré en Itoma.»

«¡Oh Gorgo! exclamó Theoclo, tu linage es ilustre: mucho pueden inspirarte tus ascendientes, la Grecia toda y la patria en ruinas; pero considera cuanto deban completar tus esfuerzos para llevar dignamente el nombre de Apetida.»

«¿Y esperas acaso menos de mí? Tú tienes un hijo, respondió Gorgo; somos de una misma

edad, juntos pelearémos, y tú, Manticlo, dame la mano, recibe mi amistad y el deseo de distinguirme en las batallas; tú aborreces á Esparta, y yo amo á mi patria; el ódio y el amor deben inspirarnos grandes acciones; nuestros caudillos calificarán nuestros hechos.

Abrazólo cordialmente Manticlo, y respondió con noble desembarazo, declarándose su compañero de armas; y todos renovaron los juramentos mas terribles de interminable guerra contra sus opresores.

Gorgo y Manticlo se separaron á poco rato del grupo de los guerreros, y empezaron á hablar de la caza y de cuanto era propio de su edad. Manticlo quedó prendado del caudor y de las virtudes de Gorgo, y este de la afectuosidad y del cariño que aquel le manifestaba; de modo que ántes de dos dias que fué el tiempo que permanecieron los guerreros en el Lico, ya no habia dos personas mas íntimamente unidas por el vinculo de la mas pura amistad, que nuestros dos jóvenes. Gorgo depositó no poca parte de sus secretos en el tierno corazón de su amigo, que correspondió á esta confianza con igual demostracion de afecto.

Al fin los caudillos se dispusieron á marchar para preparar el pueblo al levantamiento, y los dos amigos se separaron con nuevas protestas de amistad, y con vivos deseos de reunirse.

Luego que Gorgo quedó en libertad, su primer

afan fué dirigirse al valle de Zeona. Encontróla bañada en lágrimas, porque la habian azorado sus últimas palabras. Temblaba sin saber porqué, mas desaparecieron sus cuidados asi que lo divisó á lo lejos, y corrió apresurada á su encuentro. Recibióla Gorgo en sus brazos, y respondiendo con cariño á sus atropelladas preguntas, llegaron á la choza.

«Tú, Oéhalo, tenias razon, dijo al entrar; yo soy Mesenio, y tal vez deberé hoy separarme de vosotros por largo tiempo; pero amo á Zeona, y Zeona debe ser mi esposa. ¿Te opones, Espartano, á que tu nieta sea la muger de un Mesenio? de un Mesenio que podrá blandir la espada contra tu patria?»

«Zeona te contestará primero, dijo el anciano algo agitado.»

«¿Puedes, Zeona, pues, hija de Esparta, renunciar á tu patria por el amor de un Mesenio?»

Estuvo Zeona largo rato pensativa, y por fin exclamó: «¿Harías, Gorgo, otro tanto por mí?»

«Por tí, Zeona, respondió este, olvidaria la felicidad que ofrecen las moradas del Olimpo; pero pelear por tí contra las murallas de mi patria fuera un acto al que se resistiria mi corazon, se negaria mi brazo; mas con todo tú eres muger.»

«Gorgo, exclamó Zeona precipitándose en sus brazos: todo lo haré yo por tí, y moriré tambien si no puedo ser tuya.»

Volvióse Gorgo al anciano y continuó. « Espartano, Zeona ha hablado, ¿qué piensas tú decir? »

« ¡Oh Gorgo! no es obra de los dioses el que el hombre embote los filos de su espada en la sangre del hombre: el amor es la ley de los cielos, y la guerra es el crimen de los mortales. Sea pues Zeona tu esposa, y no fies tu corazón al hombre que para amarte ó aborrecerte pregunta sin justicia en que tierra has visto la luz. »

« Ojalá no os separen jamás los dioses, añadió Arquidamia abrazándolos, bañada en tierno llanto, y yo olvidaré que vivo separada de mi esposo. »

« Ahora bien, exclamó Gorgo; mi deber, Zeona, me separa de tí. Voy á cumplir con las leyes que me impone un destino severo; mas yo te juro por los dioses inmortales, que jamás mis labios se sellarán en los de otra muger, y que mi constancia será tan duradera como mi existencia. »

« ¡Gorgo! Gorgo! exclamó Zeona llorando, ¿ con qué te vas? »

« Acuérdate, Zeona, que eres la muger de un Apetida, y que eres hija de Esparta: ¿ con estos títulos te lamentas, porque nos llama el deber? »

« ¡Oh Gorgo! Gorgo! dijo Zeona, mi corazón se halla combatido de tristes presentimientos: temo que no te volveré á ver. Cayó desmayada

en los brazos de Gorgo, y este la colocó cuidadosamente en el seno de su madre: besó sus labios descoloridos, apretó su fría mano, y dijo: *Adios, Zeona; consuéla, ¡oh virtuosa madre!* y... *Adios Zeona,* » repitió viendo que volvía en sí, y salió precipitadamente.

no lejos de allí, y en una alta colina de la cual se descendían una multitud de arroyos que regaban el llano, estaba situada la villa de donde vino Gorgo á preguntar á Pandion qué ciudad era aquella, porque tenía que hacer un viaje á las montañas de los Espartanos; mas movido de la curiosidad se lo preguntó en voz baja.

~~Antes de salir de la villa de Gorgo, Pandion le recomendó la madre de Gorgo, la esposa de Pandion, la hija de Pandion, y que fuese el sepulcro de sus parientes, y que fuese el sepulcro de sus parientes, y que fuese el sepulcro de sus parientes.~~

Acompañada Gorgo recorrió aquellos montes.

Al día siguiente salió Aristomeno del valle con toda su familia al levantarse el sol, y llegados al pié del monte siguieron el curso de un riachuelo que allí nacía. Aristomeno iba armado de pies á cabeza y llevaba la adarga de los Apetidas. Repitió Pandion los nombres de todas las villas que poblaban ántes de la guerra aquellas comarcas, y en cuyo lugar se observaban ahora chozas derribadas, único monumento de su antiguo esplendor. Los pocos habitantes que las moraban iban errantes de una parte á otra, sin lares y sin patria cierta.

Estaba el sol en la mitad de su carrera cuando se sentaron en la entrada de un hermoso soto;

no lejos de allí, y en una alta colina de la cual se desprendian una infinidad de arroyos que regaban el llano, estaba situada Anfea. No se atrevió Gorgo á preguntar á Pandion qué ciudad era aquella, porque temia escuchar nuevas crueldades de los Espartanos; mas movido de la curiosidad se lo preguntó en voz baja.

« Es Anfea, respondió este: ¡Anfea! exclamó la madre de Gorgo, ¡es aquella, continuó levantándose, la infeliz, la amada Anfea, en donde nací, y que fué el sepulcro de mis parientes, víctimas del amor patrio! Oh Aristomeno! permíteme que vaya á regar con mis lágrimas la tumba de mis padres.»

Acompañóla Gorgo recomendándoles Aristomeno toda precaucion porque estaba guarnecida de tropas espartanas.

Al subir la colina contemplaron las fuertes y elevadas murallas, cuyas puertas estaban fiadas á la custodia de apuestos y jóvenes guerreros; entraron, y el brillo de sus armas fué á herir los turbados ojos de entrambos.

Sobre montones de piedras advirtieron á unos muchachos armados con palos en forma de lanzas, amenazando á otro grupo no distante, compuesto de otros de igual edad. Paróse Gorgo admirado, y dirigiéndose á uno de ellos, le preguntó qué hacian. « Estamos jugando, le respondió; nosotros somos Espartanos y aquellos

Mesenios ; por esto los amenazamos con los látigos y las lanzas. »

Dejólo Gorgo aturdido, mas por do quier que tendia la vista encontraba señales de la victoria de los Espartanos, y de la destruccion y miseria de los Mesenios. En medio de las ruinas se ejercitaban los guerreros en el manejo de las armas, y sus miserables paisanos ocultaban su vergüenza en el interior de sus pobres chozas.

Preguntó la madre de Gorgo á un anciano que estaba sentado en aquellas ruinas, en donde estaba el cementerio de los Anfeenses : el viejo miró al rededor y dijo : « Yo os conduciré : ¿ que-
reis por ventura llorar sobre la tumba de alguno de vuestros pasados? y reparando que la madre de Gorgo lloraba, la cogió de la mano y dijo con voz enternecida : « Sois Mesenios, lo conozco en vuestro llanto : seguidme á lo lejos, porque podrian entrar en sospecha ; seguidme : » y salió temblando por la misma puerta, y los condujo al cementerio.

La madre de Gorgo buscaba en vano entre las columnas el sepulcro de los Androclenses, su familia ; y habiendo preguntado por él al anciano, este le dijo : « allí entre los dos cipreses estan sepultados los Androclenses degollados por los Espartanos : su patria no pudo erigirles otro monumento : » y con mesurado paso se dirigió ella al triste lugar.

Instado el anciano por Gorgo para que le narrase la infausta caída de Anfea, empezó aquel su discurso de este modo: ¡Como! ¿eres Meseño é ignoras la desgraciada historia de tu patria? Mas escucha; verás si pudo nacion alguna haber llegado á mayor cúnulo de infortunios.»

«Muy lejos estábamos nosotros de pensar en disension alguna, y aunque veíamos á los Espartanos ocupados en aprestos de guerra, nada podíamos sospechar, pues su conducta y su amistad no daban lugar al menor indicio ni recelo. Mas, ¡oh perfidia! Salió el ejército espartano cuando menos se creia: su inicuo plan estaba calculado, y favorecidos por el silencio y las tinieblas de aquella funesta noche, penetraron sin trabajo en la ciudad inocente y amiga: asemaba apenas el alba, y las calles de Anfea invadidas ya por los malvados, retumbaban al estrépito de sus armas, de sus bélicos instrumentos, y de sus terribles y feroces alaridos. ¡Oh! dioses! Saltámos todos temblando de nuestros lechos, y ya se oian los lamentos y los ayes de las infelices víctimas. Mi padre salió á la calle armado con su escudo y con su espada: mi madre, apretando en sus brazos á mi hermano menor, se precipitó tras él para detenerlo: mis hermanas y yo corrímos azorados en su alcance; más ¡ay! qué aciago momento! un Espartano con su lanza atravesó el niño y el corazon de mi des-

dichada madre: mi padre quiso defenderla, y cediendo á la multitud cayó sobre el cadáver de su esposa: allí cayeron al par mis tristes hermanas; y vagando entonces yo por donde me guiaban el miedo y el horror, sin conocimiento y sin tino, me refugié en el templo de Apolo. ¡Ah! los gemidos de los moribundos retumbaban tambien en las elevadas bóvedas: de todas partes acorrian allí los miserables habitantes: allí los rangos, los sexos y las edades eran confundidos por el mas inevitable y terrible destino. El sacerdote, anciano venerable, pariente sin duda de esa muger que te acompaña, pues era tambien Androclense, se colocó con impávida serenidad en el pórtico del sagrado templo con la banda del dios y el cetro de oro en la mano: mas ¡oh escándalo! ¡oh profanacion! dando furiosos alaridos entraban ya los Espartanos por la calle que conduce al templo. ¡Parad! gritaba el sacerdote; ¡respetad al Dios vengador! ¡tened, inhumanos! y un inclemente Espartano, sordo á la piedad, lleva la sacrílega mano á las venerables canas del sacerdote; lo revuelca sobre el polvo y lo pasa con su espada. Volaron en el momento las furias por todos los ángulos del sagrado recinto: cada acero de nuestros frenéticos enemigos lanzaba la muerte y la destruccion; cada lanza hundíase en cien palpitantes pechos, que ni el casto seno de la postrada vírgen, ni el pe-

netrante llanto del infante bastaron á contener : caí envuelto entre los cadáveres cuyos últimos latidos sentia acabar á pesar mio ó en mis trémulas palmas , ó en mi oprimido corazon : no llegaban á mis oidos sino los últimos ayes del que luchaba aun con la agonía , ó los alegres y bárbaros gritos de nuestros asesinos. Por la noche reuní mis postradas fuerzas ; me levanté por entre aquel infando cúmulo de muerte , y tropezando con los desangrados cuerpos de mis paisanos , salí del templo. Calles enteras se miraban derribadas : las ruinas y las llamas de los edificios era ya solo lo que quedaba de la célebre y malhadada Anfea. En fin , despues de mil encuentros , de mil mortales sustos , logré salir de la ciudad , y reuniéndome con algunos fugitivos nos dirigimos espavoridos á Staniclero. »

« *Allí mismo* , dijo Arquidamia , que habia ya vuelto de los sepulcros , *allí se refugió tambien mi madre de edad de diez años* , despues que hubo perecido toda la familia de los Androclenses. »

« Ten confianza , Mesenio , exclamó Gorgo dirigiéndose al anciano ; ya vendrán mejores tiempos ; prepara á los Anfeenses ; cuéntales el terrible suceso que me has contado , y cuando oigas el penetrante grito de los..... Los Espartanos asesinaron á tus padres... tú te vengarás. »

« ¡ Ojalá los dioses me conserven la vida por

ver tan esperado dia! Tengo dos hijos robustos y esforzados..... Dime, ¿ es verdad que se ha dejado ver un Apetida? Los mismos Anfeenses pretenden haberlo conocido por el escudo. Tus ojos, jóven, me lo confirman: ¿ será pues verdad? ¡ oh dioses! deja que vaya al templo y suplique al sagrado Apolo dirija sus pasos y su diestra. ¡ Adios!

Gorgo le detuvo, y echándole los brazos al cuello, le dijo: « El hijo del Apetida te da las gracias, amigo: » y marchóse con su madre.

El viejo quedó absorto y lleno de admiracion, y aunque quiso alcanzarlos, no le fué ya posible, por lo que se postró de rodillas, y levantó las manos á los cielos haciendo votos por el feliz éxito de la empresa del Apetida.

« Gorgo, dijo la madre al pasar por los cipreses, aquí descansan las cenizas de tus abuelos, ¿ y no te arranca lágrimas su vista? »

« Y allí tambien, ¡ oh madre! dijo Gorgo agitado, allí estan los Espartanos armados; allí las ruinas del templo; y allí hasta los mismos niños, que en sus juegos hacen desprecio y escarnio de nosotros. No puedo llorar, ni nos esforcemos en tributar lágrimas á los muertos, sino socorros eficaces y prontos á los vivos. Vámonos; aceleremos nuestra marcha; se me despedaza el corazon á vista de este monton de escombros, y el reflejo de aquellas armas ofusca mi vista y hace estremecer mis miembros todos. »

Volvieron al bosque en donde Aristomeno y Pandion los estaban aguardando. Leíase el furor en el semblante de Gorgo, y al llegar á conveniente distancia : « No nos detengamos , ¡oh padre ! exclamó ; allí estan los Espartanos armados ; allí , en las ruinas de nuestros templos : y nosotros , ociosos y errantes , pisamos una tierra que siendo nuestra , sufre un dominio opresor : marchemos al punto , que este dia es ya uno menos de venganza , uno menos de castigo á las crueldades de Esparta. »

« Ahora te reconozco por digno nieto de los Apetidas : con que , ¿ puede mas en tu pecho una madre que llora , que una amante que se sonrie ? »

Tembló Gorgo á estas palabras que despertaron en su mente el recuerdo de su amante. Las escenas que ocupaban su imaginacion se la habian como desterrado por entonces de su memoria.

Entraron en seguida en las ricas llanuras regadas por el Pamiso , cuyas aguas distribuidas en una infinidad de arroyos corrian en todas las direcciones : las próximas colinas , cubiertas de vistosas arboledas , embellecian tan deleitosa perspectiva ; pero un silencio de muerte reinaba por todas partes.

« ¡ Oh dioses ! exclamó Pandion , ¡ qué singular mudauza ! aqui se levantaban ántes numerosas

villas, opulentas ciudades y magníficos templos: aquí, como las olas de un vasto mar, se impe-
lian las ricas y feraces cosechas, y los parleros
ecos repetían en todas direcciones los alegres
cantos de los segadores: en estas colinas pacían
numerosos rebaños, y resonaban por todas par-
tes los acordes sonidos de las flautas de nuestros
pastores. Por todas partes se observan ahora la
destrucción y la pobreza de nuestra patria.»

Los pocos habitantes que encontraban los se-
guían algún trecho, porque conocían el escudo
de los Apetidas, y la banda de la diosa Ceres
que llevaba Pandion; y un rayo de alegría y de
esperanza brillaba en sus gozosos semblantes.
Corrió la nueva que los pueblos del contorno y
los jóvenes Mesenios aguzaban sus aceros en el
silencio de la noche.

Tomaron el camino de Itoma, y llegados á la
cumbre del monte inmediato que lo dejaba des-
cubrir enteramente, saltaron las lágrimas de los
ojos de Aristomeno. «Mira, dijo á Gorgo: aque-
lla es la colina regada con la sangre de tus abue-
los: aquel fué el último asilo de los Mesenios:
allí en donde se salvó Júpiter en los brazos de las
ninfas, cayó mi desgraciada patria: la cuna de
Júpiter fué el sepulcro de Mesenia. Cinco años
enteros defendió aquel recinto la desesperacion
de nuestros paisanos. Su valor merecía otro pre-
mio, pero no lo aceptaron los dioses: un indigne

engaño puso en poder de los Espartanos la sola fortaleza que nos quedaba, y de este modo ni siquiera quedó el consuelo á los Mesenios de haber hecho sus últimos esfuerzos muriendo en su defensa ; mas este no fué su fatal destino : huieron las familias mas distinguidas , prefiriendo vagar por los confines de la Grecia en busca de un asilo , que doblar la cerviz al vergonzoso yugo que Esparta llamó paz. ; Oh dioses ! hace mas de cincuenta años que esta paz oprime y pesa sobre los cuellos de los vencidos , á quienes no queda mas que miseria que soportar é injusticia que vengar. Subamos : aqui fijó la destruccion su morada. »

Parándose Pandion en unas columnas medio derribadas : aqui Gorgo , dijo , vivian en otro tiempo tus abuelos , reyes de la Mesenia. »

« ; Oh dioses ! callad : respondió Gorgo pálido y desfallecido ; ¿ quereis acabar conmigo , ántes que pueda tomar á mi cargo la venganza de mi patria ? »

Conforme iban subiendo por el monte , se ofrecia á su vista mayor estension , cuya amena variedad llamaba la atencion de nuestros viajeros.

Al divisar el Taigeto se disipó cual ligera nube todo el furor que tan intensamente se habia apoderado del pecho de Gorgo : el pensamiento de Zeona vino á reemplazar la imágen de las crueldades de Esparta , y una lágrima que se escapó á

sus ojos selló en un instante la profunda herida que habian abierto aquellas en su corazón.

Cuando llegaron á la cumbre contemplaron el sol poniente que se les presentaba cual un hermoso faro de abundante fuego, y la isla Esfacteria parecia una pequeña mancha nebulosa. El imponente y magestuoso cuadro de la naturaleza infundió á Gorgo un dulce sosiego, y echando una mirada al Taigeto abrió de nuevo su pecho al puro amor que lo tiranizaba.

« ¡Qué pequeño, qué reducido punto, dijo á Pandion en voz baja, es el pedazo de tierra que va desde el Taigeto al mar! Allí nace el sol: ¡cuan grandes, cuan sorprendentes son los lindes del universo! ¿Y por qué latirá el pecho por la privación de un pequeño monton de abatido polvo que los hombres llaman patria? En donde me encuentre, allí estará para mí la Mesenia: en donde brille el sol, allí estará mi patria. »

« ¿Do estan la ruinas de la que fué un tiempo la nuestra, Pandion? preguntó Gorgo. Allí yacen á nuestros pies, semejantes á las piedrecillas con que juegan los muchachos. ¿Y el hombre, continuó Gorgo, ha de sacrificar al hombre por la posesion de estos guijarros? ¡Qué pequeño se presenta el Peloponeso desde esta altura! ¿Y no hay para el alma puntos de descanso, desde los cuales pueda contemplar todo lo terreno con el

mismo desprecio que me ocasiona esta altura con respecto á la Mesenia? Mira allá el sol con que magestad se sumerge en el vasto Ponto : observa este espacio inconmensurable, la bóveda que forma el claro y luminoso cielo : dime, ¿ el vil polvo de acá bajo puede merecer jamas la agitacion que nos atormenta por su causa, la admiracion ó la venganza? »

« ¿ Pues qué , respondió Aristomemo , debe el hombre doblar la cerviz al insolente yugo de sus enemigos , semejante á la res destinada á los sacrificios? Dime, Gorgo , ¿ tus oidos podrán ser heridos por los lamentos de tus paisanos , y tu pecho se quedará tranquilo y sin latir? »

« No ; mas dime , repuso Gorgo : ¿ el objeto de nuestra empresa , de nuestra meditada sublevacion , de la guerra desastrosa á que vamos á entregarnos sin descanso , no es ver pobladas de hombres felices esas llanuras vastas , volviendo á levantar los derribados templos? Pues bien : ¿ me asegurarás que podremos llevarlo al cabo? Hoy he visto por primera vez á los Espartanos ; ¿ y donde tienes tú guerreros que hagan frente á aquellos guerreros? No me anonada el temor , porque Pandion me ha enseñado á morir ; mas tampoco deberán temblar aquellos que medirán sus pesadas lanzas con las nuestras. »

« Cegáronse tus ojos al brillo de sus bruñidas armas , dijo Aristomemo , y te pareció que aque-

llos vibraban en sus diestras los rayos mismos del padre de los dioses. »

« Despues que hayas dado la primera batalla, en la que pelearé á tu lado, me dirás si deajo alucinarme fácilmente. Mas si los dioses nos niegan la victoria, ¿quien bastará á restituir un alito de vida á las víctimas de nuestro desconsejado furor? ¿Dejará de gemir la infortunada viuda sola tumba, y tal vez sobre el ensangrentado cadáver de su inmolado esposo? »

« No te entiendo, Gorgo, exclamó Aristomeno: ¿pues qué! ¿quieres doblar la espalda al látigo de los Espartanos? »

« No : mas sí convencerte que la cruda sed de venganza te turba y te alucina : tú quieres derribar un peñasco que está colgado sobre tu cabeza. »

« ¡ Qué importa , si muero vengado ! »

« ¡ Oh padre, este no es el language de un rey. Los gemidos de los pueblos persiguen á los tiranos, hasta en los oscuros lagos del Tártaro. »

« ¿ Qué quieres pues decir , temerario ? »

« Que debiéramos primero meditar sobre el fruto de la mas completa victoria que me plazco en suponerte. ¿No valiera mas con todo sacrificar la venganza del hombre al deber del rey? ¿No valiera mas reunir ese pueblo, cuya sangre será necesario emplear para el vencimiento, y marchar con él en busca de nueva patria, de nueva

Mesenia? ¿Quiénes fueron los primeros que cimentaron la libertad de la Grecia, sino pueblos extraños que instigados por un infausto destino á abandonar su antigua patria, vinieron á estos climas, en donde levantaron sus templos y su sociedad? ¡Oh padre! por espacio de cuarenta años encontraste en el Taigeto la libertad y el reposo.»

«¿Qué espíritu te anima, Gorgo? dime, ¿quien habla en tí?»

«El espíritu de Pandion y del anciano Oéballo, Espartano desterrado por su patria.»

¡De Oéballo! del hijo de Polidoro! exclamaron á la par Aristomeno y Pandion aturcidos.»

«El mismo, el abuelo de la jóven á quien he jurado eterno amor, ¿Lo conocéis? Su sabiduría...»

«Su artificio, respondió Aristomeno, su execrable artificio derribó á la inespugnable Itona; y ahora,.... ¡oh malvado! se vale de los hechizos de su nieta para robarme el corazón de un hijo, del último vástago de los Apetidas. ¡Oh oprobio! ¿y á este perverso que regó con nueva sangre el túmulo de mi madre, le llamas tú, sabio, noble, amigo?»

«¡Oh padre! si yo me hubiese apoderado de Esparta, ora empleando la fuerza, ora el ardid, ¿seria por esto malvado, ni traidor?»

«¡Calla! no oigan tus paisanos en tu boca el encomio de su mas detestable enemigo.»

Aristomeno no pudo continuar con su hijo un diálogo que tanto le atormentaba : levantóse exasperado, y haciendo seguir á Pandion : ¿ ves ahora ? le dijo cuando estuvieron algo distantes : cata ahí los frutos de tu condescendencia ; tú le enseñaste á amar indistintamente á los hombres, y esta filantropía, que se estiende mas allá de lo que prescribe la justicia, le hace olvidar lo que debe á su patria. De tus manos pide la Mesenia un Apetida. »

« No solo he de dar cuenta á la Mesenia, respondió Pandion, sino tambien á la Grecia toda, al género humano, y á los severos jueces del Tártaro : todos esos no juzgarán seguramente como tú. Deja obrar á tu hijo : su conducta se conciliará tu amor y el aprecio de sus conciudadanos. »

« ¡ El amor ! el aprecio ! ¿ qué alma grande poseerá jamas ? ¿ Qué acciones heróicas será capaz de completar el príncipe que cuenta todas las gotas de sangre que corren por las venas de sus vasallos ? su degradante humillacion lo confundirá con la multitud. »

« ¡ Oh Aristomeno ! Los árboles cargados de fruto inclinan sus ramas al suelo, y la nube que lleva en su seno la lluvia apetecida desciende de lo alto, y besa casi el humilde llano : mas el árbol estéril levanta sus vanas hojas á una desproporcionada altura, y la pálida y vana nube se encumbra ligera, y hasta perderse de nuestra vista. Apolo

vivió entre pastores, y Ceres enseñó la agricultura á los hombres. La fama de tu hijo igualará un dia á la tuya.»

Con este razonamiento llegaron á la choza del sacerdote Teoclo, que ya los estaba esperando, y su hijo Manticlo recibió cordialmente á su jóven amigo. En la cumbre mas elevada encendieron Gorgo y Manticlo una grande hoguera, que era la seña convenida para prevenir á los nobles Mesenios estacionados en distintos puntos, que los Apetidas estaban en el monte Itoma.

Paráronse los dos amigos detras de la choza entre las ruinas del templo de Júpiter, y observando Gorgo á una hermosa jóven sentada en un trozo de coluna: « Parece, dijo, que aquella doncella te aguarda. Manticlo dió un tierno abrazo á su amigo, y encaminándose ambos á aquel sitio: « Tú amas tambien, dijo aquel, y te ves como yo obligado á ocultar tu amor. Esta que ves es la que ha elegido mi corazon, la bella, la virtuosa Aretusa de quien te hablé en nuestras confianzas: acercóse esta temerosamente á la seña de su querido, y se dieron un estrecho abrazo luego que estuvieron reunidos. Tú amas á una Espartana, Gorgo, y yo á una Mesenia, continuó Manticlo, y ambos somos á cual mas desgraciados. Aretusa no es de tan ilustre linage como el mio, y cata ahí su principal delito. El sacerdote de Júpiter, mi padre, que nos crió juntos, se

esfuerza ahora, pero en vano, en destruir el inocente amor que nació en nosotros. ¡Oh dioses! enjuga tierna amiga ese doloroso llanto; primero caerá la última esperanza de los Mesenios, que llegue á borrarse tu encantadora imagen de mi corazón.»

La suerte igual de nuestros dos jóvenes estrechó mas los vínculos de la reciente amistad y confianza.

La luna llena que se divisaba sobre el Taigeto vibraba sus pálidos rayos sobre las ruinas del templo: los vecinos bosques resonaban con los melifluos trinos del enamorado ruiseñor: era la noche del amor que parecía animar á la naturaleza destruida: Gorgo embebido, extendió sus brazos hácia el Taigeto, sin meditar que estaba sentado sobre el sepulcro que guardaba las cenizas de sus abuelos.

Hasta media noche no regresaron los dos amigos á la choza: durmieron ambos en un mismo lecho, y los nombres de Zeona y Aretusa, proferidos en el sabor de sus apacibles sueños, salieron con mil suspiros de sus amantes labios.

Al amanecer del siguiente dia llegaron de todas partes y por diferentes caminos los ilustres Mesenios, á quienes avisó la hoguera, y Teoclo condujo á toda la comitiva á la cima del monte, en las mismas ruinas del derribado templo. Todos los objetos de destruccion que se descubrian

á sus pies no servian mas que de encender y animar la furiosa sed de venganza que se abrigaba en sus pechos.

« No emplearé mi discurso , exclamó Teoclo adelantándose con su traje sacerdotal , para escitaros á la venganza. Aquí pisamos las ruinas de nuestro templo sagrado. Cuantas piedras oprimen vuestras plantas , son otros tantos sepulcros de vuestros progenitores : por do quiera que tendáis la vista divisaréis sangrientos rastros de la crueldad de Esparta : aquellos pingües campos cerca del mar , con cien villas y cien poderosas ciudades que formaban parte de nuestros dominios , han sido condonados por los Espartanos á los inhumanos Asinenses : las llanuras regadas por el Pamiso , envidiadas de toda la Grecia , yacen ahora iucultas y sin habitantes : han desaparecido hasta las mas pequeñas aldeas , y en su lugar se levanta la espínosa zarza , ó se dilatan los fangosos charcos. Aquí con vosotros , varones fuertes , y con el animoso nieto de Alcides está ahora la Mesenia. Las sombras de nuestros abuelos nos rodean por todas partes ; la Grecia tiene los ojos fijos en nuestros hechos , y los benéficos dioses acogen piadosamente nuestros incesantes votos , y preparan sus terribles rayos. Venganza pues , venganza contra Esparta. »

Brillaron al punto mil lucientes espadas , y juraron todos venganza por la laguna del Averno.

Todos confirmaron la noticia de que los Mesenios del pais, animados del mismo espíritu, solo anelaban correr á las armas, ansiosos de sacudir la opresion, esperando el momento favorable; que Esparta no se temia la tempestad que le amenazaba, y que Anfea no era guardada con la mayor vigilancia, despreciando los esfuerzos que pudieran hacer por recobrarla, unos esclavos humillados.

Todos se entregaron pues á la grata efusion de la mas sensible alegría. Solo Evergétidas, cuya malograda amante habia sido sacrificada al furor de los Espartanos, porque intentó escapar de la esclayitud, se hallaba frenético é inconsolable, sentado en uno de aquellos sepulcros. sus ardientes ojos estaban fijos hácia mas allá del Taigeto, donde se levanta Esparta: pero en fin dirigiéndose á Aristomeno: «ya habeis resuelto, le dijo, la destruccion de ese enemigo pueblo: mas ¿á qué aguardais? ¡Ah! mientras os entreteñeis aqui en inútiles reflexiones, mueren desastrosamente nuestros conciudadanos, y ella pereció bajo el látigo cruel. Os juro que en el momento de divisar la hoguera estuve por declarar á los Espartanos que un Apetida reunia en este monte á los despreciados Mesenios, con el objeto de sublevar el pueblo: de este modo hubierais acabado ya de deliberar, y la necesidad nos hubiera conducido al campo de la gloria.

Por fin, ¿á qué esperais? cuando marchamos?

« Cuando á media noche veais la misma hoguera, nobles Mesenios, dijo Aristomeno, entonces corred todos á las armas, y cada uno de vosotros con los suyos se encaminará á Dera: allí correrá la primera sangre de la venganza: allí caerémos sobre nuestra presa, semejantes al águila del padre de los dioses. »

« Pues bien, dijo Evergétidas, ¿no habeis oído, amigos? cuando se encienda la hoguera. Adios, en Dera nos verémos. »

Gonipo, jóven de una belleza igual á la de Apolo, exclamó lleno de ardor: « Bien, pues, la llama es la imágen de la venganza, sea ella nuestra seña de reunion: nosotros encenderémos otra hoguera para prevenir al Apetida que emprendemos nuestra marcha. »

Aristomeno se quedó largo rato en la cumbre del monte considerando los dominios de la usurpadora Esparta, y no pudiendo soportar las ideas que asaltaban su desesperada mente, se retiró á la choza del sacerdote.

Quedaron solos Gorgo y Manticlo, esperando á la bella Aretusa, que no tardó en juntarse con su amante. El mismo sitio que poco ha habia retumbado de tantos juramentos de esterminadora venganza, repetia ahora con débiles ecos los ardientes suspiros del amor. Aretusa estaba triste y llorosa, porque de lejos habia presen-

ciado la imponente entrevista. « Ah Manticlo, decía sollozando, si me abandonas, estas derribadas columnas que encubren ahora nuestro contrastado amor, serán á mis ojos mortales recuerdos de mi pasada dicha, y acabaré mi existencia entre sus escombros. »

La luna vibraba sus vacilantes rayos sobre las ruinas, y á su escasa luz divisaron un hombre que se encaminaba hácia ellos, y conocieron ser el Apetida. Escondiéronse Manticlo y Aretusa en un pórtico derribado, y Gorgo fué al encuentro de su padre. Tomó Aristomeno á su hijo de la mano, y lo condujo al interior del templo. Paróse Aristomeno, dobló las rodillas delante de un magnífico sarcófago, y sembró el pavimento de diversas flores que llevaba al intento.

« ¿Qué lugar es este que siembras de flores, oh padre? » dijo Gorgo.

« Aquí yace mi desdichada madre, exclamó tristemente el Apetida, y aquí su padre, el mas infeliz de los mortales. Esparta le obligó á traspasar el corazón de su hija, y despues aquel á quien tú llamas sabio, generoso, Oébalos, en fin, le obligó á darse le muerte. Siéntate : sabrás la historia de nuestras familias. »

Sentóse Gorgo temblando sobre el sepulcro de los Apetidas, y Aristomeno empezó así :

« Diez años habia que el furor de la guerra asolaba á nuestra patria, mas la juventud mese-

nia se hallaba aguerrida, y no temblaba delante de los ejércitos espartanos: la persuasión de que peleaba por su patria, por sus esposas, por sus hijos, le infundía un valor incontrastable. Unas veces vencedores, otras vencidos, la victoria resistía entregar el laurel á ninguno de los dos partidos. Los crueles Espartanos viendo que no podían acabar con nosotros, asolaron nuestros campos, y quemaron hasta nuestras aldeas: no esperaban vencernos, y confiaron conseguir nuestra destruccion, haciéndonos sentir la penuria de toda especie. A la extrema escasez que pronto empezó á experimentarse, siguióse una peste asoladora. Los gefes mesenios resolvieron hacer la guerra del mismo modo: fortificaron este monte, y edificaron en él una ciudad: las restantes de la Mesenia fuéron abandonadas, y presa por consiguiente de las llamas. Todas las fuerzas de la Mesenia quedaron concentradas en este solo punto. Hacíamos frecuentes incursiones en la Liconia, de modo que muy presto experimentaron tambien ellos todos los horrores de la miseria: mas nuestra situacion era cada dia mas apurada, y nos fué preciso consultar el oráculo de Delfos. Marchó el emisario, visitó á la Pytia, y regresó; pero herido de muerte por los sitiadores: entró desangrado en Itoma, y rodeado de los Apétidas, puso moribundo la respuesta del dios en manos del mismo rey Euseo.

en el templo de Júpiter : tomólo el rey ; miró á todos los circunstantes, y rompió el sagrado sello. A medida que iba leyendo , iba demudando el color de su rostro... y al fin con balbucientes y trémulas palabras leyó el decreto del severo Apolo, que decia así : *Sacrificad á los dioses infernales en la obscuridad de la noche , una vírgen elegida por suerte de la sangre de los Apetidas.* Quedaron todos consternados é inmóviles, y cada padre se figuraba ver ya descargada la ominosa euchilla del sacrificio sobre la cabeza de su hija : nadie sin embargo se atrevió á murmurar, y resolvieron echar suertes en el mismo instante. Temblaba cada uno al acercarse á tomar su fatal lote , y Licisco tomó con él el decreto de muerte para su desdichada hija. Examinólo impávido el anciano , y levantándose magnánimo en medio de sus parientes : *Salvada está la Mesenia , Apetidas* , exclamó con voz entera y segura. No prosiguió : quedó la reunion en el mas profundo silencio , y Licisco se apoyó en el altar , que dentro de poco debia ser regado con la sangre de su hija. Los Apetidas lo coronaron de flores , y lo condujeron en triunfo á su casa. Ya se habia esparcido la terrible nueva por la ciudad , y las madres mesenias preguntaban azoradas el nombre de la víctima. ¡Oh dioses! exclamó horrorizada á los primeros susurros del fatal acaso la infeliz madre que debia prestar su

sangre al sacrificio; ¡oh dioses! continuó abrazando á su hija, y oye á lo lejos resonar los gritos de la muchedumbre. El peligro amagaba inminentemente, y la existencia de su hija le era tal vez mas cara que la suya propia: sin esperar la llegada de su inhumano esposo, coge á su hija, apresura su marcha saliendo por una puerta secreta, y huye de las murallas de Itoma. Pálidas, desfallecidas, llegan á la ribera del Pamiso, se precipitan temblando en la barca de paso, y se encaminan á la orilla opuesta. *Salvadnos!* esclaman á los Espartanos, que se hallaban estacionados al otro lado: el horror habia despedazado el corazón de aquella desgraciada madre: estrecha á su hija en su seno, y cae sin vida en sus brazos. Los crueles Espartanos enternecidos por primera vez á tan inopinado suceso, toman á la hija, le prodigan sus cuidados, examinan el cadáver, y lo sepultan en silencio. La jóven fué conducida á Esparta en donde á los pocos dias el devorador pesar de tantos infortunios la llevó al sepulcro. Buscaron los Mesenios, pero en vano, á la inocente hija de Licisco, y cuando llegaron á saber su apresurada fuga, se apoderó de sus ánimos el mas infando terror: por todas partes resonaban los gritos de desesperacion. Las esposas de los Apetidas corrian furiosas y consternadas haciendo ineficaces votos. ¡Ah! la cruda mano de los irritados dioses pesaba despiadadamente sobre

Itoma. Entonces, Gorgo, entonces, hijo mio, fué cuando se adelantó el magnánimo Aristodemo... cata ahí su sepulcro.... al consternado pueblo, y gritó así con imponentes acentos: *¡Qué! será que quede destruida nuestra patria porque lloran nuestras mugeres! Millares de guerreros han caído prodigando la sangre mesenia en salud de la patria, y nos horroriza, nos consterna ahora, verter la de una sola virgen! Las espadas de los Espartanos no han podido reducirnos á la esclavitud, ¿de nuestras mugeres nos vendrán los pesados grillos? Yo tengo tambien una hija: muera, si le toca la suerte, por la salud de Mesenia. Seguidme Apetidas, seguidme al sagrado templo de Júpiter.*

Levantóse un tumulto por todo el pueblo: vagaban frenéticas las mugeres dando descompuestos alaridos, y parecia la ciudad entregada á todos los horrores de la anarquía. Finalmente Aristodemo acompañado del rey Euseo penetró por la multitud y llegó al templo, pero ningun otro Apetida siguió sus pasos, ántes le hicieron saber que primero consentirian en abandonar la Grecia, que en ver degollar á sus hijas. Aristodemo, furioso, enardecido, lanza mil insultantes dictiones á los cobardes Apetidas que se negaban al sacrificio; corre desatinado á su casa, coge impetuoso la mano de su hija, que cayó sin sentido al escuchar el decreto de su padre, y en

medio de su acalorada presura le pregunta: ¿eres mesenia? Sí: respondió Nicoclea, volviendo en sí con trémula voz. *Pues muere, hija, muere para salvar á tu patria: una muger de la raza de los Apetidas debe dar con su sangre la libertad á Mesenia: este es el querer de los dioses.* Exaltada Nicoclea á los nombres de patria y libertad, se levanta varonilmente, y grita en alta voz: Guíame al sacrificio: sálvese la Mesenia. Estuvieron largo rato abrazados padre é hija, sin que una sola lágrima saliese á humedecer los ojos de mi madre.

«¡Como! era tu madre Nicoclea! interrumpió Gorgo, tu madre! y este..... este.....»

«Es el sepulcro, respondió Aristomeno: levantóse Gorgo, echóse de rodillas delante de él, y lo regó con copiosas lágrimas.»

«De esta familia descienes tú, continuó Aristomeno; tus ascendientes lo sacrificaron todo por su patria, y Esparta fué su total esterminio. Mas oye el resto de su desgraciada historia: Aristodemo apretó á su hija en su seno, y la condujo por entre la muchedumbre. Cuando Nicoclea se advirtió entre la multitud, entonces le asaltó el recuerdo de Cleonto su esposo, y de mí que era su solo hijo.»

«¡Como pues! exclamó Gorgo? no decia el oráculo que debia ser una vírgen la que habia de dedicarse á los dioses infernales?»

Aristodemo no sabia que su hija fuese la muger de Cleonto ; y su hija ignoraba que la víctima debiese ser una vírgen, porque solo los Apetidas estaban informados del oráculo. Cleonto era el mas noble de los jóvenes Mesenios, y dos veces agradecida la patria, le habia adjudicado el premio del valor. Cuando regresaba con el ejército, salian las doncellas á su encuentro y entonaban miles himnos en su alabanza. En las últimas acciones habia mandado el ejército del centro, honroso cargo que le habia disputado Aristodemo, y que no pudo obtener á pesar de su crédito, y de su valor. Resentido por este accidente, no miraba con buen semblante al fuerte Cleonto ; mas su hija sin atender á los fútiles motivos de su padre, le prodigaba todo su cariño. Desesperando obtener el consentimiento de Aristodemo, casáronse en secreto, y yo fuí el fruto de aquel desgraciado himeneo. Ocultóme Cleonto en la casa de sus padres, y nadie sabia de mi existencia: por la noche venia Nicoclea á estrecharme en su cariñoso seno, regándome con sus lágrimas.

Aristodemo como he dicho, conducia á su hija gritando en alta voz al admirado pueblo que lo circundaba : *Mi hija muere gustosa para dar la salud á Mesenia*. La multitud abria respetuosamente paso á aquella magnánima pareja, que se encaminaba al sagrado templo, siguiéndolos el pueblo absorto, y lleno de un sagrado terror.

Encendiéronse las antorchas del templo, y brillaba ya con el sagrado fuego la espantosa pira delante de las aras. Nicoclea suspiraba abandonada en el seno de su padre, sin atreverse á entender la vista al rededor, en donde pudiera hallar á su adorado Cleonto, y sin embargo el solo dolor que la oprimia, mas activo que la cruda imágen de la cercana muerte, era verse privada de darle el postrer abrazo, el último adios: levantó por fin los ojos, y el primer objeto que divisó, fué al piadoso y engañado Pontífice con la terrible cuchilla del sacrificio en la trémula diestra.

Los desordenados gritos de Itoma habian llegado al pié de la colina en donde estaba situado Cleonto con parte de las tropas: al principio temió que los Espartanos no hubiesen penetrado por la parte opuesta; en seguida divisó el templo iluminado, y que corría á él el curioso pueblo. *¿Qué singular acontecimiento turba el reposo de nuestros conciudadanos?* exclamó algo alterado: *Quédese aquí la mitad de vosotros, y seguidme los demas:* sin detenerse trepó el monte aceleradamente, llegó á los primeros centinelas, y preguntó la causa de la novedad que agitaba á Itoma. *Aristodemo sacrifica á su hija en el templo,* le respondieron. Quedó aterrado y sin aliento á estas palabras; á pesar de su entereza no pudo contrastar el singular terror que le asaltó de im-

proviso al escuchar el peligro de su esposa ; corre con la velocidad del rayo ; llega al pié del ominoso templo ; hace oír su espantosa voz , y entra abriéndose paso por la apretada multitud. Ya se hallaba Nicoclea estendida sobre las aras : en su rostro se miraba impresa la palidez de la muerte: el frio sudor de sus sienes humedecia la guirnalda del sacrificio , y el sacerdote levantaba ya la fatal cuchilla. Cleonto observa atónito el extraordinario espectáculo , palpa sus párpados para no dar crédito á una ilusion , mas un suspiro de la víctima es una espantosa hoguera que enciende de nuevo su suspendido furor : lánzase frenético sobre el impío sacerdote , lo revuelca por las numerosas gradas , y el pueblo se siente sobrecojido de horror. *¿Qué intentais, sacrilegos inhumanos? grita blandiendo la luciente espada. ¿A quien pensais sacrificar!* Nicoclea se abandonó á sus brazos , y vió brillar sus muertas esperanzas.

Aristodemo vuelto en sí de su primer asombro: *¡Monstruo! esclama, ¿asi profanas el mas sagrado de nuestros ritos? Ignoras acaso que Apolo ordena el sacrificio? Vuelve la víctima á las aras!* Cleonto la apretó mas en su seno , y sin responder á Aristodemo evoca á sus soldados , y les grita: *Venid, amigos, ayudadme á arrancar esta infortunada víctima del furor de un padre desnaturalizado*: los soldados los rodean al punto , y enristran sus agudas lanzas,

«*Déjala, grita el rey levantado ya de su asiento, es la víctima de Apolo.*»

«*¿Y quien os la ha prestado, exclamó Cleonto, siendo mia? siendo mi amada? primero caerá Itoma en ruinas que permita sea vertida una sola gota de su sangre.*»

«*¿Y amas mas á tu dama que á tu patria?*» dijo el rey: *acuérdate, Cleonto que eres mesenio.*

«*Sí, soy mesenio, y si la salud de mi patria lo exige, yo mismo la inmolaré á los dioses; mas primero.....*»

«*Lee, dijo Aristodemo, la sentencia de Apolo, y el rey la leyó en alta voz.*»

«*¡Ah inhumanos! y sacrificais á Nicoclea! Sabed pues que Nicoclea es madre.*»

«*¡Impostor indigno! exclamó irritado Aristodemo, restituye la víctima que Mesenia dedica á sus dioses.*»

«*Es madre, Mesenios, y su hijo está en mi poder: corred á buscarlo.*»

Desesperado Aristodemo, se precipita sobre su inocente hija, y hundiendo su acero en su temblante pecho; *Apolo, recibe á tu víctima, exclama, y retirándolo humeante en la caliente sangre: salvada está la Mesenia, añade, y cae Nicoclea en los brazos de mi padre, diciendo entre sus últimos suspiros: sí, soy la esposa de Cleonto, y madre tambien, Aristodemo.*»

En vano probó Cleonto atajar la sangre de su

esposa que manaba á raudos de la honda herida.

El mas profundo silencio reinaba en el sagrado recinto ; los suspiros de la moribunda se hacian sentir por intervalos , y los pechos de los circunstantes latian de horror y de compasion. En este momento apresurando sus pasos é informada del acaso , corria hácia el altar la madre de Cleonto llevándome en sus brazos. Mas, ¡oh destino ! ya era tarde. »

« Nicoclea abrió sus turbados ojos, me recibió en sus brazos , me bañó con su sangre , y espiró apellidándome su hijo. »

« Aristodemo cubrió su rostro y se apoyó en una de las colunas. Los Mesenios estremecidos se retiraron en silencio , y mi padre permaneció largo rato abrazado con el cadáver de Nicoclea. Mas por fin despertando del profundo letargo en que yacia sumergido , y tomándome en sus brazos : *Yo te consagro , gritó , hijo del mas desgraciado amor , yo te consagro al ódio implacable contra Esparta :* » y cayó conmigo desmayado en los brazos del sacerdote y del rey.

Aqui dió fin el Apetida , y tomando la mano de Gorgo le dijo con voz tierna : « ahora dime , ¡oh hijo ! por la sangrienta sombra de Nicoclea , ¿ ha de ser una Espartana la esposa de un Apetida ? ¿ Una Espartana se sentará en el solio de Mesenia ? Acuérdate , Gorgo , que eres nieto de Cleonto y Nicoclea. »

« También, padre, sabré yo sacrificar mi pasión, si el bien de mi patria lo exige. »

« No lo dudes, pues, es indispensable. ¿Como obedecerá jamás la Mesenia al hijo de una Espartana que llegaría á ser su rey? »

« Cuéntame en fin como murieron Aristodemo y Cleonto. »

Aristomemo continuó así: « Un terrible acontecimiento llenó de desesperacion á los Mesenios. Murió el rey en una accion, y sobre su cadáver conseguimos la mas completa victoria: la mas insaciable sed de venganza habia reconciliado á mi padre y á Aristodemo, y aquel dia precipitándose ambos sobre los mas espesos batallones: *sacrifiquemos á Nicoclea*, gritaban furiosos, *sacrifiquemos víctimas sobre víctimas*. Concluido el combate los gefes mesenios resolvieron reemplazar la pérdida de su rey, y Aristodemo ciñó la diadema por aclamacion universal. Bajo su direccion la guerra fué mas encarnizada y sangrienta: parecia que la sombra de Nicoclea inspiraba valor y sed de esterminio á nuestros guerreros. »

« Invadieron de nuevo los Espartanos nuestro territorio, reforzados con tropas corintias: los Mesenios salieron al encuentro. El denso polvo encubria la luz del sol, mas cediendo al fuerte viento que reinaba, nos dejó ver distintamente los encuentros de la batalla. Yo, con otros niños

de mi edad y con las mugeres de Itoma, gozaba del terrible espectáculo en aquella cuesta que se descubre á la salida del Acropolis. Bien presto se vió el campo sembrado de muertos y heridos. Los Espartanos y sus aliados asaltaban con un ardor increíble á nuestras falanges, y eran al momento rechazados y cargados á su vez: la victoria se mostró indecisa por muchas horas, mas al fin advertimos que habiéndose apoderado el terror de los enemigos, abandonaban precipitadamente el campo, huyendo en desorden del apremio de nuestras lanzas, y oímos resonar por todas partes el himno de la victoria. Mas, ¡ah! la dicha de Mesenia fué de muy poca duracion. El oráculo consultado de nuevo habia prometido la victoria al primero que ofreciese un trípode á Júpiter de Itoma. Lo mandámos construir al momento; pero ántes que llegase el instante de colocar nuestra ofrenda al dios, el pérfido Uébaló, ese detestable viejo á quien tú llamas amigo, penetra en Itoma en traje de cazador; entra en el templo de noche, y coloca la ofrenda en las aras de Júpiter. Esta fatal contingencia hizo decaer el ánimo de los Mesenios, y desde aquel punto todas las desgracias agoviaron á nuestro consternado pueblo. Reuniéronse los Mesenios en el templo para hacer un sacrificio, y Aristodemo tomando la sagrada cuchilla exclamó en alta voz: *Acepta, oh dios, este sa-*

crifcio : mas ¡oh fatalidad sin ejemplo ! las víctimas cayeron al punto muertas , sin que el rey las hubiese tocado , y sentándose medio desmayado Aristodemo á vista del fatídico azar , dijo con turbada voz : *se acabó ; perdida está la Mesenia.* »

« Retiráronse todes derramando copiosas lágrimas , haciendo inútiles votos , y un nuevo acontecimiento vino á confirmar los aciagos presagios. La sombra de Nicoclea se apareció á Aristodemo en sueños cuando creía estar preparando un sacrificio : mirólo con airados ojos , derribó el altar , se apoderó de sus armas , le mostró la sangrienta herida , y le dió una corona de oro y una túnica blanca , tristes adornos con que son sepultados los reyes de Mesenia. La mas sombría tristeza se apoderó de su ánimo abatido : mi padre probaba consolarlo , distraerlo y sugerirle nuevos medios de procurarnos la salud , mas todo fué en vano : á poco tiempo fué hallado sobre el sepulcro de su hija atravesado con la misma daga con que la sacrificó. Ya no se volvió á elegir rey : huyeron los mas nobles Mesenios , quedando solo los Apetidas , prefiriendo morir que verse despojados de su reino : todos perecieron , y solo mi padre sobrevivió á la total ruina. »

« Los Espartanos instruidos de nuestra consternacion , asaltaron el monte , y todo cedió con la muerte de los principales caudillos : mi pa-

dre me tomó en sus brazos, y me condujo á la choza de Pandion, en las quebradas peñas del Lico, en donde recibiste la vida. Despues de algunos meses me condujo mi padre á Itoma, y al mirar convertido en cenizas el trono de Mesenia, asaltado mi pecho de la mas activa indignacion juré en el sepulcro mismo de mi madre ódio eterno, y venganza á Esparta: regresámos al Lico; mi padre me dió por esposa á una desgraciada mesenia del mas illustre origen, y murió en breve consumido del mas acerbo dolor. »

Aquí dió fin Aristomeno, quedando ambos sumergidos en la meditacion: mas pronto salieron de aquel estado: una grande hoguera que empezaba á arder en la mas alta cumbre del monte, se estendió velozmente, levantando sus llamas hasta las nubes. Aristomeno y Gorgo corrieron allá, y encontraron á un hombre que se afanaba en meter leña en la hoguera. « ¿Qué es esto? preguntó Aristomeno irritado. Es la seña de la reunion en Dera, respondió con tranquilidad Evergétidas, que era el que allí estaba; vamos al punto Aristomeno, añadió, no seamos de los últimos; veo que me he escedido, mas ya está dada la seña. Toda la Mesenia corre esta noche á las armas. Mira: ya empiezan á contestar de todas partes: aquella hoguera es la de Pilo, la otra la del Neda, la de mas allá la del Pamiso. Nuestros amigos nos han entendido perfecta-

mente. ¡ Con qué brillo se levantan las llamas! atiende : ya ¡ van encendiéndose otras ciento, Valiente Gonipo, ¡ aquella es la tuya! Vamos luego, Apetida, empieza á dar tus órdenes, y al punto estarán ejecutadas. »

« ¡ Por los dioses ! ¿ Qué has hecho, Evergétidas ? No es aun tiempo : nuestros aliados no han llegado todavía. »

« Nada importa : cuando lleguen encontrarán la mitad del trabajo hecho. No perdamos el tiempo en palabras. Todos te aguardan ya en Dera : no dejes burladas sus esperanzas. »

A pocos instantes llegaron varios jóvenes armados, y el gallardo Mantielo, que despidió á su Aretusa en el momento que divisó la hoguera, se presentó y requirió de su amigo Gorgo la novedad que ocurría. Aristomeno considerando el peligro á que los había espuesto la impaciencia de Evergétidas, corrió á la choza de Teoclo para armarse y ordenar lo conveniente, y todos lo siguieron.

al reconocer su escudo, le acuchillan y lo abren
 de un golpe. Los otros se arrojan al suelo.
 De repente unos egipcios caen en el cen-
 cio á todos los convocados; apurose á averiguar
 con la espada desenvainada, y... las espadas
 grita, los escudos...
~~Los egipcios no se habían organizado; los egip-
 tios caían por un lado, y los troyanos por el
 otro; y no ignoraban la reunión: retiraron
 pues la guarnición de Aulis, y su cuerpo pas-
 tante considerable se escondió en el monte.
 Cuando vieron los fugos de Ilium regresó la
 legión á Aulis, donde donde se reunieron con abun-~~

APENAS los rayos del sol naciente herian la
 cima del Taigeto, cuando ya Aristomeno habia
 llegado á Dera, y formado su corto batallon en
 una colina. De todas partes se levantaban den-
 sas nubes de polvo: descubrióse el sol, y se vie-
 ron brillar las armas de los que venian á juntarse
 con ellos: por todas partes retumbaban los grito-
 tos de venganza, y los ecos del monte y de la
 llanura los repetian sin cesar: de todas partes
 se veian llegar partidas de guerreros cubiertos
 de armas, de polvo y sudor: abrazábanse unos
 á otros, y entre las efusiones de la alegría y de
 la esperanza, se distinguian tambien los suspi-
 ros del dolor. Aristomeno recorria los grupos, que

al reconocer su escudo, le acataban y le obedecian sin réplica.

De repente unos agudos gritos ponen en silencio á todos los convocados; aparece Evergétidas con la espada desenvainada, y.... *Los enemigos, grita, los enemigos han penetrado nuestro intento á vista de nuestras hogueras: vedlos: acá se dirigen por el camino hondo de Anfea.*

Evergétidas no se habia engañado: los Espartanos sabian que un Apetida habia recorrido la Mesenia, y no ignoraban la reunion: reforzaron pues la guarnicion de Anfea, y un cuerpo bastante considerable se escondió en el monte. Cuando vieron los fuegos de Itoma regresó la legion á Anfea, desde donde vieron con admiracion la infinidad de hogueras que se levantaban de todas partes, y marcharon inmediatamente á tomar posesion del desfiladero de Dera.

Apenas Evergétidas habia dado las primeras voces, cuando ya todos los Mesenios se hallaban en sus filas y en el mejor orden: la nube de polvo fué creciendo, y divisóse por fin el ejército espartano al traspasar una pequeña colina: paróse allí un breve momento, y bajó en seguida á la llanura al son de sus flautas y clarines. Aristomeno se puso al frente de los Mesenios, y bajó lentamente á su encuentro, guardando el mayor orden y silencio: llegaron por fin á muy próxima distancia, y cuando iban ya á entrar

en los preludios del combate, un flechero espartano salió al frente, y con voz inteligible gritó: *¿Hanse escapado del látigo esos esclavos?* Los Mesenios hicieron crugir sus armas de furor, y Evergétidas saliendo á su paso con denuedo: *¡Infeliz!* exclamó, y corrió á su alcance: el flechero le disparó el dardo, que quedó clavado en su escudo; mas no pudo evitar el furioso golpe de la espada de Evergétidas, que le dividió en dos partes yelmo y cabeza, cayendo exánime á sus pies. Iban á salir nuevos Espartanos de sus filas, mas la trompeta los llamó al orden y empezóse el combate formal. Adelantáronse ambos ejércitos para combatir mas de cerca, y los dardos, las saetas y las piedras lanzadas de los arcos y de las ondas se cruzaban, llevando la muerte á entrambas partes. Los Espartanos combatian en masa, y los Mesenios, escitados por su rabiosa impaciencia, en alas estendidas. Los mas distinguidos Mesenios salian de sus filas, provocando parciales combates: los Espartanos, lisonjeados con el triunfo á la vista de lo que consideraban desorden, iban abanzando hácia la masa principal, sin atender á los grupos desprendidos de ella, con ánimo de derrotarla: mas la desesperacion guiaba la espada de los Mesenios, y les fuéron inútiles todos sus esfuerzos. Aristomeno al frente de un valiente grueso de su ejército, impelia con un valor impertérrito la masa de los

Espartanos, y cada golpe de su acero era una víctima nueva de sus imperdonables enemigos, mientras Gorgo se mantenía imperturbable á su lado, peleando con esfuerzo y serenidad. Evergétidas secundaba esta operacion por el lado opuesto, y las filas de los Espartanos fuéron al fin divididas en dos trozos á pesar suyo. Entonces fué el combate mas general; cada guerrero buscaba á su contrario, y la lucha era ya universalmente cuerpo á cuerpo. ¡ *Amada madre!* exclamaba Aristomeno cuando se le presentaba un Espartano, y apenas habia pronunciado tan sensible nombre, caía la víctima traspasada á sus pies. Gorgo y Manticlo seguian por todo sus sangrientas pisadas. El pesado acero de Aristomeno no daba un momento de descanso á sus enemigos, en tanto que el feroz Evergétidas penetraba en lo mas espeso de sus batallones. Gónipo, Panormo, Plinto, Phano, que habia venido en Olimpia, y el terrible Androclo hacian prodigios de valor, rompiendo las mas apretadas filas de los ya turbados Espartanos. Asi continuó el terrible combate hasta mediodía, mas al fin el general espartano cayó muerto á los pies del insaciable Apetida, y sobre su cadáver se escitó la lucha mas obstinada y homicida. Evergétidas, Gorgo y los demas guerreros corrieron al auxilio de su caudillo, abriéndose camino con sus armas, y derribándolo todo á su paso: al llegar

gritó Evergétidas: *¡Oh águila! clávale tus garras en el pecho*; y Aristomeno que ya habia derribado á los que querian apoderarse del cadáver: *Toma, Gorgo, el escudo del vencido*, exclamó, y siguió á los fugitivos. Gorgo sin entretenerse en recogerlo: *No son despojos de los ya vencidos*, dijo, *los que yo busco, sino sangre que aun corre en los corazones de nuestros tiranos*, y se lanzó sobre sus enemigos. Los Espartanos probaron repetidas veces de rehacerse y contener la furia de los Mesenios, mas en vano: la victoria estaba ya decidida, y tuvieron que huir apresuradamente, llegando en el mayor desorden á Olimpia, mientras los himnos del vencimiento, que entonaban los Mesenios, subian á los ciclos por todos los ángulos del campo.

Los Mesenios erigieron allí mismo un trofeo, solemnizaron una fiesta, y en lo mas exaltado de su entusiasmo empezaron todos á gritar: *Viva nuestro rey Aristomeno*; pero Aristomeno que no queria que se hiciese ninguna diferencia en el ejército hasta haber fortificado un punto en donde empezar á regenerar el pueblo: *No, no*, exclamó, *no soy mas que un simple Mesenio, ni consentiré en que Mesenia tenga un rey, hasta que hayamos recobrado nuestra libertad. Desenvainé la espada, no para entronizarme, sino para conseguir la libertad: viva nuestra patria, ya que hemos salido vencedores del primer*

combate. Huyeron los enemigos, y no basta, que pronto llevaré el terror hasta dentro de Esparta misma.

Las mugeres de las aldeas cercanas trajeron refresco y algunos vívères para el ejército vencedor que se hallaba campado en la llanura. Gorgo, despues de concluido el ruidoso festin, y cuando vió á su padre desviado del tumulto, se acercó con alguna confianza y le dijo: «¿Estás, padre, satisfecho de mi conducta? Soy yo Mesenio?» Aristomeno le apretó en su pecho y le contestó: «Sí, Gorgo, yo te he visto en los peligros del combate, y conozco que la sangre de los Apetidas circula por tus venas.»

«Luego ya ves que el hombre puede amar á su patria, y disponer por esto de su corazón.»

«¡Oh Gorgo! no amargues por los dioses la alegría de este día con una reflexion que me hace estremecer: ¿olvidas que has de ser rey de Mesenia, y que no debes tener mas voluntad que la de tu pueblo?»

Aristomeno desvió diestramente la conversacion, y á pocos instantes tomando el escudo del caudillo espartano que habia muerto en el combate y armado de pies á cabeza, despues de haber hecho llamar á sus amigos: *Esta noche os dejo y mañana estaré de vuelta*, dijo; *tú, Evergétidas, reemplázame entretanto.* «No, contestó este al punto, si yo mandase al ejército un solo ins-

tante, sería conducido en el momento á Esparta, llevando la muerte ó la destruccion. «No te inquietes, respondió Aristomeno, yo llevo las furias á ese enemigo pueblo:» y mostró el escudo en que habia mandado grabar estas palabras: *Aristomeno ofrece á Minerva este escudo escogido del botin de la victoria*; y á poco rato se encaminó á Esparta por el Taigeto, sin consentir que nadie le siguiese.

A su llegada habia ya precedido la noticia de la pérdida de la batalla, y por todas partes se oian los lamentos y los gemidos. Los Éforos estaban reunidos en el templo de Palas con los reyes, y al sonido del clarin eran convocados los jóvenes delante del templo: seguian detras los ancianos y las mugeres, aguardando y temiendo con zozobra la confirmacion de la fatal noticia.

Salió por fin el rey Anajandro, y pronunció estas breves razones: La Mesenia está sobre las armas: Esparta ha sido batida: mañana al amanecer saldremos.»

Aristomeno lo escuchaba y lo observaba todo, mezclado en la multitud, gozando en los gemidos de las mugeres, y en la consternacion de los ancianos: subió al templo de la diosa cuando lo advirtió despejado, y colocó el escudo en un vestibulo sin ser notado de nadie. Los Éforos habian enviado propios á Anfea, y volvieron á reunirse dentro de poco para esperar las noticias.

El templo estaba ya iluminado, cuando un sacerdote que observó la ofrenda, habiendo leído la inscripcion exclamó con voz espantosa: *Traicion! traicion!* Precipitóse el pueblo en el templo, y rodeó al sacerdote que mostraba el escudo leyendo las palabras que llevaba grabadas.

«Fué muy osado, exclamó Anajandro, el que ha hecho la ofrenda; y dirigiéndose al sacerdote, que le preguntaba si lo quitaria del sagrado lugar: No, respondió, el escudo ha de quedar en su puesto, pues la dedicacion está consumada.»

Admiró Aristomeno la tranquilidad del Rey; pero se gozó interiormente á vista del desaliento que escitó en la muchedumbre el singular acaso.

«¡Desdichados de nosotros! exclamaba la plebe consternada. El osado vencedor ha colgado su trofeo en nuestro templo, y nuestros mismos dioses le serán tal vez propicios.»

Salió Aristomeno satisfecho viendo que el luto y el terror reinaban en Esparta, y al despuntar el dia llegó al lugar en que reposaban sus tropas; luego que lo divisaron sus soldados salieron á su encuentro, anunciando su venida con alegres gritos.

Anajandro salió efectivamente con su nuevo ejército, y sentó sus reales delante de Anfea, sin atreverse á penetrar los desfiladeros de Dera, porque temia el denuedo del candillo Apetida, y mas en el momento inmediato al de una feliz vic-

toria. Atenas envió á los Espartanos, por orden de Apolo Déléico, al poeta Tirteo, cuyos himnos guerreros infundian valor en los pechos de la juventud, é inspiraban el deseo de la gloria, y el desprecio de la muerte.

Aristomeno habia enviado propios á Argos, á Elia y á Tegea, para que apresurasen su venida, esperando tranquilo en Dera todas esas tropas auxiliares. Los mas animosos jóvenes de la Grecia empuñaron las armas á favor de los desgraciados y fuertes Apetidas: de todas partes se veian regresar al patrio suelo los Mesenios fugitivos, deseosos de tomar un lugar en las filas del ejército. Aristomeno fué con parte de sus tropas acompañado de Gorgo, hasta los confines de la Mesenia, con el objeto de proteger la entrada de los espatriados: hombres, niños, mugeres y ancianos, estendian sus brazos hácia su patria, y lloraban de pura alegría al respirar las anheladas auras de Mesenia. Los ancianos mas abatidos redoblaban sus cansados pasos, por pisar un instante mas pronto el suelo patrio. Gorgo enternecido no pudo reprimir su llanto, y se paró á contemplar la actitud de un anciano que acababa de llegar. Estaba arrodillado, y besaba la tierra, regándola con abundantes lágrimas. «Salve, tierra sagrada, exclamó en seguida: Yo os saludo, dioses tutelares de Mesenia, y os tributo mi reconocimiento, porque me es dado aun

besar la tierra en que descansan los huesos de mis mayores.» Todos los que lo rodeaban se postraron del mismo modo en el suelo, repitieron sus invocaciones, y alcanzando las ramas y flores de los árboles y de las plantas, entretegian guirnaldas, entonando alegres cánticos, y saltando de puro gozo al encaminarse al interior de la Mesenia.

«¡Oh sagrado amor de la patria!» exclamó Aristomeno: ¿ves ahora, oh Gorgo, lo que es patria? Cuan difícil es tener por nuestro el clima que no nos ha visto nacer? Y quisieras tú introducir aquí á una estrangera que aborrece este suelo? ¡Oh Gorgo! mira aquel anciano como se sonrie contemplando aquella flor, como habla con ella, cual la besa, solo porque nació en su suelo patrio! Nombrá solamente á Esparta, verás cual tiemblan todos de furor: ¿y tú quisieras darles á estos infelices á una Espartana por madre de sus reyes? ¡Ah Gorgo! sé humano en hora buena, porque eres hombre, mas sé tambien Mesenio porque lo eres.»

Nunca habia oido Gorgo salir de la boca de su padre palabras tan apacibles: conocia muy bien que su padre tenia razon, y esto era lo que mas le acongojaba: por fin, despues de un breve silencio: «Oh padre, dijo, no me opondré jamas á la voluntad de los dioses; mas ahora déjame.., oh! déjame.....» y su padre enternecido lo apretó en su seno.

Seguia continuamente la llegada de los fugitivos, y los habitantes de las aldeas por donde pasaban salian á recibirlos al son de sus pastóviles instrumentos. ¡Qué tierno espectáculo! Personas que jamas se habian conocido, se abrazaban estrechamente bañándose en tiernas lágrimas: disputábanse los colonos á porfía, quien tendria primero la satisfaccion de hospedar un recién llegado, y los que lo conseguian, marchaban contentos á anunciar á su familia que tenian un huésped á quien festejar en la choza.

Los ancianos conocian el pais, y se dirigian á visitar el monte Itoma, en donde no habia Mesenio que no tuviese que llorar por la muerte de alguno de sus pasados: contaban allí las hazañas de su juventud, y repetian cien veces las circunstancias de la batalla de Dera, el valor de Aristomeno, y el terror y la fuga de los Espartanos, y todos aplaudian entusiasmados, tomando á feliz presagio el principio venturoso de la nueva guerra.

Aristomeno mandó hacer alto al pié del monte, y erigir una altar sobre la verde yerba: inmolaronse en él infinitas víctimas dedicadas á los dioses, y en especial á los protectores de Mesenia, y todo el pueblo permanecia arrodillado durante la augusta celebracion, y los sacerdotes entonaban himnos á Júpiter de Itoma, á Castor y á Pólux. Celebraron despues á sus héroes: á

Mesena muger de Polícaro que prestó su nombre á su patria, á Eurito, á Cresfonte, padre del pueblo, y al humano Apito. *Salve* repetian, *patria amada! Destruccion á Esparta!*

Luego de concluido el sacrificio repartió Aristomeno á los recién llegados por las aldeas vecinas, y con un grueso de ejército y con Teoclo subió al mismo Itoma, con el ánimo de reedificar el templo de Júpiter, y envió á su hijo Gorgo á Dera con el resto del ejército.

Marchó Gorgo con el ánimo triste y abatido; por una parte le asaltaban los recuerdos de su amada, y por otra lo agitaba el odio que finalmente habia concebido contra Esparta. La historia de Aristodemo y Nicoclea le habian hecho mirar el suelo en que ahora vivia como sagrado, de modo que ya no solamente no le parecia tan fácil ir en busca de nueva patria, sino que la misma victoria, en que personalmente habia contribuido, era para él un asunto del mayor interes. Ya queria borrar de su mente la memoria de su amada Zeona, ya se entregaba sin freno á su contemplacion, retratándose con los mas vivos colores sus gracias, sus virtudes, y finalmente su tierno y último *adios*.

Así llegó á Dera inquieto y consternado, y su primer objeto fué correr en busca de su maestro Pandion: echóse afligido en sus brazos, y le contó sus penas, y su terrible situacion, de

seoso de encontrar una tregua á tantos afanes. La patria y el amor eran actualmente dos objetos que lo tiranizaban con crueldad, y aun que habia aprendido de Pandion los deberes que impone cada uno de ellos al ciudadano, crecian sus dudas segun se iban haciendo mas críticas las circunstancias, y deseaba tranquilizar su espíritu, buscando esplicaciones que lo consolasen y le prestasen aliento en tan difícil y penosa coyuntura.

Después de un sin número de cuestiones y de dudas á las que satisfacía Pandion con una afabilidad y fondo de doctrina que servía de deleitoso bálsamo al despedazado corazón de nuestro poco venturoso jóven¹, Pandion le tuvo el discurso siguiente.

«Oh Gorgo! cuando en las noches claras y tranquilas descansaba en el Lico entre las ruinas del sagrado templo, y consideraba la bóveda azul del claro cielo sembrada de estrellas, me parecia entonces que era toda la Grecia mi patria, y la tierra un vasto templo, cuyos sacerdotes debían ser los hombres, enlazados por todos los vínculos de la religion, de la amistad y del mas ingenuo afecto. El odio me parecia el crimen mas contrario á la naturaleza, y estas palabras: *respectad á los Dioses*, encerraban para mí el sentido mas elevado y sublime. Febo ilumina al género humano y fecundiza la tierra, decia para

mi: ¿Y podré yo aborrecer, ó profanar con acciones indignas lo que merece una especial proteccion de los dioses? El amor por otra parte no conoce pueblos, ni gerarquías; es un influjo sobrenatural, al que tienen que someterse todas las criaturas: su imperio es indistinto, y no conoce bajo sus poderosas leyes mas que al hombre. De todas estas consideraciones deducia una consecuencia sencilla, y es, que el hombre es hecho solo para el hombre, cuyo título encierra una definición mucho mas vasta, que el reducido significado de tantos timbres y dictados como ha inventado la especie humana para disfrazar su natural esfera, desviada del estudio de su propio conocimiento. Mas ¡oh inocente Gorgo! vendrá un tiempo en que los hombres cifrarán toda su gloria en llamarse hombres. Vendrá un tiempo en que el escudo se convierta en reja de arar, la espada en útil hoz, y la viña se enrosque en la desusada lanza.»

«Luego mi amor con la Espartana, dijo Gorgo, tan contrastado por mi padre y por tí mismo, lejos de ser un desvío de las nobles virtudes que deben adornar á un mortal, está en los principios que sabiamente me demuestras.»

«Los mas seguros principios, y las leyes mas bien cimentadas en la razon y en la sabiduría, son semejantes á las semillas de los mas exquisitos frutos, que necesitan de un terreno y de

un clima especiales para fecundizar sus gérmenes: así pues el hombre filósofo arreglará su conducta por ellas, pero sin contrariar los fundamentos en que la sociedad hace estribar el honor y las virtudes. El hombre reconoce por patria la estension de terreno gobernado por unas mismas leyes, designada por un título particular, que vive con usos y costumbres peculiares, y dedica sus adoraciones á unos mismos dioses. Luego ha sido siempre un interes general conservar la armonia de estos elementos, y oponerse á la destruccion de cualquiera de ellos. Esparta se esfuerza en conseguir la ruina de Mesenia, y Mesenia la de Esparta: el deber pues de ambos pueblos es evidentemente el de sostener su dignidad, y repulsar la violacion de sus institutos; pero el guerrero magnánimo, en cuya mente penetró la luz de la sabiduría, no olvidará en el tumulto de las batallas, que sus enemigos son hombres, criados por los dioses con objeto bien distinto de aquel en que se emplean.

« Oh Pandion! cesa: exclamó Gorgo á las filantrópicas verdades del anciano: yo no veo en tu discurso una sola razon que me obligue á renunciar al amor de Zeona..... ¿puedes acaso reprobarlo?»

« ¡Oh hijo! como reprobaré yo la llama del amor que encendieron los dioses en nuestros pechos! Mas tu actual situacion, y los deberes que

te impondrá la sociedad de que formas parte, y de la que llegarás á ser el primer miembro, podrian reclamarte su sacrificio. ¿Crees acaso que Aristodemo aborrecia á su hija cuando la sacrificó al bien de su pueblo? La mas eminente virtud tiene por principal objeto el bien estar universal. ¿Sabrias tú aborrecer á Zeona porque reusase tu mano por el bien de su patria?»

«Mas tú mismo, Pandion..... ¿Como puedo entenderte? No dices que el amor al género humano es el grande objeto de los dioses?»

«Sí, pero si es verdad que debemos amar á todos los hombres como individuos de una misma familia, no lo es menos que nacemos con el deber de amar á una patria, y este deber es mas imperioso y sagrado que el del amor. ¿Y un descendiente del grande Alcides podrá dudar un momento en cumplir con ellos, ó débil y cobarde dejará subyugarse por el imperio de una pasión? Mira, ¡oh Gorgo! cual nace el sol todos los dias para fertilizar la tierra con sus benéficos rayos, y no se hace de rogar: ¡y tú, jóven fuerte, preferirias esconderte en el obscuro seno de la afección, desatendiendo los deberes con que has nacido, para concederte á los brazos de una muger? ¡Oh Gorgo! sé Mesenio pues no puedes ser otra cosa sin contrariar todas las virtudes que forman á los varones magnánimos. No pongas en olvido el primero de tus deberes que es hacer

el bien de tu pueblo , y haz de modo que puedas llamarte digno descendiente del magnánimo Apito.

Apartóse Gorgo para reflexionar sobre lo que acababa de decir el anciano , de cuyo discurso, nada quedó tan profundamente grabado en su mente , como la reflexion de que su patria podría pedirle un dia el sacrificio de su amor. Preguntábase á sí mismo , si tendria fortaleza suficiente para tanto , y luchando con las nuevas ideas que iban desarrollándose en su espíritu , tomó sus armas , y se encaminó al Taigeto.

Caminó toda la noche sin tomar el menor descanso , y el dia siguiente ya estaba en el valle. Zeona que divisó un guerrero á lo lejos , sintió al principio algun temor ; mas cuando reparó que este desembarazaba la celada de su yelmo para ser conocido , que le hacia señas , y finalmente cuando lo hubo bien observado y reconoció á su amante , saliendo apresurada á su encuentro , en breve estuvo entre sus brazos , y se encaminaron ambos á la choza en donde se hallaba Oéballo prostrado por la violencia de una aguda enfermedad. Cuando el anciano lo oyó , hizo un esfuerzo para incorporarse en la cama y abrió los brazos hácia él : gracias sean dadas á los cielos , dijo con voz moribunda y apagada , pues oigo tu voz antes de cerrar mis ojos. No te entristezcas , Gorgo ; he vivido mas de lo que debia. Empezaba á temer

tu olvido, y me afligia al par de la muerte que pronto me aguarda; mas ahora que escucho tus acentos acabaré contento mi penosa carrera, porque serán mis hijos los que echarán tierra sobre mi cadáver, reemplazándome tú con los oficios de hijo y esposo, en los que yo tenia sobre mi cargo como padre. Mas, ¿qué es esto, Gorgo? No es un casco el que cime tu frente, y una coraza la que cubre tu pecho? Seria cierto que la Mesenia se hubiese levantado contra Esparta?

« Sí, padre: la Mesenia ha tomado las armas para recobrar la libertad, ha peleado en Dera, y ha triunfado la justicia de nuestras armas. Mi padre, el magnánimo Apetida »....

« ¿Como! tu padre es el temerario Apetida que llevó el escudo á Esparta, y lo colgó en el templo de Palas, cuyas circunstancias nos refirió un cazador extraviado por estos montes? »

« Sí, mi padre fué, y el que consiguió el mas completo triunfo en aquella jornada. Tus paisanos pelearon con el esfuerzo de unos héroes, mas al fin »....

« Al fin huyeron; déjame morir, Gorgo: ¿por qué has venido? » y cayó postrado en su lecho al decir estas palabras.

Despues de un profundo silencio esforzando de nuevo la voz el anciano dijo: « Los Arcades y los Argivos vuestros aliados os ayudaron á la victoria, ¿no es cierto? »

«Fuimos solos, y en vano nos la disputaron los Espartanos largo tiempo.»

«Solos, y Esparta fué batida! sería que lo-grasteis sorprender el ejército espartano, ó que este se compondría de poca gente, inferior en mucho á la vuestra.»

A pesar del carácter del anciano, se resentía el orgullo de Gorgo del tono con que le dirigía las preguntas; sentía la verdad de los principios de Pandion, conocía que no vivía en los siglos vaticinados por aquel, echó una mirada sobre Zeona ántes de responder, y la amable sonrisa de su amada, con las reflexiones que habian pasado rápidamente por su imaginacion, le sugirieron esta respuesta: Sí: los sorprendimos; pelearon con valor; mas tuvieron que ceder al número.»

«¿Y Esparta no ha castigado todavía la traicion de Mesenia?» dijo Oéballo.

Sonrióse Gorgo y le contestó resentido: «¿Olvidas que estás hablando con un Mesenio?» y salió enojado. Zeona corrió apresurada á detenerlo, y viendo que proseguia sin atenderla: «¿Donde están le dijo, tus principios y tus máximas de filantropía? No reparas que está Oéballo moribundo? No puedes olvidar un momento que eres Mesenio, y considerar solo que eres mortal? Qué respondes? No me has dicho mil veces que mi pecho es tu sola patria?»

Sintió Gorgo la justicia de las observaciones de su amada, y dándole un tierno abrazo: « Soy mas Mesenio de lo que creia, le respondió: volvamos á la choza: yo sabré disfrazar la desgracia de Esparta, y quizás el buen Oébaló espirará con mayor tranquilidad. »

« Cuando el cazador nos contó las circunstancias de la lucha, aunque soy Espartana, me figuraba ver todos los dardos y agudas lanzas dirigidas contra tu pecho. »

« ¡Oh Zeona! en tus brazos soy mejor que entregado á mí mismo; el amor te ha hecho Mesenia; ¿y no podré yo hacer otro tanto, y hablar hoy como Espartano? yo que aspiro á llamarme ciudadano de todos países, y de todas edades? Vamos á consolar al infeliz Oébaló. »

Al entrar en la choza alargó Oébaló la mano al compasivo Gorgo y le dijo: « Perdona, hijo mio, á este infeliz moribundo su debilidad; yo te amo mas de lo que sabré explicarte. No hablemos ya mas de Mesenia ni de Esparta. Hablemos solo de Zeona, pues ella es el lazo que nos une. » Gorgo que conoció el sacrificio que hacia el anciano en su obsequio, quiso contar la grandeza de alma de Anajandro y las demas circunstancias que favorecian al pueblo de Esparta; mas luego conociendo Oébaló en su turbacion que le ocultaba parte de la verdad: « Presiento el oprobio de Esparta, dijo, no hablemos mas de

esto : pelea tú por Mesenia , y yo rogaré por Esparta sin que dejemos de amarnos : sí, Gorgo, tú serás capaz de cumplir con entrambos deberes, tú, cuyo magnánimo espíritu está alimentado con el benéfico néctar que mana de la sabiduría. Dale la mano á Zeona , y ojalá se unan al fin nuestros pueblos con iguales sentimientos. No fué Esparta la que causó la ruina de Mesenia , sino la ignorancia ó debilidad en haber cumplido con los oráculos que ella misma consultó. Zeona es tuya : sé su protector y el de Arquidamia : ámalas y respeta la memoria de un Espartano que en el instante de morir confiesa con verdad y admiracion la grandeza de alma de un Mesenio. Tú, Zeona, ama á Gorgo, olvida á tu patria, y procura saber ser Mesenia.

Cayó cansado el anciano , y exclamó en voz baja : « ¡ Oh cuan difícil es ser hombre ! » Zeona tomó la lira , habiéndoselo rogado Oéballo , y cantó la amistad y el amor.

Despues que hubo concluido , exclamó el anciano : « ¡ Qué es el alma del hombre cuando pasa al otro lado del Áqueronte ! Oh dioses ! cuan diversamente juzga de las cosas el que yace en el lecho de la muerte ! Cincuenta años hace que nos batímos con los Mesenios al pié del monte Itoma , los rechazámos y tuvieron que pasar un arroyo : unos gemidos que venian del matorral llamaron mi atencion , corrí allá , y encontré un

Mesenio que estaba espirando. *Muero*, dijo con voz apagada, *Espartano*, *ten piedad*, *traeme una gota de agua*. Corri al arroyo en cuyas orillas estaba el enemigo, y despreciando los dardos que me lanzaba, logré llenar mi casco de agua, aunque con peligro de mi vida, pues fui herido: volví al parage en donde yacia el Mesenio, y le di el agua que bebió con afán. *¿Estás herido?* preguntó, cuando vió correr mi sangre. Sí, respondí. Miróme el moribundo con ojos compasivos, y apretóme la mano, y dijo en voz baja: *Los dioses paguentu compasion*: no pudo hablar mas, y espiró. En este momento estaba discurriendo quien vendria á recibirme en el Aqueronte, y se me figuraba ver la agradecida sombra de aquel desgraciado Mesenio. ¡Oh dioses! un Mesenio asiste en mi lecho en la hora de mi muerte, un Mesenio me recibirá tal vez en el Averno.» Asomáronse á sus ojos tiernas lágrimas, y despues de un largo silencio exclamó con mortales ansias: ¡Oh Gorgo! trabaja en saber ser hombre; cata ahí que aquel Mesenio me alarga ya su amiga mano: no olvides á Zeona..... y cerró los ojos á la vida.

«En el dolor profundo en que quedaron sumergidas Arquidamia y Zeona al espirar Oéballo, no se atrevia Gorgo á pronunciar una palabra, ni mucho menos á anunciarles que debia partir. Zeona sollozaba apretada en su oprimido pecho,

llorando amargamente; mas al fin Gorgo se desprendió de ella, abrió un hoyo, y cubrió de tierra el cadáver del anciano; miró despues el sol que iba á ocultarse detras de los montes, y Arquidamia que conocia el cuidado que lo agitaba: «Gorgo, tu patria te llama, le dijo, parte sin dilacion: nosotras podemos llorar solas, sin faltar á ningun sagrado deber.»

Zeóna á estas palabras se echó de nuevo en sus brazos; mas Arquidamia prosiguió diciendo: «Déjalo, Zeona: su patria lo llama, y debe partir; pero tú, Gorgo, acuérdate que mi hija desamparada no tiene sobre la tierra mas brazo protector que el tuyo, ni relacion mas íntima que la tuya: si tú llegases á abandonarla.....

«¡Abandonarla yo! Ah! no, jamas: lo juro por la sombra de tu padre que nos ve: Zeona será mi amiga, mi amada, mi todo, y si los dioses quieren hacerme feliz será mi esposa. Solo un recuerdo viene á amargar tan grata ilusion. Yo soy Mesenio, y Zeona Espartana! ¿seria tanta mi desgracia que mis paisanos se opusieran á mi suspirado enlace?»

Luego si Mesenia te obligase á abandonarla...

«No, madre, exclamó Zeona, jamas me abandonará, yo lo sé.»

«No: ¡oh dioses! prosiguió Gorgo, no, Zeona, jamas te abandonaré: suba quien quiera al trono de Mesenia; mi patria, mi imperio, mi

vida, todo se cifra en tí. ¿Por qué no podrán los Apetidas vivir desconocidos y ocultos en estas peñas, pero felices? Sí: sí: serás mi esposa.»

Después de abundantes lágrimas y suspiros, tuvo Gorgo que determinarse á partir, y desprendiéndose del pecho de Arquidamia, y de Zeona, apresuró su marcha por el Taigeto sin detenerse hasta haberse reunido con el cuerpo del ejército.

Entonces, sin embargo, no estaba en el campo; lo extraño de esto se había convertido en el mundo. Pero, luego de esto, en los momentos buenos se le daba el dinero para pagar los aceros y las lanzas; los espadas golpeaban los martillos retumbaban en la cavidad, toda ~~la cavidad~~ y en la taxa; en este taller se educaban los jóvenes y sus hijos, en la construcción y manejo de las armas: todos trabajaban con incansable vigor, deseando con ansia el momento de ir a luchar a la guerra que todavía eran jóvenes; los hijos de la algarra se confundían con el ruido de las armas, y la espada y la lanza.

Su llegada causó no poca alegría en el campamento, pues su larga ausencia hizo temer, no sin fundamento, que en alguna de sus correrías, no hubiese caído en poder de los crueles Espartanos. Evergétidas que, mal hallado con la inacción, se había introducido disfrazado en el ejército espartano, volvió también aquella noche al campo dando informes del estado de los enemigos; ya han vuelto en sí, decía, y se entretienen en cantar los himnos del cojo Tirteo. El filo de sus aceros está embotado, y por esto ensayan sus himnos por ver si producirán mejor fruto los cantos que las lanzas; pero ¡por los dioses! ¿en qué se entretiene el Apetida? Piensa ahora en reedificar templos, y en levantar aldeas?

Entretanto, sin embargo, no estaba ocioso Aristomeno : la tranquila Itoma se habia convertido en el monte Etna , fragua del dios Vulcano : en los ardientes hornos se licuaba el hierro para labrar los aceros y las armas : los repetidos golpes de los martillos retumbaban en la concavidad , todavía informe, de los yelmos y corazas : en este taller se adiestraban los jóvenes, y aun los niños , en la construccion y manejo de las armas : todos trabajaban con incesante ardor , deseando con ansia el momento de manifestar á Esparta que todavía eran Mesenios : los gritos de la algazara se confundian con el ruido de las armas , y la esperanza y la alegría animaban todos los semblantes: solo un joven que nadie conocia , hermoso y gallardo como Apolo , apenas salido de la adolescencia estaba solo y taciturno , cuando se entregaban los demas al recreo y á la diversion . Asomábanse amenudo algunas lágrimas en sus ojos , grandes y azules, y su aspecto indicaba que algun profundo y oculto pesar roia su tierno pecho . Su brazo no habia empuñado jamas la espada ni la lanza , pero se ejercitaba en su manejo con un empeño infatigable : sus padres , segun decia , habian perecido en el curso de las guerras anteriores , y habia vivido solo y retirado en la Elia , hasta que los emisarios de Aristomeno habian convocado á los Mesenios para la guerra de la libertad que aca-

baba de estallar : con nadie habia contraido intimidad , y pasaba las noches en la soledad , ó en las ruinas del templo ; sin embargo era querido de todos , pues daba muestras de tener un corazon sensible y formado para la mas tierna amistad ; pues en los ejercicios procuraba siempre parar el golpe que amenazaba á su compañero.

Los mas esmerados en procurarse con él alguna familiaridad , y en descubrir los motivos de su tristeza no podían conseguir jamas lo mas mínimo : ni ¿ como era posible , si este extraordinario jóven era bajo el trage de varon la enamorada Aretusa , la amada de Manticlo ? Cuando el ejército se reunió en Dera , y se vió sola sin su amante , quiso seguir el ejército ; mas no pudo verificarlo , porque no tenia medio de ocultar su sexo. Recatóse en su choza y procuró distraer su atormentada imaginacion con las lisongeras imágenes de sus pasadas dichas , mas en vano. Jamas la soledad le habia ocasionado el menor disgusto , porque tenia en ella á su amante , y la mayor parte del tiempo lo pasaba en su compañía ; pero ahora que el deber riguroso de la patria se lo habia arrancado sin saber el fin de su ausencia , ni la suerte que podria haberle , le era insoportable y tediosa : su acalorada mente se lo pintaba amenudo rodeado de enemigos en el horror de los combates ; las lan-

zas todas dirigidas al idolatrado pecho, y se figuraba tal vez que herido, postrado, y vertiendo raudales de sangre, iba á exalar el postrer suspiro, sin que sus officiosas manos pudiesen cerrar sus frios párpados. Despues de la batalla de Dera vino Mantielo á consolarla: en vano le rogó llorosa y desesperada que le permitiese acompañarlo; «allí decia, podré quizás librarme de los dardos del crudo Espartano; pero aquí, ¡quien me librará de mi mismo dolor!» Mantielo le aconsejó que pasase á la casa de uno de sus amigos en una aldea inmediata, y partió para el campo. Entregada de nuevo á su tormento iba á dirigirse al lugar que le habia indicado su amante, pero no sabiendo decidirse á partir, preferia quedar en aquellos lugares, testigos tantas veces de su mejor fortuna. Todos los dias se preparaba para dar el último adios á aquellas erizadas peñas, y no sabia abandonar la agreste mansion que le recordaba su pasada felicidad.

Por aquel tiempo vino Aristomeno con los Mesenios que acababan de llegar de los paises estranños, é inmediatamente siguió el primer impulso que agitó su espíritu. Cubrió sus delicados miembros con un manto, cortóse sin vacilar las largas y rubias trenzas, ciñó la espada que habia sido de su padre, y mezclóse entre los jóvenes que se habian reunido, y aprendian el manejo de las armas bajo la direccion de Aristomeno.

En breve supo lanzar el dardo con pulso y seguridad, y se adiestró en manejar la espada con fuerza y destreza, y en usar del escudo con velocidad y tino. El amor le prestaba aliento y le infundia valor, comunicando fuerzas á sus delicados miembros: ninguno de sus compañeros manifestaba tanto deseo de correr al ejército como nuestro tierno jóven, y cada vez que podia hablar á Aristomemo le decia con el mayor entusiasmo: «¿Cuándo nos conduces á Dera, valiente Apetida?»

Aristomemo para satisfacer lo que mas bien creia curiosidad que deseo de arrostrar los peligros, le contestó un dia: «Pronto se cumplirán tus deseos, animoso jóven: entretanto corre á Dera, y entrega este pliego al Androclense Finta.» Brillaron de alegría los ojos de Aretusa; tomó el pliego, y corrió á los reales mesenios, en alas del amor: su pecho latia tiernamente bajo el frio acero que lo cubria, cuando habiendo cumplido con su encargo preguntó á Finta por Manticlo: «Allí debajo de aquel olivo tienes su tienda, respondió un soldado, que lo es tambien del hijo del Apetida.» Encaminóse á ella la bella Aretusa; entró tímida y palpitante, y para disimular mejor se dirigió á Gorgo, y le dijo: «Tu padre, Manticlo,»..... Manticlo que oyó una voz que penetraba hasta su corazón, se acercó con afable semblante y le dijo: «¿qué traes?» «Acabo de lle-

gar de Itoma, respondió Aretusa algo turbada : he traído un pliego para Finta, y tu padre me encarga que te visite y salude en su nombre.» «¿Quién eres?» preguntó Manticlo con voz conmovida. «Soy Mesenio recién llegado de la Elia, del linaje de los Heranoydas, y mi nombre es Epiteles.» Quedóse pensativo Manticlo, y exclamó al fin : «¡Qué voz! oh Epiteles! tu presencia ha despertado en mi pecho sensaciones tales que»... puso la mano en su frente y añadió: «¡Oh joven! seamos amigos; cambiemos en testimonio de nuestra amistad, nuestras espadas. Tomó Aretusa con trémula mano la espada de Manticlo, y le alargó la suya. La persuasión de que si se descubría, no le permitiría su amante el quedarse en el ejército, fué la sola que bastó á contenerla, pues á no ser así, ya se hubiera precipitado en sus brazos. «En las batallas pelearémos juntos, dijo Manticlo, y cuando vuelvas de asiento al ejército vente directamente á nuestra tienda.

Retiróse Aretusa contenta y satisfecha porque conoció cuan finamente era amada, y dió gracias á los dioses, porque no le ocurrió á Manticlo hacer el cambio con los yelmos, pues la hubiera conocido : regresó al punto á Itoma, y á pocos días vió aparecer á Manticlo.

Desde el día de la entrevista no había sosegado Manticlo deseando averiguar la procedencia y el

origen de Epiteles, y así determinó encaminarse á Itoma; pero era tal su agitacion, que en lugar de preguntarle por sus parientes, ó si tenia hermanos y quienes eran, la primera palabra que le permitió pronunciar el transporte de su pasion fué: «¿Tienes, Epiteles, noticias de tu hermana?»

«¿De mi hermana? respondió el fingido Epiteles, aprovechándose de la favorable coyuntura: ¿de mi hermana Aretusa? Acaso sabes de su existencia? ¡Ah! mi padre me dijo varias veces que la habia perdido con su madre.»

«¡Oh dioses!» exclamó Manticlo sin poderse contener. ¿Tú eres el hermano de mi adorada Aretusa? Corre (y lo estrechó en sus brazos) ven conmigo: yo te conduciré á su morada; no perdamos tiempo; ¡cual será su puro gozo al encontrar á su perdido hermano!

«Se alegrará seguramente, pero al mismo tiempo estará en continua zozobra por mi vida, respondió Aretusa, mientras dure esta desastrosa guerra. ¡Oh Manticlo! dejémosla por ahora: quizás yo perderé la existencia en alguno de los encuentros que en breve se nos preparan, y entonces á la infeliz ¡cual llanto no la espera! ahorremos sus caras lágrimas, y si la lucha se termina felizmente, será entonces doblado el gozo que reciba con mi no esperado encuentro. Pero dime: ¿tú la conoces? le has hablado alguna vez?

«¡Si la conozco! oh Epiteles! ella sola es el

encanto de mi vida.» Con esto hizo Manticlo la pintura de Aretusa, y juró al fingido hermano que su amor seria eterno. En seguida no queriéndose ya apartar del interesante Epiteles: No debemos ya separarnos, le dijo: vente conmigo á Dera. Lo mismo tenia intencion de decirte, respondió Aretusa, vé á rogar á Aristomeno que me permita marchar contigo. Concedióselo el Apetida, y los dos amigos tomaron contentos el camino del campo.

El fogoso Evergétidas entre tanto vituperaba en secreto la prudente conducta de Aristomeno, á la que llamaba ociosidad, y acaso cobardía. Reunía diariamente á los jóvenes mas esforzados, y hacia frecuentes incursiones sobre los reales espartanos: atacábalos de dia y de noche sin descanso, y con él iban tambien frecuentemente Gonipo y Panormo: Manticlo y Gorgo lo habian acompañado varias veces, por lo que casi siempre los convidaba á las salidas: la primera vez que ocurrió salir contra los Espartanos, cogió el yelmo Manticlo, y Aretusa hizo otro tanto; y entonces no queriendo aquel comprometer la vida de su querido hermano, le rogó que se quedase; mas ella fingiendo ofenderse de su miramiento, le respondió determinada: «No, Manticlo, tu suerte ha de ser la mia: la infeliz Aretusa no llorará mi muerte porque ignora mi existencia, mas su razon seria cruelmente despedazado á la nueva de la tuya.

Armóse Aretusa inmediatamente y temblando, salieron todos apresurados, y ella se puso al lado de su amante. Al divisar al enemigo, iba á esforzar sus instancias para volverse con Manticlo; mas en el propio instante se adelantó este gritando con voz terrible, y blandiendo el acero, y tuvo ella que callar y seguir. Algunos Espartanos que vagaban dispersos por los recodos y laderas inmediatos á sus reales, al notar la llegada de nuestros atrevidos campeones, empezaron á correr hácia los suyos, y Evergétidas entonces persiguiéndolos denodadamente exclamó: «Tirad, Mesenios» y volaron en un punto las piedras y las saetas. Tomó Aretusa su dardo, mas le faltó la fuerza al tiempo de despedirlo, pues mas deseos tenia de derramar lágrimas que sangre, y cayó á sus pies. Evergétidas furioso notando su poco aliento: «Marcha, niño, le gritó, á tomar el huso con las mugeres;» y siguió á los fugitivos, haciendo de él el mas alto desprecio. Ya un crecido número de Espartanos habia salido de sus trincheras para proteger á los suyos y oponerse al ataque, y Manticlo corrió á su encuentro: el peligro en que consideró Aretusa á su amante, despertó en su alma todo el fuego de su amor, y cobrando un valor superior á su edad y á su sexo desenvainó el acero y corrió á su lado. Manticlo y Aretusa peleaban con igual esfuerzo, y como si disputasen la preza en los circos y carreras olim-

pías ; mas era solo el engañado Manticlo el que se precipitaba en el compromiso, creyendo tristemente que los esfuerzos de su amada, nacidos del mas extremo amor , se dirigian á eclipsar sus heroicas proezas : ambos acometian , ambos retiraban á un tiempo , ambos corrian á protegerse en el peligro , y se cubrian con el ageno escudo. Asi dos tiernos árboles que han nacido en la espesa selva uno junto á otro con las ramas entrelazadas, son agitados por la tempestad, y cuando el uno es impelido hácia la tierra, sigue el otro el inevitable choque , sosteniéndose mutuamente por el lazo que forman sus mezcladas ramas. Fuéron por fin rechazados los Espartanos , y la primera pregunta que mutuamente se hicieron fué por sus vidas. Acercóse entonces Evergétidas, y dirigiéndose á Aretusa : « Te doy el parabien, le dijo ; has peleado como el mas esforzado : yo te insulté sin motivo al empezar la refriega , y tú que estabas seguro de tu valor , castigaste mi ligereza con tu silencio : en lo sucesivo llámame á tu auxilio en los peligros , pues nada puedo ofrecerte que sea mas digno para merecer tu amistad. » Agradecióle Aretusa el cumplimiento con breves palabras , dando en secreto gracias á los dioses en los brazos de su amante, porque habia salido este ileso del combate. Al regresar, convencido Manticlo de las razones de su amada , juró por el nombre de Aretusa no

volver á esponerse sin fruto en inútiles encuentros y parciales refriegas, y cumplió exactamente su palabra, añadiendo á las reflexiones de aquella, la de no esponer por su causa la vida del fingido Epiteles.

Salió de Itoma por fin el Apetida con un formidable ejército, reforzado además con las falanges aliadas de Arcades, Elios, y Argivos; y Anajandro salió igualmente á campaña con sus tropas, y un refuerzo de Corintios.

Aristomeno pasó algunos dias en Dera, disponiendo sus tropas para el grande ataque, y se encaminó despues por las quiebras y gargantas de las cordilleras á las llanuras de Esteniclero. Anajandro estaba ya apostado en las alturas inmediatas, y se preparaba tambien á sostener el inminente choque de sus enemigos. Mediaba un ancho valle entre ambos ejércitos, y los gritos y las amenazas de los guerreros retumbaban confundidas, escitando la venganza de los unos, y el furor y la ira de los otros. Al dia siguiente al despuntar la aurora levantaron los Espartanos un altar, señal segura del combate, los Mesenios sacrificaron igualmente sus preparadas víctimas á los dioses, y los arúspices de ambas parte, prometieron la victoria cada uno á su ejército. Aretusa entretanto estaba sentada en lo interior de la tienda de sus amigos, sola y con affligido continente, sintiendo despedazarse

su corazón al sonido de las trompetas. «¿Por qué estás tan triste y abatido, querido Epiteles? le dijo Manticlo: los sacrificios son favorables, y mi padre anuncia la victoria: el ejército se encuentra animoso, y se entrega por todas partes al gozo mas escésivo que le sugiere la segura esperanza del triunfo. Levántate, Epiteles, ven: no nos hagamos esperar de nuestros amigos. «¡Oh! respondió Aretusa, por qué se ha de comprar la victoria al precio de tanta sangre, sin que sea dado obtenerla hasta que esta vasta llanura esté cubierta de cadáveres? ¡Que el hombre se arme contra el hombre!..... Oh Manticlo! digámonos ahora el adios de la muerte, ahora que nuestros ojos derraman solamente lágrimas, ahora que ninguno de nuestros pechos, abierto por lanza enemiga, despide á raudos la inocente sangre: adios Manticlo: piensa que tienes á Aretusa en tus brazos. No me arredran las saetas, ni los aceros espartanos, temo solamente el momento en que te vea caer. Piensa Manticlo cual será la desesperacion de Aretusa si tu muerte»... no pudo acabar pues la enagenaron los sollozos. En aquel instante retumbaron las trompetas espartanas, y Aretusa perdido el color de su bello rostro, y apretando en sus brazos con violencia á su amado, no pudo decir sino *adios*.

Púsose el ejército sobre las armas y tomó sitio en el campo: los Espartanos venian entonando

sus limnos guerreros, y se acercaban con las lanzas enristradas, como una espesa y negra nube cargada de centellas. Aristomeno que estaba en una colina desde donde descubria todo el llano, pronunció con esforzada voz: «¡Oh dioses de la Grecia! Oh soberano Alcides, padre de ambos pueblos! haced que triunfe hoy el que pelea con mas justicia.»

«¡Oh Mesenios! llegó el instante de apelar al esfuerzo, y heroico valor: vuestra patria, cincuenta años de oprobio y esclavitud, y los templos derribados de vuestros dioses, claman venganza: corramos á la victoria:» y en seguida sonaron las trompetas el terrible momento del combate.

El ala izquierda estaba á cargo del impaciente Evergétidas, deseoso de precipitarse sobre el enemigo, blandiendo la pesada lanza, y exortando á sus soldados, queriendo transmitirles la misma rabia que lo agitaba. Mandaba la derecha el noble y valiente Androclo: una bruñida coraza cubria su pecho, y marchaba á paso lento al frente de sus guerreros con el acero en la formidable diestra: su mirar sereno y animoso les infundia confianza y valor: con él estaban las falanges auxiliares. Aristomeno se hallaba situado en el centro del ejército enfrente del rey de Esparta: á su lado estaban los jóvenes mas esforzados, y de las mas distinguidas

familias de Mesenia con Gorgo y Manticlo, y un poco retirada la trémula Aretusa.

Asi como dos tempestuosas nubes impelidas por vientos contrarios se precipitan y se confunden, estallando á su espantoso encuentro el ruido aterrador del formidable trueno, y abortando de su seno los centellantes y destructores rayos; del mismo modo se lanzaron los dos ejércitos uno contra otro, con ansia insaciable de sangre y de esterminio, alentados é impelidos por las avérneas furias. Anajandro, tranquilo en medio de su numerosa guardia, alentaba á caudillos y á guerreros blandiendo la regia lanza: á su lado, segun costumbre de Esparta, estaba el último vencedor en los juegos olimpios, Calipso: tambien habia conseguido el premio en los mismos, Fano el Mesenio: cuando los jueces del circo los declararon vencedores, y les pusieron una corona de laurel, se abrazaron mutuamente, y se juraron eterna amistad; mas la dura suerte los habia puesto ahora uno enfrente de otro para darse cruda muerte, sin saber que rompian el sagrado juramento.

Empeñada ya la accion, Aristomeno buscaba como penetrar al centro de los Espartanos en donde estaba el rey Anajandro. «Ven, tirano, le gritaba, mi solo brazo es el que te reta.» Mas Anajandro no se separaba de su cuerpo, y las lanzas que lo rodeaban formaban un impenetra-

ble muro que no podia romper el furioso Apetida. «Cobarde, exclamaba despues, ¿temes medinte con uno solo de tus enemigos?» Mirólo Anajandro con arrogancia, y tocado de sus insultos: «Pronto vuelo á tí, le respondió, y saliendo del centro de su guardia se precipitó sobre los Mesenios derribando á los que obstruian su paso. Ya estaban á corta distancia midiéndose con los ojos, mas un torbellino de combatientes los separó á pesar de sus esfuerzos en buscarse. El suelo estaba cubierto de cadáveres y regado de abundante sangre: las lanzas y las espadas saltaban por el aire en rotos fragmentos: no se oia sino un confuso grito, y los golpes repetidos de las pesadas armas sonaban con horror sobre los cascos y sobre las corazas, perdiéndose con los ayes de los moribundos.

Un tropel de combatientes habia separado á Aretusa de Manticlo. «Manticlo» gritaba ella con dolor, mas viendo que no era oida, se mezcló en la multitud abriéndose pasó con un valor que solo podia sugerirle la intensa pasion que la dominaba, ó la desesperacion en que se sentia morir. Divisólo al fin de lejos en lo mas espeso de los batallones enemigos, empeñado en el mayor riesgo, y al momento logró reunirsele, peleando á su lado, como el mas esforzado de los guerreros.

El terrible Evergétidas daba con su compañero

Gonipo sangrientos y continuos ataques al enemigo : cual un impetuoso torrente que hinchado por una fuerte lluvia repentina, desplomada de las vecinas nubes, inunda el llano y es la asolacion de la comarca ; del mismo modo se precipitaba Evergétidas sobre el ejército espartano, arrastrando y destruyendo cuanto se encontraba á su paso. Sus encendidos ojos infundian el terror, y comunicaban su desesperacion á cuantos lo rodeaban : al uno le recordaba la choza destruida, al otro la inocente hermana oprimida en la esclavitud, á todos la patria usurpada y las víctimas sin cuento del pueblo mesenio, sacrificadas por la crueldad de los Espartanos, y de este modo lograba exaltar el ánimo de sus soldados.

Androclo se hallaba en lo mas empeñado del combate que era sangriento y tenaz : cada uno conservaba su terreno á pié firme, pero al fin quisieron los Espartanos hacer un esfuerzo y atacaron en masa por el costado en que aquel se hallaba. Los Arcades no fuéron bastantes á contener el primer ímpetu, y Androclo que notó el desórden corrió al punto á evitar la fuga, y logró volverlos á unir, y hacerlos atacar á su vez, mas tuvieron que ceder de nuevo : Androclo y Finta que procuraban sujetarlos fuéron arrastrados por los mismos fugitivos, y los Espartanos, con el feliz éxito de esta circunstancia, creian ya conseguir la mas completa victoria : pero parándose

de pronto los dos amigos, y oponiéndose al torrente de la medrosa multitud, ahora con súplicas, ahora con amenazas, lograron contenerlos y reunirlos, y hacerlos volver al combate: pelearon entonces con desesperado esfuerzo, y los Espartanos tuvieron que detener su orgullosa marcha.

Continuaba indecisa la acción, y aunque el Apetida impelia vigorosamente el centro de los enemigos probando romperlo y dispersarlo, los valientes guerreros que circundaban al rey lo rechazaban constantemente, y los himnos de Tirteo, que el ruido de las armas no podían sofocar, retumbaban por toda la llanura. Entonces juntó el Apetida su valiente guardia, y exclamó con voz terrible: «La muerte, ó la victoria:» y arrojó el estandarte mesenio en lo más espeso de los batallones enemigos. Precipitáronse todos con ciega y obstinada furia, y en un momento rompieron aquellas impenetrables filas erizadas de agudas lanzas, obligando al enemigo á entregarse á la fuga y al desorden por toda salud. El rey Anajandro al contemplar su inminente derrota: «Parad, gritó, de teneos: ó víctima de vuestra cobardía, yo mismo entregaré mi cadáver al enemigo, en oprobio del nombre de Esparta.» A sus voces y terrible amenaza pararon su carrera los fugitivos, rehacieron en un punto su perdida formación, y volvióse á

trabar la batalla con mayor furor y estrago.

Manticlo, desembarazado de enemigos, y siempre seguido de Aretusa, observando que el rey estaba defendido de muy pocos, se precipitó sobre él, y empezó á luchar con sus fieles guardias. Anajandro viendo la osadía de aquel jóven levantó el acero y fué á descargarlo sobre su cabeza; mas Aretusa que notó el inminente peligro de su amante, interpuso el escudo y paró el golpe; pero desordenada con este acaso y sin poder rehacerse con la necesaria prontitud, dió lugar al rey á que secundase el funesto golpe, y derribase á Manticlo en el suelo. Aretusa al ver caer á su amante, perdió en un punto todas sus fuerzas, y cayó sin sentido al lado suyo. Gorgo testigo del desgraciado accidente, corre apresurado al auxilio de sus amigos, dispersa en un punto á los primeros que prueban contenerlo, asalta furioso al rey, y le obliga á ceder aquel precioso terreno en que corrian el mas excesivo riesgo las vidas de sus dos amigos; vuela al lugaren que permanecian tendidos, toma á Manticlo en sus mismos brazos, y manda á uno de sus soldados que recoja el cuerpo de Epiteles y lo siga hácia la colina inmediata. Asi que llegó á parage seguro, y fuera del tumulto del combate, examina los cuerpos, objeto de su ternura, y sus eficaces y prontos auxilios vuelven al acuerdo al jóven Manticlo. Aretusa yacia pálida y sin senti-

do, con el rostro descubierto, pues su yelmo habia rodado por el campo cuando cayó desmayada: quitóle Gorgo la coraza teñida en la sangre de su amado, y viendo que no lograba retornarlo: «¡Oh cielos! exclamó, Epiteles, nuestro tierno Epiteles, ya no existe!» Mantielo, desesperado, sacudió súbitamente el letargo pesado que le obscurecia aun la mente, y dirigiendo á su cadáver dolorosas miradas! «¡Oh malhadado Epiteles, y mil veces mas desdichado yo, que soy la causa de tu muerte! tú, querido Epiteles, quisiste salvar mi vida, y diste en cambio la tuya. Iba á precipitarse sobre su cuerpo, pero Gorgo que habia rasgado ya su vestido, espuso al aire el virginal pecho de Aretusa, que recobrando su sentido, despidió un profundo suspiro, profiriendo en seguida el caro nombre de su amante. Gorgo y Mantielo á tan inopinado evento quedaron absortos y sin acertar á pronunciar una sola palabra; mas al fin enagenado de gozo al testimonio de amor que acababa de recibir de su adorada: «¡Oh cielos!» exclamó Mantielo, ¡eres tú, Aretusa! magnánima Aretusa!» quiso proseguir, y su voz se añadió en su garganta, hasta que el llanto consolador vino á sosegar el alborozado pecho. Abrazólo Aretusa, y recobrada de su largo deliquio, no quiso consentir en hacerle la menor esplicacion hasta que hubiese dado cobro á su salud. sentóse á su lado, tomó cariñosa

una de sus manos , y le obligó á reposar sus sienes sobre su pecho , mientras Gorgo derramaba en su herida delicados bálsamos : concluida esta operacion fuéron conducidos al campo de los sacerdotes , y Gorgo volvió al combate.

Manticlo no desviaba un instante los ojos de su amada , que todos conocian ya por muger , espuestas á la curiosidad de todos sus bellas facciones , no ya cubiertas por el pesado yelmo y peto opresor. El sacerdote Teoclo colocó á su hijo en un blando lecho , y no hubo medio de desviar á Aretusa de su lado , que ni siquiera escuchaba las importunas preguntas que le dirigian , atenta solo á los suspiros de Manticlo , y buscando los medios de proporcionarle comodidad y reposo.

Cuando Gorgo llegó de nuevo al combate , acababa de penetrar el Apetida con su valiente guardia en las espesas filas de los Espartanos , y todo cedia á su valor : mas en donde se hallaba Anajandro vacilaba todavía la victoria , y no solo se defendia con vigor , sino que atacaba obstinadamente á su vez. Aristomeno conociendo que la causa de hacerse interminable el combate consistia en la facilidad de reunirse á la masa general enemiga los que habia costado un esfuerzo extraordinario de vencer y dispersar , mandó á Gorgo que con un grueso del ejército siguiese á los fugitivos de todas partes hasta su

total esterminio, ó hasta aprisionarlos, ó ahuyentarlos del campo de batalla. Androclo acababa de sufrir un terrible ataque de parte del rey espartano, y se retiraba lentamente: corrió Aristomeno á su auxilio con sus tropas, y atacó con toda fuerza el flanco de la masa, y puso el desórden y la confusion en las filas enemigas: con esto tuvo lugar Androclo de reunir los pocos dispersos que fuéron desordenados cuando él solo tuvo que hacer frente al soberbio Anajandro, á quien acometió de nuevo, secundando oportunamente al Apetida, y al furioso Evergétidas que acababa de aparecerse y envestia vigorosamente por el flanco opuesto. No podian ya los Espartanos sostener los tres ataques, privados del socorro de las tropas desordenadas, que lograban ántes reunirse y volver á la pelea, ni ocultar su confusion y desórden. Retiróse pues Anajandro, haciendo esfuerzos increíbles para no ser envuelto y enteramente derrotado, mas esto no privó que el destrozo fuese incalculable, pues los vencidos se atropellaban unos á otros en su fuga. Sin embargo, su defensa era magnánima: su paso lento y concertado daba muestras de serenidad, y del poderoso influjo que gozaba sobre su pueblo: del mismo modo el alborotado Ponto con furiosas y encrespadas olas prueba repeler el eterno y dilatado lindero que lo circunda, y se estrella en sus erizados peñascos,

hasta deponer su braveza, retirando empero magistoso la imponente y alba espuma hácia su vasta llanura.

Arajandro condujo su ejército á un parage distante y espacioso, en donde procuró rehacerse. Evergétidas, insaciable, y devorado por la sed de su implacable venganza, iba al alcance de los fugitivos sin cansarse de matar, recorriendo el campo con ojos satisfechos y contentos, recreándose en la sangre derramada, y con la vista de los infinitos cadáveres de sus enemigos que cubrían el campo de batalla.

Androclo acompañaba á su amigo para cuidar de los heridos, y consolar á los moribundos. Gorgo acorrió oficioso á ayudarlo en tan piadosa ocupacion: vendaba las heridas que acaso él mismo habia hecho, y no pensaba sino en aliviar la triste situacion de los infelices que yacian maltratados, á cualquiera de los dos ejércitos que perteneciesen: llevábales agua con que desalteraba su sed, despreciando el tono mofador con que Evergétidas zaheria su humanidad, al prestar sus generosos cuidados á alguno de los Espartanos, y no se retiró hasta que con Androclo y sus amigos hubo revistado todo el campo.

Antes que los restos del ejército destruido llegasen á Esparta habia ya penetrado en ella la fatal nueva de su derrota. En los rostros de los habitantes se veian pintados el terror y la de-

sesperacion: las matronas y los ancianos salieron con abatidos semblantes al encuentro del malhadado ejército, cuyos soldados iban llegando dispersos, tristes y avergonzados, introduciéndose en la ciudad por sendas estraviadas, no como tantas veces, con pompa y triunfante alegría, entonando numerosos himnos de victoria, precedidos de la gozosa multitud. Anajandro acompañado de los Eforos se encaminó al templo de Minerva para dar razon de su jornada, y pronunció estas solas palabras, con la concision característica de su pueblo: «Pereció la juventud espartana, habiendo llenado su deber. No queda mas esperanza que la paz.» Sí, paz, exclamó el pueblo, paz con el Apetida: la desesperacion desenvainó su acero, y las furias pelean por él.» Los Eforos en consecuencia, enviaron al punto un sacerdote al campo de los Apetidas para tratar de la paz, el cual salió con el ramo de Minerva en la diestra.

Todos los guerreros mesenios coronados de laurel celebraban la victoria, entonando himnos de gloria y de triunfo, marchando con satisfecha y orgullosa frente: sus formidables colunas se dirigian á dar gracias á los dioses, y seguian detras los carros cargados de las armas y del rico botin obtenidos en el campo de batalla, con los prisioneros espartanos.

Las mugeres y los niños acorrian de todas

partes mezclando sus alegres cantares con los que celebraba el valor y la victoria del ejército, y cubriendo de coronas y de flores á los vencedores: llegados á la plaza de sus reales, formó el ejército Aristomeno, y dió audiencia al sacerdote espartano, que ya le habia sido anunciado.

Llegado á su presencia lo saludó con afable gravedad, y el Apetida le preguntó el objeto de su mensaje.

«Esparta, respondió el sacerdote con nobleza, desea el término de la desastrosa guerra que nos aqueja, origen de nuestros comunes males, y te envia este ramo de olivo. Anajandro, descendiente de Hércules como tú, te ofrece la paz.

«Acepto el ramo de olivo, dijo Aristomeno; pero Esparta si quiere conseguir la paz que pide, pagará á la Mesenia el tributo que recibia de nosotros.

«Esparta libre te ofrece la paz, Apetida, no Esparta esclava, contestó el sacerdote.

«Deseo la paz, repuso el Apetida, pero cimentada en la mas incontestable justicia: Mesenia vencida pagó el tributo: Esparta vencida no puede reusarse á tan justa condicion.»

«¡Oh dioses! exclamó el sacerdote, vosotros, ¡oh Mesianos! sois testigos de la voluntad de Esparta, y del desprecio de vuestro gefe. La sangre que en adelante se derrame, caiga sobre tí, Apetida. Caiga sobre tí la indignacion de los dio-

ses que provocarán los gemidos de los moribundos, los gritos de las desesperadas madres, y de los desvalidos infantes que sumergirá la guerra en el infando dolor. Caiga sobre tu cabeza el azote de las infernales furias, y la cuchilla de la desesperacion.»

Y Echóse Gorgo horrorizado á los pies de Aristomeno, y abrazando sus rodillas: ! Oh padre! esclamó, concede la paz: yo te lo suplico á tus plantas, por las sombras de nuestros abuelos: escucha la humanidad: tu pasión oprimirá á tus pueblos, y los dioses apartarán su rostro del lugar que pises sobre la tierra: acuérdate que eres mortal.»

El corazón de Aristomeno permanecía insensible á toda afección, y Evergétidas temiendo no se dejase penetrar por los ruegos de su hijo, se adelantó con encendidos ojos, y esclamó con atronadora voz: «Guerra contra Esparta y hasta su total estermínio, es la que hemos jurado: Apetida, teme á los dioses que castigan al perjurio.» «Guerra contra Esparta» esclamaron á la vez Panormo y Gonipo: «Guerra contra Esparta» repitió parte del ejército, y «Guerra contra Esparta» pronunció por fin el Apetida.

Regresó el sacerdote á los suyos, y les espuso la determinacion de los Mesenios. El cantor Tirteo levantó la voz para animar al abatido pueblo, y sus acentos volvieron el perdido aliento á la

juventud espartana : sus cánticos guerreros les inspiraron el desprecio de la muerte, y fuéron despues la salud de Esparta.

Aristomeno descansó algunos dias en Andania, y salió despues con tropas escogidas á una expedicion secreta. Llegó de noche delante de Phara, ciudad que pertenecia á los Espartanos, y á los primeros crepúsculos del alba empezó el ataque, forzándola por distintos puntos. Los Espartanos se defendieron largo tiempo con valor, mas al fin tuvieron que ceder al número y al esfuerzo de los Mesenios.

Evergétidas se precipitó furioso sobre los fugitivos, no perdonando á uno solo de los rendidos : su rigor se extendia á todos los sexos y á todas las edades. Gorgo que lo seguia de cerca, habiendo visto que tenia el brazo levantado para descargarlo sobre algunas mugeres que huian desconcertadas : « Delente, le gritó, y corrió á interponerse, no consentiré jamas que á mi vista cometas excesos tan degradantes para el hombre de valor. » Evergétidas resentido á tan nueva reconvencion y exaltado por su indómito carácter, le dirigió una estocada con ánimo de atravesarle el pecho, pero pudo pararla Gorgo con su acero, dando tiempo á que llegase Androclo, y probase apaciguar á sus dos amigos : pero viendo que Evergétidas, sordo á las reconvenciones y á las moderadas reflexiones de Gorgo, seguia

obstinado en querer ofenderlo , para entregarse despues al total esterminio de los rendidos habitantes de Phara, se abrazó con él para sujetarlo , y Gorgo empleó tambien la fuerza en donde no eran admitidas las razones de la justicia y de la humanidad.

Aristomeno que oyó de lejos las descompuestas voces de los tres , y distinguió la de su hijo , se encaminó allí , y preguntó la causa de tan acalorada contienda : Entonces Androclo la espuso en breves palabras , pero con toda veracidad y entereza , y añadió despues : yo uní mis reflexiones á las de Gorgo para sujetar su acero y su bárbaro brazo , mas en vano : su sed atroz de sangre y de venganza pueden mas en él que la razon y la amistad : mas si este hombre furioso vuelve á levantar la espada para derramar la sangre del vencido , buscad compañeros de armas en el centro de los peñascos , donde tienen su guarida los rapaces lobos.

Evergétidas humillado á tan justos razonamientos , pero rebelde á toda razon : « Esparta , dijo , no respetó la inocente víctima que sacrificó á sangre fria , porque intentó correr en busca de su libertad. Esa infeliz Mesenia debia venir á mi tálamo , y yo he jurado vengar su muerte , no perdonando vida mientras mi acero brille fuera de la vaina . »

« Pues vuélvele á ella cuando pierdas de vista

al enemigo que puede defender su vida con sus armas, respondió Androclo; mas ¿qué tiene que ver con nuestra guerra la circunstancia de que te lamentas? Yo peleo por mi patria; mas por ninguno de vosotros levantaré mi brazo contra el débil anciano ni la flaca muger, cuya defensa es el llanto, que dispierta la piedad en el corazón del guerrero verdaderamente grande: derramaré la sangre del enemigo, pero en el claro campo, en donde es asequible y honrosa la venganza, y se consigue la gloria, que esta es la justa ley de la guerra; no en el seno de las familias desoladas, destituidas de apoyo valedor, y del fuerte sosten de sus esposos y de sus padres.»

Aristomeno reprendió la conducta de Evergétidas y procuró reconciliarlo con sus amigos. Con la aurora salió de Phara con su ejército y un rico botín, llevando en rehenes algunas mugeres y niños.

Mientras que una parte de sus tropas empezaba á entrar en un desfiladero, y seguia el resto custodiando los carros, se oyó de repente la trompeta de los Espartanos. Anajandro en el momento que tuvo noticia de la expedicion de los Mesenios, reunió su ejército, se puso en diligente marcha caminando toda la noche con celeridad, y ya que no era tiempo de defender á Phara, resolvió preparar una emboscada en el hondo desfiladero que empezaban á penetrar los Mesenios,

con ánimo de despojarles del botin , y derrotarlos completamente. Mas Androclo , que mandaba la vanguardia , divisó las tropas de Anajandro á poco de haber andado por lo interior del desfiladero , hizo alto , y dió aviso de la novedad. El rey de Esparta , viendo fallida su estratagema , mandó sonar la trompeta del combate , y trabóse la mas reñida y sangrienta pelea. Androclo subió dos veces al combate , mas fué rechazado otras tantas , no pudiendo contrarestar el número de sus enemigos , que peleaban ademas con tan desproporcionada ventaja. Gorgo , acostumbrado á trepar las inaccesibles alturas del Taigeto , empezó á encaminarse á la cumbre con la velocidad del rayo , seguido de Androclo y de la tropa de cada uno. Atacaron con ímpetu , y en lo mas empeñado de la accion divisó Gorgo á su padre en lo alto del monte atacando vigorosamente al rey de Esparta. Allí está mi padre , iba á gritar á los suyos , y lo vió caer herido por Anajandro. Oh dioses! exclamó , corriendo desesperado á prestar auxilio al Apetida. En un instante se halla en el centro de la refriega , sembrando la muerte por donde dirige su carrera. El rey iba á precipitarse sobre el cuerpo del Apetida , y Gorgo llega en el mismo momento : levanta su vigoroso brazo , y lo descarga con toda su fuerza sobre Anajandro , que cae á su vez , sin haber advertido su peligro. ¿Quién eres , jóven atreyido? le dice , y toma una

actitud digna de un héroe desgraciado, para recibir la muerte que creia inevitable. Soy un Apetida, le responde Gorgo, que corre á salvar á su padre, y te deja vivir puesto que yaces indefenso. Anajandro llegó á envidiar el language y la conducta de su enemigo, y admiró su valor y su generosidad.

Gorgo encargó sus tropas á Teoclo para que persiguiese y desbaratase las ya desordenadas de Anajandro, tomó á su padre en sus brazos, y lo llevó á una altura inmediata, á donde fué seguido al momento de los sacerdotes y comitiva del Apetida.

Los Espartanos despues de haber hecho heroicos esfuerzos para salvar á su rey, se retiraron; y los Mesenios tomaron otra vez el camino de Andania.

La herida que habia recibido Aristomeno fué muy leve y pronto estuvo en estado de tomar las armas. Quiero yo mismo, dijo, llevar á Esparta la noticia de haber recobrado la salud: dispuso lo necesario para el proyecto que resolvía en su mente, y salió en breve con lo mas selecto del ejército. Mandó hacer alto en un valle cerca de Andania, y habló á sus tropas estas pocas palabras. Os llevo á una grande y aventurada empresa: el que no se sienta con valor suficiente para arrostrar los mayores peligros, y quizas la muerte, debe quedarse. Todos á una

voz respondieron que no conocian el peligro ni el temor en donde se hallaba el Apetida.

Subieron al monte, ignorando todos la intencion de Aristomeno, y sin que este dejase descubrir el menor indicio de su plan. Al segundo dia dijo Androclo á sus amigos, Gonipo y Gorgo: Segun el camino que llevamos, nos dirigimos á Esparta; es verdad que si es asi, la empresa no solo es peligrosa, sino aventurada y temeraria. Despues de varias reflexiones se determinaron ir en busca de Aristomeno, y Androclo se atrevió á preguntarle, si era cierto lo que ellos habian colegido. Estoy pronto á morir contigo, Apetida, añadió, pero conozco que no es oportuna la ocasion de atacar á Esparta en sus propios muros, esponiéndote á perder la flor del ejército, de cuyos esfuerzos pende nuestra salud. Aristomeno les dió una contestacion ambigua y nada concluyente, separándose de ellos, y mandando hacer alto para esperar la noche, pues iba ya obscureciendo.

Todo el ejército se sentia fatigado de la larga marcha de aquel dia, y nadie pensaba sino en entregarse al reposo, aunque sobre la desnudez de las duras peñas. Aristomeno era el único que no podia concederse al descanso: vagaba solo por el campo; miraba acaso por primera vez aquellos gallardos jóvenes que dormian tranquilos, abrazados con sus armas; y escuchando la sen-

sibilidad decia entre sí : mañana, ¡cuantos de vosotros encontraréis la tumba en Esparta! Gorgo dormia profundamente, apoyada la cabeza sobre su escudo, asiendo con la mano el puño de la espada : Acercósele Aristomeno, y oyó que balbuciaba en poco inteligibles palabras el nombre de Zeona. ¡Qué contraste! exclamó, mis sueños son batallas, y los suyos juegos de amor. ¡Oh hijo mio! cuan tranquilamente cerraste tus inocentes ojos! quizás mañana.... Fatigado al fin del continuo ejercicio, y de sus mismos pensamientos, retiróse á corta distancia, se reclinó sobre una peña, y quedó dormido.

A pocos momentos juzgó ver al sacerdote de Minerva, que le fué enviado por los Éforos de Esparta, no ya con el ramo de olivo, y brindándole la paz, de que era mensagero, sino sacudiendo la antorcha de las furias con que lo habia amenazado. Aparecióronsele despues Castor y Pólux, vedándole con terribles amenazas pasar de allí, y vaticinándole los mas desastrosos azares, si seguia con el proyecto de encaminarse á Esparta.

Dispertó sobresaltado : empezaba ya á clarear la aurora, mandó poner el ejército sobre las armas, y convocando á Gorgo, Ándroclo y Gonipo, les dijo que efectivamente habia sido su ánimo dirigirse á la odiada capital de los enemigos, pero que habiendo calculado las dificultades

con mayor pulso, y tomado en consideracion las razones que le habian espuesto el dia ántes, determinaba suspender el proyecto hasta mas feliz coyuntura.

Emprendieron en seguida la marcha, y al pasar por las inmediaciones del templo de Diana, situado no muy distante de la ciudad de Caria, oyó el Apetida grande algazara y alegres cantos. Eran las doncellas de Caria y de los lugares vecinos que celebraban la fiesta de Diana. Aristomeno dispuso que parte del ejército entrase en la ciudad, y envió á Gorgo con un fuerte destacamento al templo. Estaban las jóvenes entregadas al mas alegre regocijo, bailando al agradable son de las flautas, cuando de repente oyeron el sonido de las trompetas mesenias: helóscles la sangre en las venas, y saliendo súbitamente del primer estupor, corrieron atropelladamente sin saber adonde, precipitándose unas en los brazos de los sacerdotes, otras corriendo en busca de sus padres ó de sus amantes: mas ¡ay! estaban estos desarmados, y los furiosos Mesenios entraban ya con las espadas desenvainadas. En vano las infelices pedian socorro á los dioses: las lanzas de los Mesenios habian rodeado el lugar, y no habia medio de salvarse del terrible desastre que les amenazaba. Uno de los padres de aquellas desgraciadas, desesperando poder enternecer á sus crueles euemigos, arrebató

furiOSO el acero de un descuidado Mesenio , y despues de haber hecho todos los esfuerzos que puede prestar el furor y la desesperacion , quando advirtió que no podia defenderse por mas tiempo , clavando la espada en el seno de su hija: Sal, hija, exclamó, de esta vida con honor , y se atravesó en seguida el pecho con la misma , sin que fuesen bastantes á contenerlo , ni sus amigos , ni los mismos soldados que lo rodeaban.

Entonces adelantóse Gorgo , é imponiendo silencio á la multitud exclamó en alta voz : Espartanos, no querais haceros mas desgraciados de lo que disponen los dioses. Yo os juro por los de mi patria , que el honor de estas doncellas nos será tan sagrado , como si estuviesen depositadas en el mismo templo de la terrible Céres : no probeis defenderos , pues os es imposible , y el Apetida se ha apoderado ya de la ciudad. Las doncellas vendrán con nosotros , y se os entregarán mañana , viniendo con su rescate. ¡Oh dioses! exclamaron los Espartanos , nosotros fiamos en tu palabra , y admitimos tu sagrado juramento: todas nuestras fortunas serán pequeño precio para el rescate de su honestidad : abrazaron á sus hijas , y las dejaron partir con el cuerpo de tropas que mandaba Gorgo.

Asi que se hubieron alejado un pequeño trecho del templo , hizo alto Gorgo , y dió esta orden á los suyos : Mesenios , el primero que se atreva

á tocar el velo de estas doncellas, debe saber que perderá en el mismo instante la vida á los filos de mi espada : yo os lo juro por la casta Diana, y por los dioses que venera la Mesenia. Siguiéron pues su marcha hácia el monte , procurando Gorgo consolar á sus prisioneras que iban llorosas , y apenas tenían aliento para seguir su lenta marcha.

«¡Oh Androclo! prosiguió despues dirigiéndose á este , mi corazon se halla oprimido , y me pesa no pocas veces de vivir. ¡Cual seria el primer hombre que suscitó la guerra y la necesidad de los combates para disfrutar de la vida ! Ay amigo ! cuando vivia solo en el Taigeto , ignorando que era Mesenio , ni que habia una Esparta..... ¡ Oh cielos ! cuando volveré á gozar de aquellos dias dichosos y tranquilos ! cuan gozoso me sumergiría en la mas obscura morada, lejos del comercio de los hombres , á trueque de no manchar jamas mi acero con la sangre de mis hermanos ! Oh dioses ! Está escrito asi en el eterno libro de los hados ! No puede el hombre salir de la cruda alternativa de vivir solo entre áridas y escabrosas peñas , ó de verter su propia sangre ! Todavía resuenan en mis oidos los terribles ayes de aquellas desdichadas , al apercibirse de nuestra llegada ! Observo todavia aquella malhadada doncella exalando el postrer aliento por la horrorosa herida que abrió en su seno el mortal mismo que le dió

el ser! ¿Quién armó el brazo del padre contra el pecho de la hija? Quien obligó á la víctima á besar la diestra que cortó el hilo de su flaca existencia? ¡Oh dioses! borrad tan cruel imágen de mi memoria!»

Abrazólo Androclo enternecido, tocado de tan filantrópicas ideas, y siguieron discurrendo sobre el mismo asunto, hasta que llegaron á Dera, al ponerse el sol, que era el lugar adonde se encaminaba el ejército.

La custodia de las prisioneras quedó al cargo de Gorgo, y su primera diligencia fué buscar un lugar cómodo y seguro, para que pasasen la noche del modo menos penoso, y con toda seguridad: condújolas pues al parage preparado, dirigiéndoles afectuosos discursos, y prodigóles todo su esmero y toda su atencion, colocando en la entrada una guardia de Mesenios, para que descansasen sin temor del mas leve insulto. Retiróse satisfecho, y entregóse al descanso sin el menor cuidado: mas á cosa de la media noche unos terribles alaridos lo despertaron con sobresalto: echó mano á la espada, y salió presuroso á informarse de lo que pasaba: encaminóse al lugar en que tenia depositadas á sus prisioneras, mas ¿cual fué su admiracion cuando notó que las voces salian de allí mismo? entró sin detenerse un momento, y quedó atónito y turbado al ser testigo de la osadía de algunos Mesenios

que habian lógrado introducirse , é intentaban forzarlas. ¡Miserables! exclamó lleno de furor, ¿asi pretendeis burlar mi vigilancia? puede cometer tal profanacion un Griego, un Mesenio? Quedaron todos suspensos y consternados, pero uno de aquellos atrevidos dirigiéndole la palabra, depuesto todo pudor: ¿no son nuestras, le dijo, estas jóvenes? La mas exaltada indignacion se apoderó del ánimo de Gorgo á tan imprudente osadía, y en vez de contestarle, le atravesó el pecho con su espada, sin que pudiesen evitarlo Androclo ni el Apetida que ya habian acorrido á la novedad. ¡Oh padre! ¿No bastan los horrores que trae consigo la guerra en el campo que llamais de la gloria? Por todas partes hemos de destruir y profanar? Todos los crímen es nos serán permitidos? Salid de aqui, infames, exclamó el Apetida, y desenvainó su terrible acero. Huyeron al punto los agresores de aquel atentado, y las jóvenes se precipitaron á los pies de Gorgo. No, desvalidas doncellas, levantad, les dijo este, nosotros debiéramos postrarnos confundidos, por que son Mesenios los que intentaron ofenderos. ¡Oh padre! concédeme estas inocentes, déjame disponer de su destino; yo te lo ruego por la justa causa que defiende la Mesenia. Sonrióse Aristomeno, quedóse un instante pensativo, y al fin le hizo la gracia que pedia.

Fuera de sí de puro gozo, manda poner á sus

soldados sobre las armas ; circunda á sus protegidas , hace encender infinidad de teas , y acompañado de Androclo , emprende la marcha para Caria. Caminaron el resto de la noche diligentemente , y apenas apuntaba el alba , cuando divisaron un grupo de gente que venia hácia ellos : mandó Gorgo hacer alto y reconocer el campo , y su descubierta le avisó que aquellas gentes eran los padres y allegados de sus prisioneras , que venian con dinero y joyas para su rescate. Mandó que fuesen conducidos al momento , y los introdujo en el círculo en que estaban aquellas reunidas. No bien las divisaron los infelices padres y consternados amantes , que salieron las lágrimas á publicar su contento , y corrieron las gozosas doncellas á estrecharlos en sus brazos , contando atropelladamente todas las circunstancias ocurridas desde el punto de su infausta separacion. Conmovidos los pechos de los recién llegados , al exceso de la generosidad del compasivo Gorgo , se precipitaron todos á sus pies , que inundaron de lágrimas , ofreciéndole cuanto traian , y cuanto poseian. Las doncellas afectadas del mas puro reconocimiento , abrazaban sus rodillas , haciendo fervorosos votos por su vida , y por su fortuna. Enternecido Gorgo á tantas demostraciones de gratitud , se echó en los brazos de Androclo para reprimir el llanto que regaba sus mejillas. No quiso admitir res-

cate alguno, y solo partió con Androclo los tiernos abrazos y las lágrimas de las doncellas y de sus parientes al despedirse.

Retiráronse los dos amigos al punto, siguiendo el movimiento que hacia el ejército que continuaba para Andania. Como Itoma distaba muy poco de esta ciudad, Gorgo quiso aprovechar esta coyuntura para dar un abrazo á su amado Manticlo, y se encaminó allá. Llegó á pocas horas, fué corriendo á la tienda de su amigo, y le encontró con su amada Aretusa en la cabecera del lecho. Cualquiera que la hubiese visto ahora, tímida y vergonzosa, y hubiese oido su dulce voz, no hubiera creído que su hermosa y delicada frente hubiese llevado el casco, y sus blandas manos manejado la ominosa espada. ¿Por qué no he de ser yo tan feliz como vosotros? exclamaba al contemplar la tranquila satisfaccion de los dos amantes. Sin el ódio inextinguible de mi padre contra Esparta, acaso los dioses me hubieran colmado tambien de tan suprema dicha. En fin, despues de haberse contado mutuamente los acontecimientos mas interesantes que habian tenido lugar desde su separacion, se despidió Gorgo de la pareja, y regresó á los reales, adonde lo llamaba su deber.

este signo, y solo partió con Andrónico los
tiernos albos y las lágrimas de las doncellas y
de sus parientes al despedirse.

Reconoció los dos amigos al punto, reconociendo
el movimiento que hacia el ejército que conti-
nuaba para Andania. Como lo era distante muy
lejos de esta ciudad, Gorgo quiso proveer por
este camino ~~una casa para su padre~~
Manticlo, y se encamaron allí. Llegó a horas ho-
ras, y se corrieron a la tienda de su amigo,
y le encontró con su esposa Aretusa y la ca-
mista del tierno. Camaradas por la habida visto
antes, traman y vergonzosa, y habiéndose oído
su dulce voz, no pudieron creerlo que se per-
tencia y dicesse, pero habiéndose llevado el caso,

Casi todos los días tenía que acompañar al
monte á su padre, con lo que repetía sus visitas
al tierno Manticlo, y á la fina Aretusa, los
cuales recibían un nuevo placer cada vez que
lo veían entrar en su tienda. Aristomeno iba
en busca de algún lugar retirado é inaccesible
con el objeto de fortificarlo y abastecerlo, para
que sirviese de fuerte inespugnable á las muge-
res y á los tesoros en caso necesario. Ya había
observado un lugar á propósito, pero el camino
era áspero y escabroso, y frecuentemente impe-
netrable por el espeso matorral que lo rodeaba.
Gorgo que conoció la intencion de su padre, se
adelantó algunos pasos, y despejando el camino

con su espada, derribaba las zarzas y las malezas, para que su padre lo pudiese seguir con desembarazo. Llegada la noche se retiraron satisfechos, proponiéndose seguir la empezada senda hasta dar con el lugar que Aristomeno buscaba. Al amanecer del dia siguiente se encaminaron al mismo sitio, y cuando Gorgo se preparaba para empezar la operacion, notó que el camino que habia abierto la víspera estaba obstruido con ramas y piedras amontonadas: hizolo observar al Apetida, y ambos convinieron en que aquella soledad debia estar habitada. Incitados por la curiosidad, trabajaron uno y otro con mas ardor, por mas que las dificultades que presentaba el terreno eran cada vez mas insuperables, pues al par que se iban internando, mas espeso y mas duro se ofrecia el matorral: por fin, despues de penosísimos esfuerzos alcanzaron la cima de la peña, y distinguieron con admiracion por entre la verde yerba vestigios recientes de alguna persona: estendieron la vista con curiosa diligencia, y en efecto observaron á poca distancia un reducido círculo de terreno cultivado, y una pequeña choza cubierta de musgo, apoyada en la misma peña. Paráronse atónitos, y miraron al rededor por ver si descubrian algun habitante; pero el mas imponente silencio reinaba en la soledad. Resolvieron pues dirigirse á la choza, y al llegar á corta distancia, una saeta

disparada del punto á que se encaminaban, atravesó el escudo de Gorgo. «No profaneis este lugar, dijo una voz obscura y bronca, ó seréis víctimas de vuestra osadía.»

«¿Quién eres? exclamó Gorgo: déjanos llegar; somos hombres, somos Griegos. ¡Hombres! replicó el incógnito con notable despecho, si lo sois y hay en vuestro pecho alguna sensibilidad, dejad estas peñas. Nada hallaréis aquí sino el sepulcro de un infeliz.»

«Pues bien; deja que lleguemos á ofrecerte nuestros socorros, no temas. ¡Yo temer! Aquí á mis pies se halla un hondo precipicio, que está pronto á recibirme si dais un paso mas.»

«Vive pues, infeliz, dijo Gorgo, pero ¿es tanta tu infelicidad que de tál modo hayas perdido la esperanza, y huyas así de tus semejantes? Aquí nos ves armados, y no nos falta valor: di, ¿qué quieres que hagamos por tí? Si nuestros oficios no te pueden prestar ningun alivio, tambien verterémos lágrimas para consolarte.»

«Todo lo que podeis hacer por mí, respondió el incógnito, es dejarme solo, y callar á todo el mundo el lugar de mi morada.»

Entonces abrióse la puerta de la choza, y salió de ella un venerable anciano: echó una mirada sobre Gorgo y despues sobre Aristomeno, y les dijo: entrad: cuando hayais reposado, volved sin procurar encontrarme. Entonces Aris-

Tomeno se adelantó hácia el camino que iba á tomar y le dijo : No , respetable anciano , no hemos venido á sacarte de tus hogares : quédate en la choza , que si tanta es tu obstinacion en negarnos un asilo , sabrémos volvernos sin desalterar la sed que nos atormenta.

Gorgo , interin el discurso de su padre y la perplejidad del viejo , se habia adelantado en términos , que al concluir Aristomeno sus últimas palabras ya estaba á su lado ; y con aquella afectuosidad é interesante candor que lo caracterizaban , le tomó una de sus manos y le dijo : ¿Qué desgracias ¡oh anciano ! pesan tan crudamente sobre tí , que de ese modo te niegas al trato de los hombres , llegando tu misantropía hasta el exceso de armarte contra la vida del que viene á consolarte , ó de atentar contra tus mismos dias ?

« ¡ Ah ! » exclamó el viejo , y bajó la cabeza.

« ¿ Murieron tus hijos en las batallas ? dijo Gorgo ; tus hijos serian tu única esperanza , y jóvenes como yo... ¿ Perdiste acaso una madre tierna , ó una virtuosa esposa ? ».....

Á estas palabras levantó el anciano los ojos , miró enternecido á Gorgo , y prorumpió en el mas acerbo llanto.

Gorgo conmovido en sumo grado , lo abrazó con la mayor ternura , y esforzándose en aliviar el enorme peso que oprimia el corazon del anciano.

no : habla, le decia, ¿ quien eres? quien ha causado tus desgracias? reconoce en mí á un hijo que te dejaron los dioses. El anciano suspensó iba á abrir los brazos para estrechar á Gorgo en su pecho, pero los dejó caer abatido, y como desaprobando la involuntaria accion que habia principiado. Si te reusas, continuó Gorgo, al amor que debe todo mortal á sus semejantes, defiende á lo menos con razones justas el ódio singular que les profesas.

«¡ Oh! contestó el anciano, mis deseos fueran tener aqui reunida á toda la Grecia para que escuchase la causa de mis desgracias; mas oidlas vosotros, y juzgad de los motivos que tendré para amar á mis semejantes.»

Sentárouse entonces los tres debajo de una copada encina, y el anciano habló asi: Mi nombre es Othriado, y mi patria Esparta. Cuando jóven fuí el mas feliz de los mortales: caséme con una Espartana bella y virtuosa: cuando estalló la guerra contra Mesenia tenia ya dos hijos, y en el curso de la misma tuve otros siete. El ruido de las armas, el furor de los combates, y la sangre derramada en el campo de batalla, embriagaban mi alma. Mi padre cayó herido en una batalla al lado mio: eché una mirada sobre él, y continué peleando. ¡ Ay de mí! Miraba con enjutos ojos los campos asolados, los templos destruidos y presa de las llamas, y las ciudades reducidas

á escombros : oia sin palpar los llantos de las viudas y de los huérfanos , y la desolacion de las esposas y de los ancianos : los horrores de la guerra eran el encanto de mis dias , y la destruccion y la muerte los inhumanos deseos de mi bárbara condicion. ¡ Infeliz ! yo no sabia que el destino aguzaba contra mí la terrible espada de la impiedad , que era la misma que yo blandia. Mi hijo mayor acababa de salir de la adolescencia , y al punto lo conduje al ejército para que hiciese sus primeros ensayos bajo mi direccion. En vano su madre me pidió anegada en llanto , que lo dejase un año mas á cuidar de nuestros lares ; en otro tiempo no habria sabido reusarme á las súplicas de mi esposa ; mas entonces desprecié con endurecido corazon sus copiosas lágrimas , me hice sordo á sus penetrantes gemidos. La guerra se hacia cada dia mas interminable , y sus pesares y sus temores se aumentaban cada dia. ¡ Ah ! me decia á menudo, el ejercicio de las armas te hace duro , inhumano é intratable ; cata ahí por qué no te dejaste tocar de mis llantos. Mas ¿ como podrá respetar las lágrimas , el que se sonrie al ver correr la sangre ? ¡ Oh guerra ! detestable guerra ! tú rompes los mas estrechos vínculos de la naturaleza y del amor.

« Los enemigos ya no huian como habian hecho hasta entonces ; nos esperaban á pié firme , y no

pocas veces nos forzaban y rompían las mas aguerridas falanges. Aristodemo, que despues fué rey, hacia estragos en el campo de batalla. En la primera accion en que se halló mi hijo, penetró aquel guerrero en nuestros espesos batallones, y mi hijo fué uno de los que perecieron á los filos de su espada. Mi esposa habia seguido el ejército, y corria de fila en fila con imperturbable serenidad buscando á nuestro hijo: llega al lugar en que estaba dando el último suspiro, y cae desmayada á su vista. Agitado mi pecho con los encontrados afectos de amor y de venganza, estaba indeciso, en si iria á socorrer á mi esposa, ó me precipitaria sobre el asesino; mientras me hallaba en tal incertidumbre volvió en sí mi desgraciada esposa, y corrí á estrecharla en mi seno; mas ella horrorizada y furiosa me repelió de sí, mirándome con ominosa indignacion; y así que pudo dar libre curso á sus palabras: *¡Oh dioses! esclamó, castigad al matador de este inocente, y si tiene hijos, que él mismo les traspase el corazon con impia mano:* y precipitóse sobre el cadáver de su hijo. Volviendo á incorporarse y dirigiéndose á mí: *Tú, esclamó, tú has completado el esterminio y la desolacion de tu familia; tiempo es que recojas el fruto de tus obras: la guerra ha sido tu deleite y tu placer, sea ella tu cruel azote.* Al concluir estas palabras se apoderó del dardo que

todavía conservaba asido la yerta mano de mi hijo, y clavándoselo en el pecho, espiró sobre su cadáver. Los dioses atendieron á sus súplicas: Aristodemo dió muerte á su propia hija, y yo... yo... ¡oh cielos!»

«Los dioses oyeron su súplica» repitió Gorgo, mirando á su padre, que escuchaba inquieto y conmovido.

Othriado estaba muy lejos de pensar que tenia en su presencia al nieto de aquel mismo Aristodemo, y continuó asi.

«Todos los castigos que la cólera de los irritados dioses envian para azote de los mortales, son nada en comparacion de los que produce la guerra: ella vierte el ódio en los corazones que los dioses y la naturaleza formaron para el amor, y arrastra al hombre á los mas inauditos crímenes y maldades. Sin poder atender á mis hijos menores, dispuse fiarlos al cuidado de una hermana mia, que vivia fuera de Esparta en una pequeña aldea. ¡Oh! como despedazaron mi corazon al preguntarme por su madre y por su hermano! preparad vuestra atencion para oir nuevos desastres.»

«Entre los confines de mi patria y del territorio de Argos está situada la ciudad de Tirtea: la posesion de esta plaza dió origen á nuevos y sangrientos combates entre ambos pueblos. Murieron millares de combatientes para determinar

si los límites debían estenderse mas acá ó mas allá de Tirtea. Salí ansioso con el ejército, creyendo que con la sangre que iba á hacerse correr, aplacaría las irritadas sombras de mi muger y de mi hijo : ¡ ah hombres crueles y sedientos de sangre! ojalá hubiese abandonado para siempre aquel teatro de horror y de desolacion, convirtiéndome al cuidado de mi malhadada familia! Estaba cerca de Argos, cuando llegó la infausta nueva de que los Mesenios habian invadido el territorio de Esparta talando y destruyendo los campos y las aldeas de la comarca. Corrí sobresaltado hácia el lugar en que posaban mis inocentes hijos, mas ¡ ay! no hallé mas que los escombros, y las recientes cenizas; su existencia habia desaparecido, y con ella la de los seres mas caros á mi corazon trabajado : jamas supe pesar el valor de una esposa amable, y de unos hijos tiernos, hasta despues de haberlos sacrificado á mi inhumana condicion. Todos los habitantes habian huido, y solo se veian cadáveres en medio de aquellas ruinas. Encontré por fin á un anciano que venia á llorar sobre su choza destruida, y me contó los escesos y desastres que completaron los Mesenios, sin respetar á sexo ni á edad, á los gritos de venganza por Anfea. Todos mis hijos con mi hermana habian perecido. El dolor y la desesperacion se apoderaron de mi alma. Nada mas, exclamaba, pue-

de robarme la guerra, y esta miserable existencia que me resta quiero consagrarla á las mas inauditas venganzas. El anciano, mirándome sombríamente. *¡Qué! me dijo, venganza! ¿y tus paisanos no tienen hijos que perder? La venganza que tú tomes clamará por otra venganza, y la sangre que derrames por otra sangre:* y se apartó de mí llorando. ¡Ah! ¿por qué no escuché en aquel instante la voz de la razon? Pero repetí mis juramentos, los guardé constantemente, y fuí con todo mil veces mas infeliz. Regresé al punto al ejército, sediento de estragos y de sangre. Acababa de estipularse en el campo, que trescientos guerreros escogidos por cada uno de los beligerantes debiesen decidir en combate parcial, cual de los pueblos habia de quedar dueño de Tirtea. Regularmente tenia que ser reñido y sangriento el combate: la ocasion hablaba á favor de mis deseos: todo lo habia perdido; la vida me era odiosa, por consiguiente me ofrecí al punto á ser uno de los combatientes, y fuí realmente admitido.

«Los dos ejércitos se retiraron del territorio de Tirtea, y solo quedámos en la llanura los trescientos Espartanos y los trescientos Argivos, dispuestos á principiar el combate. Fácilmente podeis adivinar con cuanta animosidad y furor llegámos á las manos: no se oian mas que los horribles gritos de muerte y desesperacion. La

fuga era imposible, la muerte inevitable al vencido. Ya estaba el campo cubierto de cadáveres, y solo quedábamos unos diez Espartanos, con otros tantos de nuestros contrarios. Rendidos y aniquilados seguíamos el obstinado combate, cuando fuí herido y caí exánime: solo quedaban dos Espartanos y dos Argivos, todos heridos, que cayeron igualmente postrados; mas estos dos últimos tuvieron aliento para levantarse, y recobrando algo de sus perdidas fuerzas, determinaron presentarse á los jueces, gritando *victoria*. Volví en mí á sus gritos, levantéme con indecibles dolores, y reuniendo los escudos y las armas esparcidas en torno, los coloqué en forma de trofeo, y escribí con mi propia sangre. *Esparta vencedora, dedica esta ofrenda á Jupiter que le dió la victoria*. A la llegada de los jueces al campo resonaron las trompetas de ambos ejércitos, y se encaminaron al lugar de la sangrienta lucha: mas luego que los Espartanos observaron el trofeo, y me reconocieron vivo, me preguntaron las circunstancias de la pelea, y yo les dije: *Nadie venció completamente á su adversario; los dos últimos heridos resolvieron dejar el campo, creyendo haber conseguido la victoria: yo preferí quedarme y levantar este trofeo, lisongeándome de haberla conseguido, pues soy el último que quedé en él, sin que nadie me haya impedido dedicar mi*

ofrenda. Suscitóse al punto nueva disputa , pero los Anfeenses que fuéron elegidos árbitros , la decidieron á nuestro favor. Quedó nuestra la ciudad de Tirtea , y yo fuí conducido á Esparta coronado de laurel , y entre vivas y aplausos que de todas partes me prodigaba el pueblo alborozado. ¡ Ah ! toda la fama y gloria adquirida la habria dado por un hijo. Sentia con todo los mismos deseos de venganza , y no me hallaba contento sino en el horror de los combates. Un dia que incendiámos una aldea mesenia despues de haber degollado á sus habitantes , observé dentro de una choza que iba á desplomarse , á una niña de edad de algunos meses : estaba la inocente tendida sobre una estera , mirando con alegres ojos las instables llamas que consumian su albergue , y tendiendo las tiernas manos como para alcanzarlas : precipitéme por entre las llamas , y la tomé en mis brazos : se sonreia , y me pareció que proferia el nombre de padre. Sentíme algo conmovido , y reproché mi sensibilidad , mas no pude desprenderme de ella , y determiné salvarla. Aquella niña fué despues la que me reconcilió con los hombres. Cuando regresámos á nuestros cuarteles la llevé conmigo á Esparta.

Por aquel tiempo cayó Itoma , y con ella el imperio de la Mesenia. Puse todos mis esmeros en educar á la niña que habia salvado de las

llamas , y la amaba como si fuese hija mía : me figuraba encontrar en ella á mis hijos y á mi muger , y todo cuanto habia perdido : callaba su patria porque el ódio de Esparta era demasiado terrible contra sus paisanos , y nadie sino yo sabia el lugar de su origen. Llegó á cumplir los quince años y determinaba casarla , pero en el momento que descubrió mis deseos se precipitó en mis brazos , rogándome encarecidamente que no dispusiese de su mano sin su voluntad. Insistí en mi pretension, y me juró con la mayor ternura , que el dia que debiese separarse de mi lado , aunque sabia que no era su padre , seria el postrero de su existencia. Mis lágrimas corrian por mis mejillas al considerar cuan dignamente recompensaba aquella virtuosa jóven los esmeros con que cuidé de su infancia y juventud ; pero todavía me faltaba recoger el mayor de los premios imaginables , y que no me habia atrevido á desear , que era su cariño , su mas sincero amor : en efecto , entre sus lágrimas , entre su rubor y sus suspiros me fué dado penetrar que me amaba : ofrecíle entonces mi mano , y fué el mas feliz de los mortales. Solemnicé sin pompa tan afortunado himeneo , y solo cuidé en adelante de formar la felicidad de mi tierna esposa , que colmó todos mis deseos y todas mis fortunas , dándome una hija. Mas ¡ ay ! los dioses me enseñaron la

felicidad , como el rayo enseña la luz al atónito viagero que se halla perdido en el interior de un bosque en negra y tormentosa noche , para sumergirlo en mayores tinieblas. Habia mas de veinte años que habia cesado la guerra , y todavía subsistia el ódio contra los infelices Mesenios en el corazon de los Espartanos. Acusáronme ántes los Éforos porque me habia casado con una Mesenia. Mi corazon se estremeció al escuchar la inesperada nueva , y corrí al tribunal con esperanza de conmover el corazon de los jueces : entré con serenidad , conté con sencillez el suceso de mi matrimonio , y logré enternecerlos : mas ¡ ay ! el pueblo cruel corrió en busca de mi muger y de mi hija , y los ví entrar en el tribunal rodeados de la frenética muchedumbre que pedia el cumplimiento de la ley. ¡ Oh dioses ! ni la proteccion de los jueces , ni mis suspiros y fervientes súplicas , ni los sollozos de las dos infelices pudieron ablandarlos , y se decretó su sentencia de muerte. ¡ Qué ! exclamé entonces ; mi padre , mi muger , nueve hijos que me dieron los dioses , todo ha sido sacrificado en vuestras guerras ; todo lo dí por mi patria ; yo os conservé á Tirtea con la última gota de mi sangre ; ¡ y ahora quereis privarme de lo único que me tiene unido á la vida ! En vano mi esposa se deshacia en llanto abrazada con su hija : en vano levantaba yo mis vo-

tos y mis clamores al cielo. Los inhumanos se adelantaron para apoderarse de mi muger y de mi hija, y yo me precipité furioso sobre ellos; mas fuí agobiado por la multitud. *Adios*, exclamaba mi muger mientras la conducian al suplicio, *nos veremos en el Aqueronte en donde reina la justicia y no la crueldad.*

«Fuí desterrado para siempre de Esparta y conducido á los límites de la Mesenia: desde entonces me hacia estremecer la sola vista de un mortal, y determiné esconderme en las ásperas quiebras del Taigeto. Una noche que volvía de la caza encontré á un hombre sentado en este mismo sitio: *O tú, cualquiera que seas*, le grité, *abandona al punto este lugar, ó prepárate á recibir la muerte que corro á lanzarte con este dardo. Haz lo que quieras*, me contestó el forastero con la mayor serenidad é indiferencia; *ni me defiendo, ni me dispongo á evitar la muerte con que amenazas al mas infeliz de tus semejantes.* La frialdad con que pronunció estas palabras detuvo mi brazo: acerquéme, y reconocí á Agenor, uno de aquellos dos jóvenes Argivos que habian quedado vivos en el combate de Tirtea: su patria lo habia desterrado, y despues de haber recorrido toda la Grecia, venia á sepultarse en este sitio: la conformidad de nuestros destinos, y la noble causa de nuestra amistad, me decidieron á admitirlo en mi com-

pañía, y en efecto le ofrecí el asilo que buscaba.

«Plantámos el matorral al pié de esta peña para aislarnos enteramente: construimos esta choza, y cultivámos este jardin. Vivimos así algun tiempo felices y sin ningun contratiempo, hasta que la muerte vino en busca del solo mortal con quien partia mis trabajos. Agenor murió en mis brazos, sintiendo únicamente no haber muerto en el combate de Tirtea. Aquí puso fin Othriado á su narracion, y viendo que Aristomeno y Gorgo callaban, procurando ocultar las lágrimas que habian escitado en ellos tantas desgracias: «Enjugad el llanto, les dijo: ya he satisfecho vuestra curiosidad: pero juradme que no pronunciaréis mi nombre en vuestra vida, ni revelaréis á nadie mi existencia, ni el triste lugar de mi morada. Te lo juramos: pero todavía puede abrirse tu corazon al consuelo de una pronta venganza, contestó Aristomeno; te vengarás de Esparta, de Esparta cruel, que causó todas tus desgracias. No, guerrero, no late ya mi pecho por venganza, exclamó amargamente el anciano: aprenda la Grecia de mí á dar la paz y á mantenerla. ¿No soy yo el que me he vengado mil y mil veces, y con crueldad y con exceso? pues con todo ved ahí al mas infeliz de los mortales. Dejadme, dejadme vivir tranquilo en esta soledad: los cortos dias que me reservan los hados los consagraré á la triste memoria de

todos los míos, víctimas de esa ignoble pasión que exaltó mi pecho en mis pasados años. Gorgo se echó en sus brazos exclamando entre sollozos: anciano venerable y desgraciado, tus infortunios han penetrado hasta lo íntimo de mi corazón: cuando me vea obligado á desenvainar el acero, pensaré en tí, y con el ramo de olivo reinaré sobre mi pueblo. Yo soy el biznieto de Aristodemo, cuya descendencia se resiente todavía del ominoso influjo del astro en que naciera: esta circunstancia forma cierta conformidad con nuestros destinos: el amor te reconcilió á tí con los Mesenios, y el mismo á mí con los Espartanos: ¡ojalá pudiese reconciliarte con los hombres!»

Othriado les dió la mano, y saliendo de la choza se internó en el matorral: ambos Apetidas le dijeron adios, y se retiraron.

Caminaban los Apetidas en silencio, hasta que Aristomeno exalando un profundo suspiro, dirigió á Gorgo estas palabras: Son en efecto grandes las desgracias que afligen al anciano Othriado; pero todavía no es tan infeliz como tu padre. Los crueles Espartanos han esterminado á todos mis ascendientes y allegados: han convertido mi patria en cementerio, y buscan mi perdición, y la de cuantos me tocan y siguen mis banderas. No le es dado á un príncipe, sobre cuya conducta pesa la felicidad de sus pueblos,

abandonarlos en el peligro, ni consentir en su esclavitud; por donde me está negado hasta el triste partido de llorar en un desierto, á semejanza de aquel, los infortunios que me persiguen, y la desastrosa destruccion de mi tronó y de mi familia: mientras sufra en las cadenas uno solo de mis Mesenios, mientras el látigo de la servidumbre amague á uno solo de mis súbditos, no puedo abandonar el lugar que me asignaron los dioses, ni olvidar los deberes que me impusieron.

«No hay duda; oh padre! respondió Gorgo; pero á mi ver, atendiendo á las tristes circunstancias que nos rodean, acaso nuestras miras debian dirigirse mas á consolidar una paz, que á encender una guerra, cuyo futuro éxito está tan encomendado á la fortuna: acuérdate del sacerdote espartano con el ramo de olivo en la mano: ¿cuanta sangre no se ha derramado desde entonces? pasó aquella oportuna y feliz coyuntura; todavía retumban en mis oidos sus imprecaciones, y ¡ay de nosotros! pues fuimos los primeros en lanzar el dardo, y en oprimir al bridon con nuestros cuerpos sedientos de sangre. El pecho de Aristomeno se sintió agitado á la fuerza de los argumentos de su hijo, y no pudo responder, ni hacer mas que despedir algunos suspiros.

Gorgo aprovechando esta feliz ocasion con-

tinuó: ¿No has oído de la boca del experimentado Othriado, que la guerra es el mas funesto de los males? tú mismo puedes responder de la verdad de esta fatal sentencia: tu madre, tus abuelos, tus lares, todo ha desaparecido de la tierra por la espada de las furias: ¿esperas acaso ver el desangrado cuerpo del solo hijo que te reservan los dioses, arrastrado con escarnio por el campo de tus enemigos, despues que á sangre fria hayan embotado en él las cobardes lanzas? ó querrás que sobreviva para recibirte en su desesperado seno, cadáver sin sangre y desfigurado, sin que te puedan volver á la luz ni el fuego de sus suspiros, ni el raudal de sus infructuosas lágrimas? ¡Ah! ten tu acento, adorado Gorgo que me siento desfallecer, exclamó aqui Aristomeno abrazando á su hijo: cierra los ojos al porvenir, ya que que por nuestra desgracia perdimos el momento de conseguir una paz honrosa, y sin duda porque este fué el querer de los dioses.

«No, Aristomeno, prosiguió Gorgo, no se ha perdido todavía el momento de conseguir esta paz: el hacer una proposicion con dignidad y justicia al pueblo de Esparta, no es accion que nos humille ni degrade. Yo mismo seré el mensajero. A lo menos levantaremos de nuestras cabezas el terrible cargo que impuso el sacerdote de Esparta á los primeros que desenvainaran

el acero. Su intento era poner un término á los horrores de esta guerra: su resolución será, pues, dejarte reinar en tranquilos dias sobre tus pueblos, mas felices que ahora.»

Aristomeno no pudo negarse al partido que le proponia su hijo, y volviéndolo á abrazar: Pues sea, dijo, y algunas lágrimas corrieron por sus mejillas. ¡Oh padre! exclamó Gorgo transportado, ahora que veo correr tus lágrimas, te confieso que mil veces gemí en secreto por tu obstinacion en continuar una guerra de tan incierto término y suceso. Un príncipe vengativo y sediento de sangre, es semejante á la aparicion de un espantoso cometa que amenaza la destruccion de la tierra. Todos los ojos se dirigen á él, y el susto y el terror empeñan la curiosidad y admiracion. El amor de los pueblos es la mas brillante y rica diadema de los reyes: los votos, los cantares de sus súbditos, son como los que verifica una alegre familia, el dia en que festeja al mas venturoso de los padres.

«No hay duda, Gorgo, tus razones han sido un benéfico bálsamo para mi corazon; yo sabré merecer estos bienes que me vaticinas: sí, no lo dudes, disponte á marchar á Esparta con Pandion.»

Llegados á Andania corrió al punto la voz de tan inesperada determinacion, y todo el pueblo se reunió delante del alcazar del Ape-

tida para escuchar de su misma boca la deseada confirmacion de tan fausta nueva.

Aristomeno salió con Pandion que ya llevaba el ramo de olivo en la mano, mas el pueblo contento y transportado con la visible ostension del símbolo de la paz, no le permitió hablar, repitiendo con alegres clamores: *Paz! paz! viva el Apetida*. Las mugeres y los niños acompañaron largo trecho á los emisarios de la paz, bendiciéndolos y deseándoles feliz suceso. Al pasar Gorgo por delante de la peña en que tenia Othriado su cabaña, dijo entre sí: ¡ah! si pudieses verme ahora con el ramo de olivo en la mano, á lo menos entraria en tu pecho un rayo de alegría; y dirigiéndose á Pandion le dijo mostrándole el lugar: Allí vive el mas infeliz de los mortales: los mismos dioses no pueden acaso aliviarlo del peso con que lo agobian.

«No seas injusto con los dioses, respondió Pandion; la esperanza que nunca abandona al hombre, prueba la bondad de los dioses. Su pecho no la conoce, replicó Gorgo, y no es ya posible que vuelva á ser feliz.

«No sé de quien hablas, continuó Pandion; mas la esperanza no es un sentimiento gratuito que pueda desdeñar ó admitir el mortal á su antojo: los dioses nos la legaron en consuelo, y en los acasos mas desesperados de la vida nos comunicaron su instinto irresistible para encon-

trarlo, pudiendo realizar sus objetos á beneplácito de los mismos. »

Discurriendo sobre este asunto llegaron á Esparta, y habiendo sido introducidos en el tribunal, les preguntó el rey el objeto de su mensaje, y Pandion tomando la palabra, después de un breve discurso lleno de justicia y de razón, en el que hizo observar los beneficios que origina la paz y los desastres que trae consigo la guerra, concluyó diciendo: Hace poco que vosotros nos hicisteis proposiciones amistosas, después de un combate en que tuvisteis la desgracia de sucumbir; nosotros sin ostentar en este momento el título de vencedores, no nos desdeñamos de admitirlas, y aun de venir á proponerlas. Considerad que de todos los confines de la Grecia acorren á Andania nuevos guerreros, con el solo anhelo de pelear por la libertad; dejadla gozar á un pueblo digno de poseerla, y cesen desde este momento todas nuestras pretensiones: demasiado tiempo ha dividido el odio á dos pueblos que la naturaleza crió para amarse. Nuestro comun padre, el soberano Hércules, mira con desagrado desde el Olimpo, los campos teñidos con la sangre de sus hijos: Sed justos, Espartanos, y Mesenia no solo mantendrá inviolablemente los solemnes juramentos de nuestra reconciliación, sino que peleará por vuestros intereses, que serán de hoy mas los su-

yos. Yo soy el sacerdote de la terrible Cérés, y este el hijo del formidable y generoso Apetida.

Retiráronse los reyes con los Éforos al templo de Palas para deliberar, y dieron principio á la importante discusion. Las proposiciones de paz de parte del Apetida, cuyo ódio contra Esparta era tan notorio, parecieron á todos estrañas é inesperadas, sin poder comprender como despues de un triunfo, y tras tantos preparativos para guerrear, ofrecia esta reconciliacion. Persuadiéronse por lo mismo que alguna desgracia de consecuencias funestas affigia al pueblo mesenio, y que obligaba al Apetida á dar este paso contra su voluntad.

«Sea como quiera, exclamó el prudente Anajandro, yo soy de parecer que se admitan las proposiciones. ¡Cuanto no habrá costado al Apetida semejante resolucion, ora la haya adoptado por las circunstancias, ora sean los ruegos de su hijo los que hayan podido determinarlo!»

El otro rey Anajidamo se opuso abiertamente al parecer de su cólega, y concluyó asi: Padres del pueblo, tengo datos para vaticinaros la pronta caida de los Mesenios. Elia y Argos no pueden mandarles socorros: las Arcadios, sus únicos aliados, apresurarán su ruina; tengo importantes confidencias en Arcadia, y el mismo rey se dispone á servirnos.

Yo aborrezco la traicion, oh Éforos, repuso

Anajandro. Aristomeno aborrece á Esparta, es muy cierto, pero su pecho es noble y generoso, y con tal enemigo yo protesto de cualquier triunfo que no pueda conseguirse por las armas: mas quiero tener un enemigo generoso, que conseguir su abatimiento apelando á la traicion. Ya sé, Anajidamo, que el rey de Arcadia es tu amigo; mas no ignoras que los Arcadios quieren á los Mesenios, y que la misma traicion es en este caso dudosa: ninguna circunstancia ha variado desde que nosotros mismos ofrecimos esta misma paz que se nos propone; luego no hallo motivo para no concluirla.»

Anajidamo volvió á tomar la palabra, y valiéndose de lisongeros y artificiosos discursos, supo atraerse el voto de los Éforos, y unánimes resolvieron la guerra. Salieron todos del templo y se encaminaron á la plaza: Anajandro abrazó á Gorgo y le hizo sentir cuanto disgusto le cabia en que no se hubiese determinado la paz.

Anajidamo levantó la voz, habiendo impuesto silencio á la muchedumbre, y habló así: Mensageros, Esparta os anuncia que no debe de ningún modo transigir con sus súbditos: Que Mesenia vuelva á la obediencia, y le será perdonada esta rebelion. Esta es la respuesta que Esparta da al Apetida.

«¡Oh dioses! exclamó Gorgo, caiga sobre vuestras cabezas, ó injustos Éforos, la sangre que

va de nuevo á derramarse , y se disponia á salir con su compañero. Anajandro lo llamó entonces y le habló así : Antes que te vayas , amable Gorgo , toma el premio que tienes merecido : tú diste libertad á las doncellas de Caria ; Esparta no ha de ser menos generosa que tú : estas dos doncellas mesenias han sido hasta ahora mis esclavas ; tómalas : deban á tus virtudes su suspirada libertad. Gorgo enternecido le tomó la mano y le dijo : « ¡ Oh Anajandro ! admito este precioso don , sincero testimonio de tu generosidad : aunque el destino nos separe en este instante por razones de injusta política , nunca se borrarán de mi mente , ni tus facciones , ni tus virtudes , y siempre que me sea dado , te daré seguros testimonios de amor y de respeto. »

Adelantándose entonces Anajidamo y afectando afabilidad : Tambien , oh Gorgo , dijo , debo yo recompensar tu generosidad : Llévate esta jóven nieta de Damis , y Apetida como tú. Tendria unos once años cuando fué hecha prisionera ; su rostro era alegre como el claro cielo de la risueña primavera.

Ergóteles , hijo de Anajidamo , y de casi la misma edad , dejaba leer en sus inocentes ojos el dolor de la separacion. Sida , que este era el nombre de la jóven , se despidió de la reina y de las damas sollozando : suspiró al pasar por enfrente de Ergóteles , y abandonó á

pesar suyo el lugar en que habia sido esclava.

Cuando hubieron salido de Esparta, Gorgo se dirigió á Sida y le habló asi: Tierna jóven, tú sales de la tierra de tus enemigos con cierto pesar que me hace creer que está entre ellos el caro objeto de tu amor: ¿amarias tal vez á Ergóteles, el hijo del rey Anajidamo? Sida, ántes de contestar despidió un profundo suspiro, y le dijo: ¡Ay amable guerrero! que segun he oido eres de mi familia, Ergóteles es digno de toda la consideracion de parte de una esclava como yo, á quien tanto se ha esmerado en complacer y en servir: lo quiero como á un hermano con quien me he criado, y él me ama con iguales sentimientos: cuando murió mi madre, él fué el unico que me consoló: diariamente me traia flores y venia conmigo á esparcir las y á llorar en el lugar de su sepulcro: ¡ah! ¿crees tú que me hubiera dejado marchar á no estar convenida la paz entre Esparta y Mesenia, con lo que podrá venir á verme cuando quiera? ántes que me llevaran al lugar en que te he sido entregada, me lo afirmó llorando y me prometió venir pronto, y esto solo bastó á consolarme. ¿Mas por qué desvias tus ojos, y no contestas halagando mis esperanzas? ¡Pobre niña! respondió Gorgo, ignorando cuan funesta habia de ser á los suyos, si Ergóteles te ama, él hará por volverte á ver: los dioses no abandonarán

la inocencia, y algun dia serás feliz con tu amante. Sí lo seré, respondió ella llena de alegría; á tus palabras siento alentarse mi esperanza. En esto se habia ya puesto el sol, y Esparta habia desaparecido á sus ojos. Llegados á Andania, Pandion y Gorgo dieron cuenta de su mensaje, y cuando este estuvo á solas con su padre: No han querido que seamos felices, le dijo: Esparta insiste en hacer la guerra, pero la justicia está de nuestra parte. Ni ellos serán mas felices que nosotros, contestó Aristomeno: pronto experimentarán si somos esclavos, ó guerreros que sabremos conquistarnos la libertad. Han despertado al leon; presto escucharán sus espantosos rugidos. ¿Ves ahora? Asi obra esa Esparta, cuya conducta quieres defender.

Aristomeno hizo los aprestos necesarios para una campaña decisiva. Apenas salidos de la adolescencia, los jóvenes corrian á las armas inflamados del espíritu de libertad y de venganza. Las mugeres y niños fuéron transportados al otro lado del Pamiso, y en las ciudades fronterizas no habitaban mas que guerreros, que esperaban impacientes la primavera.

Gorgo condujo á Sida á la choza de Aretusa, y como aquella habia entreoido algo tocante á la situacion actual de los asuntos políticos entre los dos pueblos: ¡Ah! dijo al entrar, vosotros halagais mis esperanzas con la seguridad de una

paz que no ha de existir : si así fuese , Ergóteles habria venido á disfrutar de su gozo á mi lado. Los dos amigos procuraron acallarla, y Aretusa la estrechó en su seno prodigándole todos los oficios del mas sincero afecto.

Mantico, á pesar del crítico estado de su patria, y de la inquietud de sus conciudadanos, era el mas feliz de los mortales : no pensaba en los peligros de una guerra inminente y cruel, cual era la que iba á emprenderse, y no podia sufrir que Gorgo no gozase de la misma tranquilidad. ¿Qué te afecta? le dijo al fin, ¿por qué no presenta tu semblante todos los rasgos de la satisfaccion y alegría? tienes algun motivo de temor? En cuanto á mí, nada temo, dijo Gorgo: si Mesenia sucumbe, buscaré con Zeona un tranquilo retiro en cualquier parte del universo que me lo depare el destino, en donde pueda gozar de mi quietud, al abrigo de toda persecucion. Allí no me buscará la venganza, la codicia, ni la ambicion : allí viviré privadamente para el amor y la amistad; y allí podré entregarme á los dulces sentimientos que inspira la filantropía : tú partirás conmigo esta suerte poco envidiable para el ambicioso, pero tierna y sensible para el hombre pacífico, si puede llegarte á interesar, y si quieres acompañarme con Aretusa. Solo un pesar aqueja mi corazon : ¡ah! cuantos millares de Mesenios serán presa de la desesperacion!

cuantos de la dura esclavitud con que nos amagra la infausta Lacedemonia! ¿Qué será de mi padre si sucumbe Mesenia? Deja que los dioses dispongan lo que está grabado en el fatídico libro del destino, respondió Manticlo. No pesa menos sobre mi corazón otra mortal inquietud. Cualquiera que sea la suerte que nos aguarda, mi padre aborrece á Esparta con tanta vehemencia como el tuyo. ¡Ah! si supiese en donde nació Aretusa! Su padre era Espartano: los dioses llenaron de odio los pechos de nuestros padres, y los nuestros de amor. ¿Qué fruto tendrá para nosotros la victoria?

«Con todo, nuestro deber es libertar á nuestra patria, replicó Gorgo. Si esta despues intenta oponerse á nuestra felicidad, si tan ingratamente paga á sus defensores, penas hay en el Taigeto, cuyo eco no ha repetido todavía la voz humana. Sí, dijo Manticlo, iré contigo, y Aretusa nos seguirá gozosa: Tú, Sida, nos acompañarás con tu Ergóteles: fundarémos una pequeña república, cuyas leyes serán la paz, el amor, la amistad y la filantropía.

Llegó por fin la primavera, y con ella el triste momento de la separacion. Manticlo se arrancó de los brazos de Aretusa que de nuevo queria armarse y seguirlo en los combates, pero no lo consintió su amante, sino que la hizo quedar con Sida.

Gorgo y Manticlo se dirigieron en seguida á las orillas del Pamiso, en donde se reunia el ejército, y al cual se encaminaba toda la juventud mesenia. El frenético Evergétidas salió de la triste soledad en que habia pasado todo el tiempo de inacción, solo, insensible, y lejos del trato de los demas hombres. Con él vino Gonipo: *vencer ó morir* era la contraseña que traian, y el juramento que habian hecho en el templo de las Euménidas, y traian con ellos cincuenta jóvenes, los cuales habian prestado el mismo juramento. El templo de las Euménidas estaba situado en la Arcadia, en la cumbre de una colina, cubierto de cipreses y de pinos silvestres: allí fué donde aparecieron al parricida Orestes: todos sus contornos infundian horror, y ningun mortal se atrevia á hollar su espantoso recinto. Sin embargo, allá fueron Evergétidas y Gonipo con los cincuenta jóvenes, una noche obscura, llevando cada uno una antorcha encendida. Invocaron las terribles furias, pusieron los aceros desnudos sobre el altar, y repitieron tres veces el juramento, acompañándolo cada vez de horriblas imprecaciones contra Esparta, y regresaron á Mesenia con armas negras, llevando una faja encarnada sobre sus corazas, que era la señal con que debian conocerse en los combates.

Gorgo habia sabido de antemano que sus ami-

gos trataban de ir al templo de las Euménidas, y quiso disuadir á Gonipo de tan imprudente intento , pero este no quiso escuchar las reconvencciones juiciosas, y marchó al templo con Evergétidas; pero las Euménidas que invocó el temerario jóven nunca lo abandonaron. Poco despues quiso ir á Pilos para despedirse de sus parientes : vió sin enternecerse los escombros de la ciudad en que habia nacido: descubrió de lejos el sepulcro del prudente Nestor, cuya memoria celebraban las doncellas de Pilos con alegres bailes : detúvose un instante cerca del sepulcro, y dijo entre sí mismo: ¿qué le importa al hombre que una pomposa tumba guarde sus cenizas? Cuantos príncipes han encerrado con sus despojos inmensas riquezas, sin contar la costosa suntuosidad de sus sarcófagos, pero sus nombres quedaron sepultados con sus cenizas? Mas no asi cuando deja tras sí una honrosa memoria, ó si la posteridad se ve obligada á pronunciar su nombre con respeto. Levantó los ojos para observar á las doncellas : una de ellas estaba apoyada en un cipres mirándole atentamente : Gonipo se le acercó y le preguntó de que nacia su atencion en observarlo. La niña le respondió tímidamente , que le habia llamado su atencion el ver que consideraba el sepulcro del héroe, y que conoció por el movimiento de sus labios que hablaba entre sí. Era tan dulce

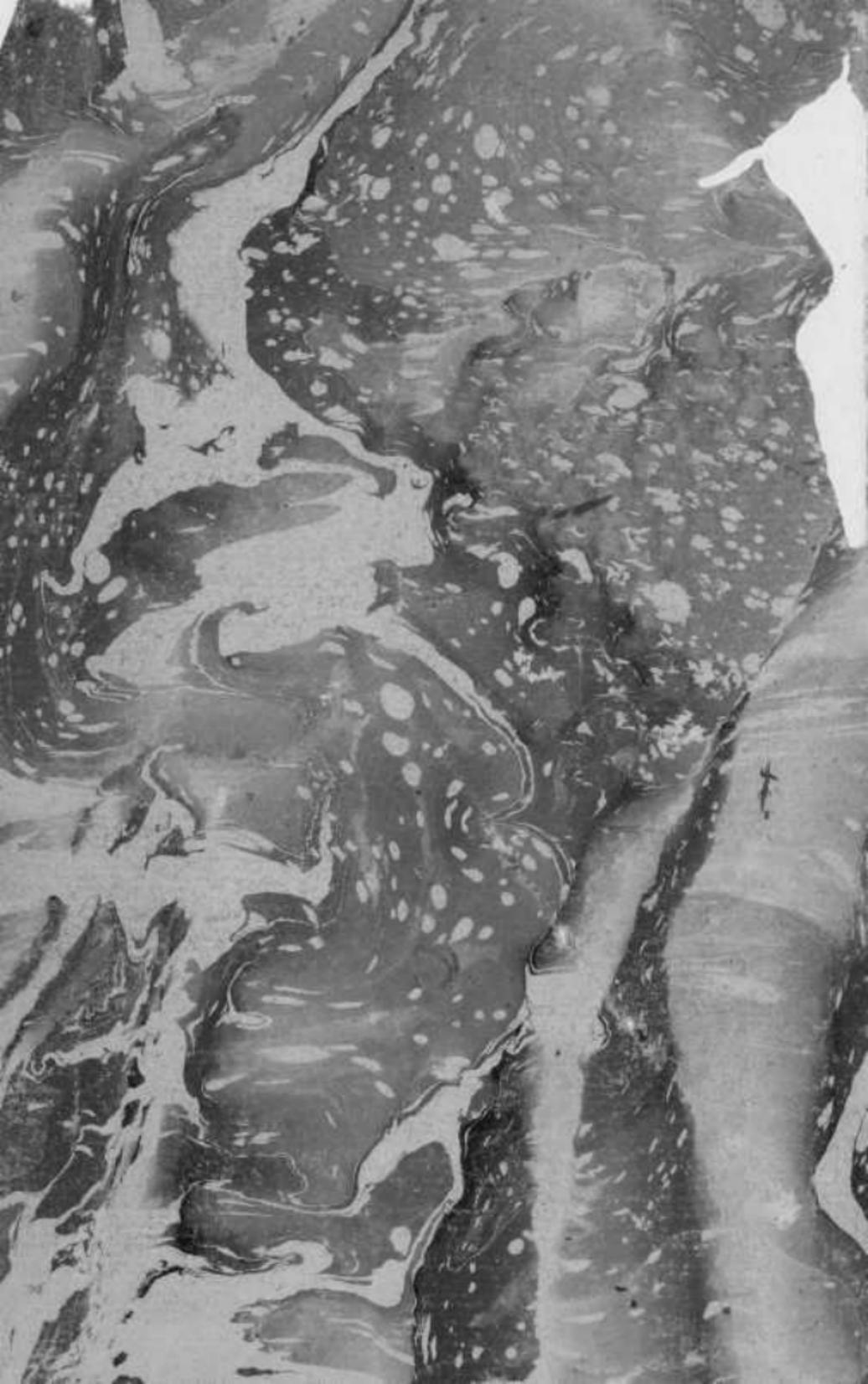
la voz de aquella jóven, que cuando calló estuvo Gonipo largo rato escuchando como si aun la oyese. Sí, le dijo por fin, estaba diciendo que es verdaderamente digna de envidia una memoria tan respetable y merecida como la del héroe que allí yace. Quiso con estas palabras dejar satisfecha á la jóven y continuar su marcha, mas un sentimiento desconocido lo detuvo, y como ella se encaminaba á la ciudad, la siguió como obligado de una fuerza incomprensible. Siguieron hablando todo el camino, y cuando Gonipo llegó á la casa de su tío le instó á que entrase. En efecto le dijo ella, ¿pero como sabias tú que este era mi domicilio? ¿Pues qué, repuso Gonipo, vives tú, oh amable niña, con mis parientes? ¡Qué! ¿serias tú Gonipo?... Sí, él mismo... Pues cata ahí que somos parientes; yo me llamo Areta, y acabo de llegar de Atenas con mi familia: allá fuimos á refugiarnos, cuando los desastres de nuestra patria empezaron á dispersar á sus habitantes.

Gonipo tenía un corazon muy sensible, pero jamás habia amado; su padre, uno de los primeros guerreros de la Grecia, lo habia criado en el tumulto de las armas y educado en los campos de batalla, y no conocía mas que la guerra, ni habia tenido mas sentimientos que por la gloria. Cuando empezó el levantamiento de la Mesenia y acudió á alistarse, encontró á

Evergétidas, quien buscó su amistad porque conocia su valor: este le persuadió á que se ofreciese con él á la muerte y á la venganza en el altar de las Euménidas. Gonipo prestó el juramento y se labró la infelicidad. Apenas habia renunciado á la vida, cuando aprendió á apreciarla. Amaba á Areta, sin conocerlo, con toda la efusion de una alma vehemente é impetuosa, y no tardó en conocer que era correspondido. Cada dia se aumentaba mas la tristeza de Gonipo. El primer amor, decia su tío á Areta, es siempre muy tímido: ten lástima de ese infeliz y dile que le amas.

En la primera ocasion llevada Areta de su amor se precipitó al cuello de Gonipo y le declaró su pasion; mas este desesperado y mirándola con ojos encendidos exclamó: ¡Ah infeliz! demasiado tarde he conocido, Areta, los encantos de la vida! Ya se acabó para mí toda esperanza de felicidad. Areta, sobresaltada, lo estrechaba en sus brazos. A lo menos he sido feliz un instante, continuó Gonipo besando su tierna mano: mas al punto se desprendió de sus brazos y exclamó con voz sofocada: Adios, amada Areta, olvida hasta las facciones de mi semblante; me ofrecí á la muerte, presté mi juramento en el altar de las Euménidas. Al proferir estas palabras la apretó de nuevo en sus brazos y marchó precipitadamente.





Biblioteca Pública de Soria



71676007 DR 10153 (V.1)

1

C 30

10153

10153

10153

APR 1953

10153

1

10153

10153

10153

DR

10153